NUEVAS PINCELADAS

R-86977

NUEVAS PINCELADAS

POR

EL P. LUIS COLOMA, S. J.

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO IV

NOVENA EDICIÓN

BILBAO
"EL MENSAJERO DEL C. DE JESÚS"
1933

Imprimi potest:
SEVERIANUS AZCONA, S. J.
Praep. Prov. Cast.

Nihil obstat:
NEMESIUS GÜENECHEA, S. J.
1 Octobris 1932

Imprimatur:
✠ MATTHAEUS, EPISCOPUS VICTORIENSIS
15 Octobris 1932

EDITORIAL VASCA.-Banco de España, 5.-BILBAO

CARTAS CLARAS

CARTA PRIMERA

DOS JUANES

El que reúne virtudes sin humildad, es semejante al que lleva polvo expuesto al viento (SAN GREGORIO).

A LA EXCMA. SRA. D.ª N.*** N.***

SEÑORA MÍA:

AYER me entregó Juan Cortegana las dos fotografías que tiene V. E. la bondad de enviarme, y la carta en que con sencillez tan espontánea me descubre el gozo de su alma, la paz de su conciencia y el tranquilo bienestar de que disfruta en esa linda aldehuela, asesorada por los doctos consejos de ese señor Provisor que ahí veranea, dirigida por ese Reverendo Capellán que llevó de la Corte, y fortalecida por el trato y amistad de esas benditas MM. Bernardas, que la confortan y ayudan con sus ejemplos y oraciones, bizcochitos y alpisteras.

Loado sea Dios, Excma. señora, que tal placidez da a su espíritu y tan altos alientos

la infunde, que rebosan por la punta de la pluma y saltan y se atropellan en el papel en frases tan fervorosas como éstas, textuales de su carta, que ante los ojos tengo presentes.

«Todos me elogian y me aseguran que el Señor me guarda para grandes obras; y como yo siento en mí alientos nada vulgares, ruego a V. R. me indique la manera cómo se preparaban para sus empresas algunos de esos santos grandes, grandes, fundadores, por ejemplo, que han pasado a la posteridad».

Pues ya lo creo, señora mía, que la diré cuanto sepa, y en muy claro y sencillo romance; que harto me zumban en las orejas aquellas terribles palabras: *Vae mihi, quia tacui!* ¡Ay de mí, porque callé!

Y como no me dice V. E. si eso de las grandes obras para que el Señor la guarda se lo dijo algún ángel del cielo, doilo yo por supuesto, porque vaya la puntería a lo más alto; y la contaré, por toda respuesta, la fiel y puntual historia de lo que acaeció, ha más de tres siglos, a dos pobres Juanes, que si no pensaron mucho en la posteridad de que Vuestra Excelencia habla, no apartaron nunca de su mente la eternidad que no menciona en su carta.

Mas antes permítame V. E. que con el mayor respeto le advierta que eso de clasificar

a los santos en grandes y chicos yo no lo había oído nunca, como no sea en cierta copleja que escuché ha muchos años en un camino de mi tierra, y anoté, por lo extravagante, en mi prontuario.

Glorioso San Pantaleón,
Santazo de cuerpo entero,
Y no como otros santitos
Que no se ven en el suelo.

Lejos de eso, Kempis reprueba esas clasificaciones, en cierto modo comparativas, y dice terminantemente en el lib. III, cap. LVIII de la *Imitación de Cristo:*

«Tampoco te pongas a inquirir o disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo o mayor en el reino de los cielos... Mucho más agradable es a Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfección de los santos, que el que porfía cuál sea mayor o menor santo».

Y una vez sentado esto, Excma. señora, pasemos a la historia de mis dos Juanes, que si V. E. la aprende bien, y digiere su meollo, y se asimila su sustancia, cierto estoy de que la sobrarán alientos y fuerzas para llegar a

Santaza de cuerpo entero,
Y no como otras santitas
Que no se ven en el suelo.

Y fué el caso, que uno de estos Juanes salió de Gibraltar a mediados de Agosto de 1537, y comenzó a trepar por lo más áspero de la serranía de Ronda, con dirección a no sé qué lugarejo.

Era hombre muy recio, alto de cuerpo, barbinegro, muy curtido por el sol y la intemperie, y más cerca de los cuarenta que de los cincuenta años. Vestía sayo de jerga ceñido, zaragüelles de frisa, alpargatas de cáñamo, caperuza de paño burdo y una cayada en la mano.

Era el calor sofocante, la hora la del mediodía, y caminaba el viajero agobiado por el peso de un gran fardo de libros y estampicas de papel que a las espaldas llevaba.

Hay allí un carrascal agreste y espesísimo, que arranca de las vertientes de la Sierra de la Luna, y era entonces y es todavía asilo de animales salvajes y aun feroces.

Pues sucedió que al entrarse por allí el caminante, buscando senda de atajo, vió salir a deshora y cuando menos lo pensaba, de lo más áspero del monte, un Niño preciosísimo, de muy pobre atalaje, que con los piececillos descalzos caminaba por la misma senda adelante.

No pudo sufrir aquel buen Juan que desgarrasen los abrojos del camino aquellos tiernos

piececitos más que el marfil blancos, y dió voces al niño, ofreciéndole, con más caridad que criterio, sus enormes alpargatas de cáñamo.

Agradecióselas el Niño sin tomarlas, pues de la punta al talón podía muy bien sentarse dentro; y enternecido Juan díjole entonces:

—Niño precioso y hermano, si no sirven mis alpargatas, servíos de mis hombros, que más justo será que lleve en ellos lo que a Dios tanto costó, que libros que tan poco valen.

Y como no fuesen sus palabras vano ofrecimiento, bajó la cerviz, mientras hablaba, para que el Niño subiese; y así lo hizo el rapazuelo, prosiguiendo ambos su camino, descansado el Niño, ufano Juan porque tal descanso le proporcionaba.

Mas sintió a poco el de los libros que, como a San Cristóbal en otro tiempo, se le hacía aquella ligera carga harto pesada, y comenzó a alentar y a desfallecer y a buscar apoyo en la cayada, hasta que al cabo, topándose en el camino con una fuente que de un risco brotaba, dijo:

—Niño precioso y hermano, dadme licencia para beber un poco de agua, que me habéis hecho sudar.

Bajó el Niño incontinenti, púsole Juan al abrigo de un árbol, y fuése al manantial con

ímpetu de sediento. Mas al volverse, ya satisfecho, vió de improviso que el Niño le enseñaba a lo lejos una granada abierta y en ella una cruz, y que a grandes voces le decía:

—Juan... Granada será tu cruz.

Y diciendo esto, desapareció como una nubecilla de nácar.

Y cate ahí, Excma. señora, el fin de la primera jornada; pues como verá V. E., tenemos ya al mismísimo Niño Jesús, que no era otro el rapazuelo, dando recaditos y *llamando a grandes cosas* a un pobre Juan trajinante, con alpargatas de cáñamo y caperuza de paño pardo.

* * *

Y tan a pechos tomó Juan el llamamiento, que torció al punto el rumbo hacia Granada, dispuesto a esperar allí nueva luz que le guiase.

Arrendó junto a la puerta de Elvira una vivienda miserable, y en ella armó su tiendecilla de estampicas y librejos, para ganarse el honrado sustento.

Llegó a poco el 20 de Enero, fiesta de San Sebastián, e hízola muy grande la Ciudad en la ermita del Santo, que está fuera de los muros, en lo alto de un cerro frontero de la Alhambra.

Predicaba a la sazón en Granada un clérigo

famoso, insigne en virtud y letras, que también era Juan de nombre, y fué por eso el segundo de los dos que juegan en mi historia. Pues quiso Dios poner en tratos al Juan clérigo con el Juan librero, por medio del sermón que predicó aquél y oyó éste en la ermita de San Sebastián el día del Santo.

Ponderó el clérigo en su plática las saetas que hirieron al mártir, y pasó de ellas, como experto misionero, a las que disparan al Corazón de Cristo la malicia y la dureza de los pecadores.

Y tan vivas fueron las palabras y tan eficaces las razones del Juan clérigo, y tan blandas las entrañas y tan inmensa la contrición del Juan librero, que salióse éste fuera de sí por las puertas de la iglesia, llenando el aire de voces y de lágrimas los ojos, clamando a Dios misericordia y confesando a gritos sus pecados.

Arrojábase a veces por el suelo, como si el peso de su dolor le derribase; dábase otras con la cabeza por las paredes, mesábase la barba y las cejas; y saltando y corriendo y gritando bajó el cerro y cruzó la puente del Genil y entróse en la ciudad, y llegó a su casa seguido de una gran turba de muchachos y pícaros del Albaicín, que con tremendo vocerío le gritaban :

—¡Al loco!... ¡al loco!...

Arrastró fuera de la puerta el menguado tingladillo en que armaba su tienda, y dióse prisa a repartir, entre los pobres, dineros, estampas y librejos.

Y como si tomase al pie de la letra aquello de seguir desnudo a Cristo desnudo, despojóse también de su pobre traje, sin conservar más que calzones y camisa, y de esta suerte, descalzo y sin caperuza, voló otra vez por las calles de Granada, dando voces y lamentos y golpeándose los pechos con una puntiaguda piedra.

Acosábale de cerca, con gritos y pedradas, la turba de chiquillos y granujas; y así llegó a la iglesia Mayor, hasta el altar del Santísimo Sacramento, donde cayó cara contra el suelo, sin cesar de llorar ni repetir con lamentables voces:

—¡Dios mío, misericordia! ¡Señor, misericordia de este gran pecador que tanto os ha ofendido!...

Y llegó la noche, Excma. señora, y allí se estuvo aquel pobre Juan llorando sus pecados, y estimando muy justo, no porque los lloraba, sino porque los *había cometido*, aquel injurioso vocear de las turbas:

—¡Al loco!... ¡al loco!...

* * *

Y sucedió al día siguiente que, condolidos del pobre Juan dos viejos honrados, le levantaron del suelo, y con palabras blandas y amorosas lleváronle a la posada donde el clérigo Juan tenía su albergue.

Hallábase aquél en su estancia con grande acompañamiento de caballeros y gente granada, que a todas horas acudían en demanda de consejos y oraciones. Mas a todos despidió el buen clérigo no bien se presentó aquel nuevo visitante, sucio, roto y maltratado, y todos despejaron la pieza con aquella curiosidad que V. E. comprenderá mejor que nadie en su doble cualidad de mujer y de devota.

Larga fué la plática entre los dos Juanes, y mayor la expectación en los que de puertas afuera aguardaban. Salió al cabo el librero muy tranquilo y consolado, y despidióle el clérigo en el umbral mismo de la puerta con estas amorosas razones:

—Id enhorabuena con la bendición de Dios y con la mía, que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia. Yo os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor.

Con lo cual quedaron sorprendidos unos, edificados otros, envidiosillos no pocos, mientras sin parar mientes en ninguno, partióse Juan muy diligente a cumplir, sin duda, las

instrucciones que su nuevo Padre espiritual le había trazado.

Y lo primero que hizo, Excma. señora, fué dar un par de zapatetas en el aire, no bien se hubo en la calle, y correr después a la plaza de Bibarrambla, lugar entonces el más público de Granada, y arrojarse de cabeza en mitad del fango.

Levantóse en la plaza tremendo griterío de burlas y clamores, y cayó sobre el pobre Juan copiosa lluvia de piedras. Mas él revolvíase en el cieno con mayor furia y violencia, y daba temerosas voces diciendo:

—Tiren más, tiren más, hermanos y señores, que hacerme heis misericordia... Traidor y ruin que tantas y tan grandes culpas ha cometido contra su Dios, bien merece ser perseguido y afrentado, maltratado y herido de todos.

Crecían con esto las risas y algazara, y Juan, tendido como muerto en el asqueroso fango, proseguía diciendo:

—Quien tan de asiento se dejó estar en el asqueroso cieno de sus pecados, no ha de tener mejor lugar que el cieno... Sírvale éste de casa, vivo, y de sepulcro, muerto.

Y como viese de repente entre el concurso aquellos dos viejos honrados que le tenían por santo y a casa del clérigo le llevaron,

rompió por el gentío cual si viese al demonio (que demonio era para él cualquier asomo de estima y alabanza) y apretó a correr dando brincos y saltos por las calles y voces temerosas de perdón y misericordia; y así las recorrió por muchos días con una cruz de palo en la mano, acosado siempre de la chusma, sirviendo de risa al pueblo, de terror a los necios, y de entretenimiento a los muchachos.

Hasta que al cabo, desfallecido y macilento, cazáronle como a una fiera al revolver de una esquina, y con grande fiesta y algazara dieron con él en el Hospital Real, donde, convencidos de su locura, le encerraron en una jaula.

Y aquí viene bien, Excma. señora, recordar a V. E. cierto libro viejo que llama *El ente dilucidado*, donde se trata, al modo de los escolásticos, esta cuestión para mí siempre dudosa:—*De si los locos son ellos o somos nosotros.*

Porque en este caso de mi pobre Juan, señora mía, el loco no resultó él, sino resultaron los otros; y aunque V. E. se turbe y alborote y quede medrosica y hasta hurte el hombro a esas *grandes obras para que el Señor la guarda*, fuerza es decirla que aquella demencia no era demencia real, sino fingi-

da con muy altos fines y muy grande cordura por ende.

Era, señora mía, el camino de humillación propia y desprecio del mundo que había de llevarle a las grandes empresas para que el Señor le llamaba.

Era la *preparación*, Excma. señora, la *preparación* que juzgaba necesaria para aquellas santas empresas aquel clérigo Juan, maestro de espíritu, que ya podía hombrearse con el capellán que V. E. ha traído de la Corte, y aun con el mismo señor provisor, que con sus doctos consejos la asesora.

* * *

Y a la verdad, Excma. señora, que las preparaciones de aquel buen clérigo Juan resultaban algún tantico pesadas. Pues pasaron días y semanas, y meses y meses, y allí se estaba aquel otro pobre Juan encerrado en su jaula, sujeto día y noche a la terrible terapéutica de *El loco por la pena es cuerdo*, única que a la sazón se aplicaba en los hospitales para entrar en caja los sesos.

Y así fué, señora mía, que zurribanda va, zurribanda viene, llegaron a cinco mil azotes los que el fingido loco cargó sobre sus espaldas: cifra ante la cual se detuvo reverente, por no traspasar el número de los que por

amor de los pecadores quiso recibir nuestro Señor Jesucristo.

Trajéronle en esto un papel de mano del clérigo, con estas solas razones: «Basta ya la opinión de fingida locura para conservar la humildad. Conviene ahora deis a entender que estáis bueno, así por no desacreditar las virtudes que Dios ponga en su alma, como también para que podáis seguirme a Montilla, para donde estoy de camino».

Con lo cual recobró Juan de repente el seso que por su voluntad había perdido, y partióse a Montilla con cédula del mayordomo del hospital, en que su curación completa certificaba.

Recibióle allí amorosamente el clérigo Juan, y túvole consigo largos días ejercitándole en la oración y vencimiento propio. Hasta que al cabo llamóle un día a su recámara muy de mañana, y con grande autoridad le dijo:

—Hermano Juan, cumple que volváis a Granada, donde fuisteis llamado del Señor; y Él, que sabe vuestra intención y deseo, os encaminará el modo como lo habéis de servir... Tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando, y obrad como en presencia de tan gran Señor... Y en llegando a Granada, tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho y sea

vuestro Padre espiritual, sin cuyo consejo no hagáis cosa que sea de importancia.

Con lo cual y la bendición de aquel santo hombre, tornóse Juan a Granada, flaco, roto, maltratado, descalzo y descubierta la cabeza, sin más norte ni más guía que su llamamiento de Dios y su humildad profundísima.

Cortaba de diario en los montes que cruzaba un hacecillo de leña, y vendíalo por las noches en los lugares de paso, para proveer así el necesario sustento. Hízolo de igual modo a las puertas ya de Granada, y cargado con su haz de leña entróse por la de los Molinos, y fuése derecho a venderlo en la plaza de Bibarrambla.

Conociéronle al punto algunos de los muchos ociosos que allí abundan, y formaron corro en torno, mortificándole con chafalditas y donaires.

—¿Qué es esto, Juan amigo? —le decían—. ¿Qué os habéis hecho en tanto tiempo? ¿Qué mudanzas son éstas? ¿Todos los días ha de haber nuevo modo de vivir? ¿Ayer mercader de libros y hoy leñador? ¿Cómo os fué con los enfermeros del hospital? ¿Está bueno el juicio, o está desocupado aún el cuarto de arriba? Bien lo heis menester, que con eso no tendréis necesidad de alquilar posada.

Y él, sentado sobre su haz de leña, sose-

gada la voz y el corazón humilde, respondíales en son de chanza:

—Hermanos, éste es el juego de Virlimbao: dos galeras y una nao; del cual, cuanto más viereis, menos habéis de entender.

Y con esto volviéronle todos la espalda con desprecio, y pudo él trocar su haz de leña a una morisca del Albaicín por una escudilla de lentejas.

* * *

Y pasaron días y días sin que nada indicase a Juan lo que Dios quería de él en Granada. Hasta que una tarde, estando en oración en la catedral ante un cuadro muy devoto que se venera aún en el arco del Sagrario, sintió a deshora un júbilo muy grande y celestial que le subía de lo hondo.

Salióse luego del templo con grandes ímpetus de amor divino y una como ciega confianza de que había de encontrar lo que esperaba, y encontró, en efecto, a los pocos pasos que dió por la calle de Lucena, una casa en que, atada a una reja, se leía esta cédula: *Esta casa se alquila para*

Y allí, Excma. señora, allí fué donde halló Juan lo que esperaba y donde cargó con la cruz que el Niño divino le mostró en la sierra. Porque sin tener blanca en la bolsa, ni espe-

ranza humana de maravedí roñoso, concertó aquella misma tarde con los dueños de la casa el alquiler de ella, ofreciéndose a pagarlo cuando llegara su tiempo.

Y tan segura fué su esperanza, y tan constante su fe, y tan poderoso el auxilio divino, que en dos días alhajó la casa con cuarenta y seis camas de anea, con buenas frazadas y almohadas de lana, y todos los demás enseres que para el cuidado de un enfermo son necesarios.

Salióse luego por calles y plazas en busca de pobres, y a los que podían venir por sus pies les ayudaba; a los que no, cargábales sobre sus hombros, y no tomó descanso ni se dió punto de reposo hasta que, ocupadas las cuarenta y seis camas y constituído él en enfermero de todos, quedó con esto puesta, a 8 de noviembre de 1537, la primera piedra de aquella gran religión, alcázar fortísimo de la caridad, gloria de la Iglesia y amparo de los pobres, que se llamó más tarde de los *Hermanos Hospitalarios*.

Porque aquel pobre Juan de las alpargatas y la caperuza, de la jaula y los azotes, era, excelentísima señora, *San Juan de Dios*, fundador y patriarca de aquella esclarecida Orden.

Y aquel clérigo predicador que le aconsejó

y guió con tan curiosas y peregrinas trazas, era nada menos que el apóstol de Andalucía en su época, consultor nato de todos los *santazos* de aquel glorioso siglo XVI.

Era, en fin, señora mía, el Beato Maestro Juan de Avila, que acaba de beatificar, aun no hace dos años, nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.

* * *

Y aquí pondría punto final, Excma. señora, dando ya por satisfecha su consulta y cumplido mi encargo, si no me creyese obligado a darla gracias muy reverentes por las hermosas fotografías que me ha hecho el honor de enviarme, con tanta bondad de su parte, como de la mía extrañeza.

La idea de retratarse V. E. vestida de religiosa es, en verdad, peregrina, y por tan famosa y devota la tengo, que me extraña y maravilla no se las aconsejase al propio San Juan de Dios su sabio Maestro Juan de Avila, como medio de propaganda mística.

Porque la verdad es que el cuadro mueve a compunción y resulta patético... Aquel claustro gótico que se pierde a lo lejos en melancólico paisaje; la figura de V. E., todavía esbelta, arrodillada a los pies del devoto

Cristo, y hasta los ondulantes pliegues de la cola del hábito, que con exquisito sentido estético no escogió V. E. entre los de monjas rabicortas, sino entre los de monjas de cola larga, claman y gritan y vocean el espíritu de humildad y desprecio del mundo que ha inspirado la composición artística, y la hacen medio el más a propósito para indicar los grados de preparación que tiene ya V. E. para recibir encargos del cielo.

Témome, sin embargo, que cualquier impertinente de los que por ahí abundan, recuerde a su vista lo que cuenta don Diego de Agreda y Vargas de un famoso predicador de su tiempo. Lo cual, por si el caso llega y quiere meditarlo V. E., le traslado sin quitar punto ni coma.

«Celebraba en la iglesia de un lugar una fiesta muy lucida cierto hombre que en achaques de su vida andaba mal reputado. Vióle el predicador en el discurso de su plática, pintado en un retablo, de rodillas y muy devoto, y encarándose con la pintura, la dijo:

—*Fulano: o vivid como os pintáis, o pintaos como vivís...*»

Y con esto, señora mía, Dios me la guarde muchos años y la conserve en su santa gracia, para que la veamos al fin y a la postre,

Santaza de cuerpo entero,
Y no como otras santitas
Que no se ven en el suelo.

De Madrid, a 25 de enero de 1897.—Suyo afectísimo servidor y humilde capellán,

Luis Coloma, S. J.

CARTA SEGUNDA

A UN GRAN SEÑOR TITULADO

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Su carta recibí, y en Dios y en mi ánimo le aseguro que no necesito ni más pruebas, ni nuevos datos, ni más claras explicaciones para sentenciar en conciencia, como vuecencia desea, su tan debatida cuestión con el alcalde de Alcobendas.

¡Para mí es claro como el agua que V. E. no tiene razón; y puesto que V. E. no la tiene, lógico es que le sobre al alcalde desde la punta de las abarcas hasta el pico de la montera.

Y si me pregunta V. E. en qué razones me fundo para sentenciar tan de golpe y porrazo, o me recusa como juez atropellado y ligero, por aquello de que

> No es buen juzgador quien juzga
> Sin notar todo el proceso.

diréle que yo encuentro mis razones y compendio todos los autos en esta sola frase que

me pone V. E. en su carta: «El licenciado Astudillo, mi contador Juan Benítez y el beneficiado de Pazpagua, conocen a fondo todo el asunto, y no le dan la razón al alcalde de Alcobendas».

¿Lo quiere V. E. más claro, señor excelentísimo?... Pues si más claro lo quiere, vaya allá una anecdotilla que tiene miga suficiente para abrir los ojos a la evidencia, y hacerle caer en la cuenta.

Era esto en los tiempos de Luis XIV y madamoiselle de la Vallière; cuando en las famosas cacerías de Fontainebleau hacían los elegantes *talons rouges* de la época, aquellas sus primeras locuras, que tan caras habían de pagar sus nietos en la emigración y el cadalso. Fatal engranaje de las responsabilidades humanas, señor excelentísimo.

Mi abuela comió la fruta,
Y yo tengo la dentera.

Una noche, en el juego del Rey, hizo éste una jugada muy dudosa, que sostuvo, sin embargo, con todo el tesón de su amor propio. Nadie osó contradecirle, y mientras más callaban los otros, más se esforzaba Luis por demostrar la legalidad de su jugada. Entró en esto el viejo Mariscal de Grammont, famoso por sus genialidades, y llamóle el Rey como árbitro.

—Venid, señor Mariscal, y decidid vos si he ganado o perdido.

El Mariscal, sin aguardar más razones, ni mirar el juego siquiera, respondió prontamente:

—Señor; V. M. ha perdido.

—¿Pero en qué podéis conocerlo, señor Mariscal, si ni aun habéis examinado el juego? —replicó el Rey contrariado.

—En el silencio de estos señores —dijo Grammont mostrando a los cortesanos—. Si vuestra majestad hubiese tenido el más ligero asomo de razón, todos se hubieran apresurado a dársela... ¿Callan?... Luego V. M. no tiene ni sombra de ella, y ha perdido por lo tanto.

Crea, pues, V. E. que el Mariscal de Grammont conocía bien a los cortesanos, y considere ahora, para aplicar mejor el cuento, que V. E. es tan Rey en Alcobendas como lo era Luis XIV en Versalles; que el licenciado Astudillo vive y medra a la sombra de vuecencia; que el contador Juan Benítez come de su pan y vive de su hacienda; y si ninguno de estos señores, con ser tan cortesanos suyos, se determina a darle la razón lisa y llana, y se limitan tan sólo a no darla al rústico alcalde de Alcobendas, venga el mismo Mariscal de Grammont y vea y diga

si en justicia no anda mal parado el pleito para V. E.

Porque venga acá y dígame, señor excelentísimo: ¿Ha visto V. E. alguna vez que los que están abajo digan a los que están arriba la verdad monda y lironda? ¿Le dieron alguna vez una píldora sin que cuidasen de dorarla primero?...

Pues fuerza será que si el gran señor quiere saber de sus subalternos la verdad desnuda, cuide su buen entendimiento de despojarla primero de los velos y cendales en que hasta los más rectos y mejor intencionados se la presentaran envuelta. Fuerza será que supla y adivine lo que, por respeto o por miedo, sin duda, le callan; y cuando en cosas para él desagradables osen decirle como seis, tenga por seguro que lo menos, lo menos, ha de suplir y añadir otra media docena, si no quiere ser engañado.

Y si cree V. E. que porque dejé en el tintero al beneficiado de Pazpagua quise exceptuar de esta ley común el delicado y resbaladizo fuero de la conciencia, diréle que si le di por un momento de lado, no fué por exceptuarle, sino por formar de él capítulo aparte.

Buscan unos un confesor santo, otros le desean sabio, algunos le quieren prudente; y yo digo que todas estas cualidades deseo al

de V. E.; pero que con ninguna de ellas separadas, ni aun con todas juntas a un tiempo, medrará mucho el alma de un poderoso si no tiene, sobre todo, el que ha de dirigirla, valor e independencia.

No intimide, pues, V. E. mucho al suyo, para que el miedo no le ate; ni le favorezca demasiado, para que la gratitud no le sujete. Manténgale siempre a distancia, y respétele mucho de lejos, para que ni le contengan temores ni le tuerzan esperanzas: porque arrostrar aquéllos y despreciar éstas, es a menudo acto heroico, y el heroísmo no se encuentra al volver de cada esquina, ni puede exigirse ni esperarse siempre de la masa común de nuestro frágil barro humano.

Y tan cierta es esta doctrina y tan prudente su práctica, que para su solaz y provecho he de referirle un donoso apólogo que trae el venerable P. Calatayud en una de sus obras; que si tan santo varón lo cuenta a todo el mundo en las públicas páginas de un libro, bien puedo referirlo yo a V. E. en los cerrados pliegos de una carta.

En aquellos tiempos de Esopo y de Fedro, en que los animales hablaban y constituían entre sí sociedad y reino propio, hubo una atroz epidemia que devastaba por igual las ciudades y los campos.

Morían a centenares individuos de todas las especies, de repente y como heridos de un rayo, y todo parecía anunciar uno de esos horrendos azotes con que los cielos irritados castigan a veces en una nación algún crimen oculto. Tal era el dictamen de un zorro muy perito, aunque algo jansenista, gran privado del anciano león, rey y monarca absoluto de toda aquella comarca.

Angustióse el real viejo porque allá en lo hondo, hondo, no dejaba de ser buena persona, y quiso redimir su pueblo por medio del arrepentimiento.

Mandó, pues, echar un público pregón, para que todos sus súbditos se confesasen por turno con el confesor que S. M. nombrase de oficio; que no fué otro sino el mismo zorro sabiondo y jansenista.

Así conocería éste los crímenes de todo el pueblo, y pesando en su justo criterio cuál fuese el que clamaba venganza, había de denunciarlo con autorización previa del penitente, para que fuese castigado el culpable, y desagraviados así los airados númenes.

Comenzaron las confesiones en mitad de un prado, en un confesonario que allí se llevó al efecto. Llegó primero el león, para animar a todos y dar ejemplo, y tan contrito y con tal empuje iba, que del primer manotazo hun-

dió en la barandilla media pulgada de cada uña.

Aterrado el zorro refugióse en el último rincón del confesonario, temblando cual si tuviese frío de cuartana, y desde allí, con voz meliflua y temblona decía a su penitente:

—Pero Sacra, Cesárea, Real Majestad, no se altere de ese modo... Si los dioses son muy blandos y compasivos...

Abrió la boca el león, dejando ver hasta la última formidable muela, y comenzó a vomitar por ella cuantos horrores y crueldades pueden imaginarse... Muertes, destrozos, robos, guerras, asolamientos sin cuento; de todo había hecho... Y por cierto que sólo en el ramo de zorros había destrozado él, con sus propias garras, dos mil trescientos cuarenta y siete... Se acordaba muy bien; ni uno más ni uno menos.

Atajóle la palabra el confesor, sudando como un pato.

—Pero Sacra, Cesárea, Real Majestad, no se angustie de ese modo... Es necesario ponerse en el verdadero punto de vista de las cosas, y formarse la conciencia... ¿Entiende? Vuestra Majestad es Rey, y la razón de Estado requiere a veces muestras de energía... exige actos de justicia...

—¿Pero y los que me he zampado?

—Eso resulta *per accidens*, Sacra, Cesárea, Real Majestad; *per accidens*... ¿Entiende?... Con que, ea; vaya tranquilo, y hasta la vista.

Llegó detrás un tigre muy bravío, que metió casi su humeante hocico por la oreja del zorro, para confesarle todos sus crímenes, sin que se le escapara ninguno. Y los que más le remordían era que, muchas veces, sin hambre ni necesidad alguna, había destrozado víctimas inocentes por el solo placer de refocilar el hocico con el tibio correr de la sangre fresca.

Y cuando esto decía, como impulsado por el remordimiento, metía el hocico por la oreja del zorro, cual si quisiese darle un beso en los mismísimos sesos.

—Necesidad del temperamento, Serenísimo Señor —replicó el zorro dando diente con diente—. A veces puede demasiado el instinto natural, y si no se siguen consecuencias...

—¿Pues y los huérfanos que dejé?...

—*Per accidens*, Serenísimo Señor, *per accidens*... ¿Vuestra Alteza se proponía refocilar el hocico o dejar huérfanos?... Pues si refocilar el hocico, lo de los huérfanos resulta *per accidens*... Con que, ea; vaya tranquilo, y hasta más ver.

Acercóse entonces una hiena muy devota y

colmilluda, con largas y repulgadas tocas, y confesó mil horrores que no le remordían tanto como el haber profanado un cementerio, escarbando con aquellas uñas —y la muy ladina las mostraba— una sepultura, para sacar un cadáver y comérselo a pedazos.

—Histerismo puro... puro histerismo —gimió el zorro con la cola erizada de espanto—. Vuestra merced se come los muertos, como otras histéricas comen tierra o búcaros viejos... Eso se le dice al médico, y no al confesor.

—Pero es que anoche mismo me comí vivo a un sepulturero que se me puso por delante...

—Mire, no me venga con escrúpulos: eso resulta *per accidens*... ¿Lo entiende? Conque vaya tranquila, y consulte con el doctor ese vicio del estómago.

Y así fueron pasando uno a uno los más fieros animales, sin que acertase el zorro a distinguir ni el más tremendo delito ni a señalar el culpado más responsable.

Llegó, por último, un jumento viejo, lleno de mataduras, lacias las orejas y escurrido el rabo. Acercóse con mucha humildad y sosiego, y púsose a respetuosa distancia frente al confesonario. Levantó primero una oreja, y luego otra, y después las dos a un tiempo,

como burro que medita o titubea o quiere demostrar que una y una son dos.

—Yo, señor zorro —dijo con toda la pausa y gravedad de su especie—, no tengo cosa que mayormente me remuerda... Mi natural no es inclinado a vicios, ni mi aporreada vida me los permitiera. Me zurran más que merezco, y trabajo más que como. Sólo en esto de comer tengo un escrupulillo, que vuestra merced sabrá apreciar mejor que yo, pobre jumento...

Estiróse el zorro y aguzó las orejas como si rastrease ya una pista, y el penitente continuó:

—Pues fué esto un martes, que volvía yo harto de caminar con pesada carga, sin haber probado en todo el día ni una yerba seca, ni una brizna de paja... Pasamos al anochecer por un mesón, y había a la puerta un saco de grano entreabierto; y claro está, sucedió lo que en estos casos sucede: que al pasar ¡paf! pegué una dentellada, y me comí un puñado de trigo...

Saltó el zorro sobre la barandilla como si le hubiesen pinchado por detrás con una lanza.

—¡Desdichado! —gritó, cogiéndole por una oreja.

Y de pie sobre el confesonario, agarrado a

las orejas del jumento y estirándoselas cruelmente, seguía gritando :

—¡Ya pareció!... ¡Ya está aquí el culpable!... ¡Éste es el sacrílego que atrae la cólera de los dioses con su horrendo delito!...

—¿Pues qué ha hecho?... ¿Qué ha hecho? —gritaron de todas partes.

—Que lo diga él; que lo diga, puesto que lo convenido es eso.

El burro, que lo era mucho, refirió entonces en alta voz lo que en queda y contenida había confiado al zorro:

—¿Lo oís?... ¿Lo oís? —chilló éste sin soltarle de las orejas—. ¿Comprendéis todo lo horrible de su crimen?... ¡¡Se ha comido la materia remota del Santísimo Sacramento!!

No hubo que decir más : levantóse horrible algarabía de rugidos, relinchos, chillidos, cacareos y silbos, y millares de garras, dientes, pezuñas y picos cayeron sobre el infeliz jumento y le despedazaron, quedando así desagraviados los númenes y tranquilas las conciencias.

Pues bien, señor excelentísimo : sesenta años hace (setenta y tres cumpliré por agosto) que conozco al alcalde de Alcobendas; y por lo que de él siempre he visto, y por lo mucho que de lo suyo he sabido, antójaseme ahora que si alguna culpa le alcanza en la cuestión

debatida, es sin duda algo semejante a lo de haberse comido la materia remota del Santísimo Sacramento.

Y si algo más resulta, tenga V. E. por cierto que el moralista más severo podría muy bien absolverle, sin necesidad de recurrir a los oportunos *per accidens* del zorro del apólogo.

Y aunque esto no se pudiera, dígame por su vida, señor excelentísimo: ¿Hay cosa más hermosa en un gran caballero que tener siempre ante los ojos, en su trato con los pobres, aquella noble sentencia de nuestro gran hablista Cervantes?

«Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley sobre el delincuente, que no es mejor la fama de juez riguroso que la de compasivo».

Este título es el que deseo yo para V. E., cuya vida me guarde Dios muchos años.

De Valdehigas, a 17 de abril de 1898.

Suyo afectísimo y obediente servidor,

Luis Coloma, S. J.

EL PRIMER BAILE

EL PRIMER BAILE

FANTASMAS VERDADEROS

Qui potest capere, capiat,
El que pueda comprender, comprenda.
(San Mateo, cap. XIX, v. 12).

La señora Marquesa estaba de un humor insoportable: habíase levantado media hora antes, y envuelta en un rico peinador guarnecido de encajes de *valenciennes*, tomaba chocolate con bizcochos, que iba cogiendo de una salvilla de plata. En este breve tiempo había reñido a la doncella francesa porque hacía frío, y al *valet de chambre* porque la chimenea daba calor; había despedido con cajas destempladas a sus cuatro hijos menores, que con el aya inglesa al frente entraban en corporación a darle los buenos días; y había también —y esto era grave— negado una sopita de chocolate a *Fly*, la galguita inglesa. Ofendida ésta de tan desacostumbrado desaire, volvió el rabo a la ilustre dama, y se tendió en su cojín de terciopelo, aplicando al favor de los poderosos, que personificaba en

su dueña, aquella sentencia de su paisano Shakespeare: «¡Inconstancia! tu nombre es mujer».

Indudablemente aquellos primeros truenos anunciaban una tormenta deshecha; y allí, a dos pasos, sin ningún paraguas que la resguardase del aguacero, sin ningún pararrayos que la pusiese a cubierto de las chispas eléctricas, se hallaba la pobre Lulú, la hija mayor de la Marquesa, colegiala quince días antes en el Colegio del Sagrado Corazón. La pobre niña, no pudiendo esconderse en ninguna parte, escondía al menos las manos en los bolsillos de su bata, y clavaba los ojos en la alfombra como si estudiase sus dibujos, por no atreverse a fijarlos en el encopetado rostro de su madre.

—Quiero que me digas —decía ésta con ese tono breve y convulso propio de la cólera contenida— por qué no quieres venir al baile de la Embajada.

Y para dar tiempo a la respuesta, la señora Marquesa se tomó una sopa de chocolate. Lulú no contestó: hizo dos o tres pucheritos y escondió aun más hondamente las manos en los bolsillos de la bata. De buena gana hubiera escondido también la cabeza; pero eran los bolsillos demasiado pequeños.

—¡Contesta y no me desesperes! —excla-

mó la Marquesa, llegando ya a los límites de la exasperación—. ¿Por qué no quieres venir al baile?

Lulú se echó a llorar.

—¡Dios nos asista! —exclamó la dama—. Baile más llorado y más rabiado jamás se ha visto en la vida... Contesta, niña, contesta; que es tu madre quien te pregunta.

Lulú levantó al fin aquellos hermosos ojos azules, que respiraban candor y pureza, y dijo con voz ahogada :

—Porque no quiero ponerme escotada...

—¿Acaso temes constiparte? —dijo la Marquesa, que no alcanzaba otra causa de aquella repugnancia.

—No, señora; no es por eso... Es que decía la M. Catalina...

—¡Ah! —exclamó la Marquesa irguiéndose en su butaca, cual Juno en su carro tirado por pavos reales—. ¡Decía la M. Catalina! ¿Y qué decía la M. Catalina?

—Que ese traje no era... vamos, que no era decente... y que las señoras que ponen la moda eran las que debían de desterrarlo.

La Marquesa se puso pálida de rabia, y si la M. Catalina llega a caer en aquel instante en sus manos, cierto es que vuelve al convento sin ojos y sin toca.

—¿Con que eso decía la M. Catalina?—exclamó con cierta calma rabiosa.

—Sí, señora; y el P. Jacinto me dijo...

—¿También el P. Jacinto?

—Sí, señora; el P. Jacinto me dijo que procurase no vestir nunca de ese modo.

—¿Porque sin duda era pecado?

—No me dijo que fuese pecado... Sólo me aconsejó que no lo usara.

—¿Y qué más te dijo el P. Jacinto?...

—Que no valsase.

—¿Porque era también pecado?...

—Tampoco me dijo que fuese pecado; pero me aconsejó también que no lo hiciera.

—¿Y qué razón tenía para eso el P. Jacinto?

—Eso no me lo dijo.

—¿Y la M. Catalina?

—Tampoco me dijo nada.

La Marquesa estalló al fin: apuró de un sorbo el resto del chocolate, como para tomar fuerzas, y volvió a colocar con tal violencia la jícara en el platillo, que lo rompió en dos pedazos. El agua sufrió los flujos y reflujos del mar en su copa de cristal de Bohemia; los bizcochos se dispersaron por el suelo, anunciando el final del desayuno; Lulú se encomendó a todos los santos del cielo; la impasibilidad británica de *Fly* se contentó con levantar la cabeza.

—Pues mira —dijo la Marquesa, dando con el puño cerrado en el brazo de la butaca—. ¡El P. Jacinto manda en su sotana, y la Madre Catalina en sus enaguas, y yo mando en mi casa y en mi hija! ¿te enteras?...

Lulú no se enteraba: asustada la pobre niña había cruzado sus manitas, y rezaba mentalmente, sin darse cuenta de ello, aquella oración del Trisagio: *Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor: ¡misericordia, Señor!* La Marquesa continuó elevando progresivamente la voz, hasta las últimas notas de un furioso *crescendo*.

—¡Vendrás esta noche al baile de la Embajada, por encima del sombrero de teja del Padre, y por encima de la toca de la Madre!... ¡Irás con el traje escotado que va a traer la modista!... ¡Valsarás con el Duquesito porque así se lo he prometido yo, y porque es menester que aprendas lo que el P. Jacinto y la M. Catalina debieron de haberte enseñado!... ¡Es menester que aprendas a obedecer a tu madre!

—Pero, mamá —exclamó Lulú llorando a lágrima viva—; si me dijo el P. Jacinto...

—¿Qué más dijo el P. Jacinto?

—Que si usted me lo mandaba, y yo no podía convencerla, que en las dos cosas obedeciese.

—¡Pues como no me has convencido, vendrás al baile de pie o de cabeza!

—Sí, señora; iré de pie y como usted mande.

La Marquesa bajó dos puntos el diapasón de su cólera, y añadió en tono dogmático:

—El tercer mandamiento de la ley de Dios manda honrar padre y madre.

—No es el tercero, mamá, es el cuarto. El tercero es santificar las fiestas.

—¡El tercero, o el cuarto, o el veinte mil quinientos! —exclamó la Marquesa, que estaba más fuerte en el reparto de la última ópera que en el orden riguroso de los preceptos del Decálogo—. ¡Lo que importa es que lo tengas presente!

—Sí, señora; haré lo que usted mande.

—¡Pues no faltaba más, sino que pretendiese el P. Jacinto turbar la paz de mi casa!...

—No, señora, no —le interrumpió Lulú—. El P. Jacinto es un santo.

—¡Pues que le pongan en un altar y le enciendan dos velas! —replicó violentamente la Marquesa—. Pero de ninguna manera tolero que por causa de sus chocheces me seas desobediente.

—Pero mamá, si...

—¡Calla!... Y mira que no le vayas a hablar al Duquesito del P. Jacinto, ni de la

Madre Catalina, ni de novenas, ni monjíos, ni de las bobadas del colegio... Ya ese tiempo pasó, hija mía: ahora es menester que pienses en que eres ya una señorita que va a entrar en el mundo... Por eso quiero presentarte esta noche en la Embajada... El Duquesito es un pollo de lo más agradable que darse puede... te quiere muchísimo... No queda día que no pregunte por la bella Lulú...

—¿Por mí? —dijo Lulú, abriendo los ojos asombrada—. ¡Pues si sólo una vez le he visto en la vida!

—¿Y qué te pareció?

—Me pareció muy tonto.

—¿Tonto?... ¿Tonto el chico más a la moda de Madrid?... ¿Tonto el mejor partido de la Corte?

—¡Pues si no me dijo más que tonterías!... que si el Real estaba lleno y el Español vacío... que su caballo *Pitt* había ganado una copa en el Hipódromo... que iba a introducir la moda del frac encarnado... Yo le dije que parecería un cangrejo...

—¿Eso le dijiste? —exclamó otra vez sulfurada la Marquesa.

—Se me escapó sin pensar, y creo que no le gustó, porque se puso muy serio.

—¡Pues claro está!... ¿Cómo había de gustarle?... Vamos, si esta hija mía parece que

viene de las Batuecas... ¡Decirle que parecería un cangrejo!... ¿A quién sino a ti se le ocurre semejante sandez?... ¿Sabes lo serio que ha sido el asunto de los frac colorados?... Periódicos muy formales han discutido si debía o no de admitirse, y justamente el Duquesito era el defensor más acérrimo... ¡Y decirle que parecería un cangrejo!... ¡Vamos, si eso no se le ocurre más que... al P. Jacinto o a la M. Catalina.

—¿Pero yo qué entiendo de eso, mamá? —dijo Lulú apurada.

—Pues aprende, o a lo menos calla, que ni siquiera a callar has aprendido en el colegio... Este es el fruto de la decantada educación de monjas que tu abuela me obligó a darte, prosiguió la dama en tono patético. ¡Para esto me impuso el inmenso sacrificio de tenerte en el colegio, separada de mí, hasta los diez y siete años!...

La señora Marquesa mentía al decir esto con un descaro digno de su lavandera: la pobre Lulú había permanecido en el colegio hasta los diez y siete años porque estorbaba a su madre para la vida, no licenciosa, pero sí frívola y disipada que llevaba; porque la edad de la niña ponía de manifiesto que la de la señora Marquesa había pasado mucho tiempo antes los límites de la juventud; por-

que le era preciso a su vanidad ocultar todo el tiempo posible aquellos años que todos los ardides de la infeliz no lograban borrar de su inexorable fe de bautismo; aquellos años que sonriendo irónicamente iba contando la muerte; aquellos años en que los pasatiempos y frívolos devaneos de la mujer habían ahogado los sencillos, los puros, los santos goces de la madre... ¡Aquellos años que habían de ser juzgados día por día, hora por hora, momento por momento, en el terrible tribunal en que sentencia Jesucristo las almas de los muertos!...

II

Las lamentaciones de la dama fueron interrumpidas por Nanette, la doncella francesa que anunció la llegada del traje de la señorita.

La Marquesa lanzó una exclamación de alegría, y se levantó para recibirlo: Lulú no se movió de su sitio. Un criado entró cargado con una inmensa excusabaraja de finísimos mimbres, y la depositó sobre la alfombra. Nanette levantó la tapa, y apareció el confuso remolino de gasas, crespones, flores y cintas que constituían el traje de baile. La misma Marquesa, ayudada por Nanette, colocó artísticamente el vestido sobre un diván de

raso azul celeste: era de gasas blancas, y no tenía más adornos que algunas guirnaldas de jazmines.

—¡Lindísimo! —exclamaba la Marquesa, buscando para contemplarlo el verdadero punto de vista—. ¡Qué sencillez, y al mismo tiempo qué novedad y qué elegancia!... ¡Ah! ¡si madame Tête-vide es la encarnación del gusto parisiense!... Mira, Lulú, mira... ¡Vas a tener un *succès* asombroso!...

La señora Marquesa participaba en alto grado de la elegante manía, criticada ya por el P. Isla en aquella célebre aleluya:

Yo conocí en Madrid a una Marquesa
Que aprendió a estornudar a la francesa.

Lulú no se movió de su sitio, y miraba con tristes ojos el lindísimo traje: su primera mirada había sido para el escote, que en honor de la verdad era todo lo alto y decente que esta moda permite a las señoritas jóvenes: a las señoras casadas, sin que nosotros alcancemos el motivo, se les permite en este caprichoso código ofender con toda libertad el pudor y la modestia.

—Pero, hija, ven acá, gritó la Marquesa, que no parece sino que te llamo para enseñarte la mortaja.

—Así quiero que me hagan la mía —dijo

Lulú levantándose—. Blanca como este traje; pero ha de ser cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tendrá azucenas, que significan pureza.

—¡Vamos! —exclamó la marquesa, dispuesta a encolerizarse por tercera vez—. No falta más sino que nos prediques ahora un sermoncito sobre la muerte y las vanidades humanas... ¡Mira, Luisa, no me seas necia! Entra en mi alcoba y ponte el traje al momento... quiero ver cómo te sienta, y quiero enseñarte a llevar la cola. De seguro que no sabes dar un paso con ella.

Lulú apareció al fin vestida de baile; y al ver retratada su imagen en el inmenso espejo que reflejaba al día las tres o cuatro *toilettes* de su madre, no pudo menos de sonreírse. Se había encontrado tan bonita, que se olvidó por un momento de la mortaja cerrada hasta arriba, y de las azucenas que significaban pureza. La marquesa se sonrió también: la mujer había comprendido a la mujer, y por eso concibió esperanzas de derrotar al Padre Jacinto.

—¡Delicioso! —exclamaba, arreglando los largos pliegues de la cola del traje. Anda un poquito para allá, Lulú... Baja un poquito la segunda falda, Nanette... ¡Mira, mira este *puff* sostenido con dos lazos!; ¡es lo más

elegante y atrevido que he visto! ¡Ah!, ¡este *puff mariposa* es un *tour de force* admirable!... ¡Madame Tête-vide es un genio!...

Un golpecito sonó en aquel momento en la puerta del tocador, y una voz varonil gritó desde fuera:

—¿Le es permitido a un simple mortal entrar en el santuario de la diosa?

—¡Adelante, adelante! —exclamó alegremente la marquesa.

Lulú quiso huir, pero la detuvo su madre, diciendo:

—¿Pero adónde vas, hija?... Si es el tío conde. El tío conde era un anciano de franca y noble fisonomía, marcial aspecto, cabellos blancos como la nieve, y en cuyo pecho se destacaba la ilustre cruz roja de la orden de Calatrava.

—¡Magnífico! —exclamó, deteniéndose a la puerta—. ¡Qué grupo tan delicioso!... No os mováis, por Dios, que parecéis así unidas la mañana y la tarde de un hermoso día.

—¡Qué galante ha amanecido hoy el señor conde! —dijo riendo la marquesa—. Apuesto a que para todo esto en pedirme de almorzar.

—¡Hermosa como la luz, discreta como la sombra! —dijo el conde, sentándose en el diván celeste—. Acertaste, sobrina: vengo a que me des de almorzar, y a que me prestes

un coche para ir luego a Palacio. El mío me lo tiene embargado hoy un entierro.

—Admito lo de la mañana y la tarde, en pago del almuerzo, y exijo en pago del coche que me diga usted lo que le parece mi Lulú con su traje de baile.

—Trato hecho —contestó el conde; y arrellanándose en el diván, se caló sus quevedos de oro.

—¡Admirable, admirable, admirable! —decía examinando a la niña de pies a cabeza—. De seguro que cuando llegue a hablar de Lulú el cronista del baile, moja la pluma en bandolina en vez de mojarla en tinta... Hebe, sirviendo la copa a los dioses, será menos hermosa... Ofelia, apareciéndose a Hámlet, menos ideal... Psiquis, elevándose al Olimpo, menos vaporosa. Pero ¿quieres que te diga mi opinión, Lulú, hija mía?... Pues oye el consejo de un viejo. Luce ahora el traje delante de tu madre; lúcelo también delante de este viejo, que se ofrece a bailar contigo entre estas cuatro paredes, desde un rigodón hasta una polka... Es más: que se ofrece a traerte aquí dos o tres parejas de su confianza, aunque tenga que buscarlas a la luz de una linterna, como Diógenes buscaba un hombre sensato por el foro de Atenas; porque, aunque no abunden, es cierto que se encuentran.

Pero créeme, hija mía: cuando llegue la hora de ir a la Embajada, ponte tu gorrito de dormir, cena un huevecito pasado por agua, y vete a la cama después de rezar el rosario...

—Eso decía yo ahora mismo—exclamó Lulú vivamente.

—Y hablabas como un libro—añadió su tío.

—¡Vamos!—dijo impaciente la marquesa—. ¿Si tendremos aquí otro P. Jacinto sin manteo ni sotana?

—¿Quién es ese P. Jacinto?

—Un exclaustrado del año treinta y cuatro que se cree que estamos todavía en los tiempos de las golas de lechuguilla y de los *minuets* cantados.

—¿Dónde vive?—preguntó gravemente el conde.

—¿Va usted a confesarse?—replicó con ironía la marquesa.

—No, porque me confesé ayer; voy a consultarle una duda teológica.

—¿Y cuál es ella?

—Que me parece que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

—Pues téngalo usted por cierto—respondió la marquesa, sin sospechar adónde iba a parar la broma—. No la formaron de la costilla, sino del corazón: por eso la mujer se

lo llevó todo, y el hombre se quedó sin ninguno.

—Cuando las veo a la cabecera de sus hijos, enseñándoles a rezar el *Bendito* como a mí me lo enseñó mi madre, que era tu abuela, creo lo que dices, sobrina —respondió el conde con aquel tono serio burlón de que se servía para hacer a la marquesa los más tremendos cargos. Pero te confieso que me vuelve a asaltar mi duda cuando, satisfechas con esas baratijas de tocador, las veo dar más importancia a los bullones de un *puff* que... al gobierno de su casa.

El conde iba a decir que a la educación de sus hijos, pero la presencia de Lulú le contuvo.

—Pero ¿cuál es esa duda? —preguntó la marquesa, sin darse por entendida.

—Pues ya lo he dicho : que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

—¿Pues de qué lo fué entonces?

—Del rabo de una mona (1) —dijo gravemente el conde.

Lulú se echó a reír a carcajadas. La marquesa se mordió los labios; acostumbrada, sin embargo, a las indirectas del conde, que había sido para ella un segundo padre, y

(1) Alusión a un gracioso cuento popular en Andalucía.

cuya rica herencia esperaba, contestó chanceándose:

—¡Vaya con el señor conde! En cuanto vió seguro el almuerzo, ha dado ya al traste con todas sus galanterías.

—Y no creas que esto me lo ha dicho la falsa ciencia de algún darvinista —prosiguió el anciano—. Me lo dijo el buen sentido de un pobre patán que conocí en mis posesiones de Andalucía.

—¡Bien decía yo que la tal sentencia me olía a ajos!

—La verdad nunca huele a ámbar en las narices, que escuece, sobrina... Explícame si no de otro modo estos dos hechos en que mi filósofo de los campos fundaba su sistema. Primero, que las monas no tengan rabo; segunda, que tengáis algunas de vosotras esas tendencias *darvinísticas*...

—Ya no me extraña que, si tal concepto le merecían las mujeres, jamás haya usted querido volverse a casar después de viudo.

—No, hija mía; porque habrás notado que no he dicho *todas*, sino *algunas*... Si todas fueran así, no me hubiera casado nunca.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando, tío? —dijo la marquesa, picada hasta lo sumo—. Que podría usted irse con mi hija a dar por ahí una misión contra los bailes y las modas.

Lulú personificaría la inocencia; usted, tío— añadió, recalcando la frase—, podría personificar el arrepentimiento.

—Con lo cual nadie podría argüirme de que hablaba de lo que no entendía.

—Pero sí de que el diablo, harto de comer carne, se había metido a fraile.

—¿Y crees tú que si ese señor Mefistófeles pusiera al servicio de Dios su experiencia de diablo y su ciencia de ángel no haría mucho fruto?... Si Lulú quiere, esta misma noche empezaremos la misión a la puerta de la Embajada.

—Sí, tiíto —respondió Lulú alegremente—, más fácil me será aprender el sermón que bailar con esta cola.

—Pues queda convenido —asintió el conde—. Predicaré por una ventanilla del coche y diré a las madres de familia: «Ciegas fuisteis para vosotras, ciegas sois para vuestras hijas... Vuestra ceguedad os disculpa... en parte. Cuidad de que no sea también vuestra ceguedad la que os condene...» Y asomándome por la otra ventanilla, porque dividiré el auditorio por sexos, como hacen en las sinagogas, diré a los padres de familia: «¡Perdisteis la memoria, señores míos!... ¡Acordaos de que ya no sois vosotros los

galanes!... ¡Acordaos de que las damas son ahora vuestras hijas!...»

—Pues si todos entienden el sermón como yo —dijo Lulú moviendo la cabeza—, no serán muchos los convertidos.

—No importa que tú no lo entiendas... Mira cómo tu madre me entiende.

—Entiendo, tío mío, que me está usted haciendo una mala obra —dijo sentida la marquesa.

—La del padre que corrige —replicó el conde, inclinándose a su oído—, la del amigo que salva...

—¿Pero acaso soy yo una samaritana?

—¡No, por cierto!... Eres una mariposa, y tu hija necesita un ángel de la guarda.

La marquesa se echó a llorar. Lulú, que nada había advertido, dijo muy seria:

—Pues si usted predica desde la ventanilla, yo predicaré desde el pescante, y diré a todo el auditorio: «Señores: las doce han dado ya; tengo mucho sueño, y no puedo dar un paso sin tropezar con esta cola... ¡Conque muy buenas noches; que me voy a cenar con mi tío un huevo pasado por agua, y a acostarme después de rezar el rosario!...»

Y haciendo una graciosa cortesía, echó a correr hacia la alcoba de su madre, para despojarse de su traje de baile. Detúvose, sin

embargo, en la puerta, y preguntó sonriendo:

—Mamá... ¿le encargo al tío que prepare el huevo pasado por agua?

La marquesa estuvo a punto de decir que sí; el conde la interrogaba con la vista.

—¡Imposible! —dijo al fin, contestando a éste—. He dado mi palabra al duque.

—¿Y qué importa? —instó el anciano en voz baja.

—Se disgustaría, y no quiero que por mí pierda Lulú la mejor boda de la Corte.

III

A las tres de la madrugada arrancaba de la Embajada el magnífico landó de la marquesa, conduciendo a ésta y a su hija de vuelta del baile.

Envuelta Lulú en su albornoz forrado de pieles, se había recostado en un rincón del coche sin decir palabra; hallábase cansada, nerviosa, y sentía un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes sueño, Lulú? —le preguntó su madre.

—Mucho —contestó la pobre niña—. ¡Si viera usted cómo me duele la cabeza!

—Eso es la falta de costumbre; mañana podrás desquitar el sueño.

Lulú no contestó, y la marquesa calló también, preocupada, no con la insignificante dolencia de su hija, sino con aquellas últimas palabras del conde, que acudían en aquel momento a su memoria con esa pertinacia, con esa fuerza convincente, con esa claridad avasalladora con que el remordimiento presenta al hombre, después de cometida la falta, aquellas mismas razones que antes de cometer las encontraba la pasión tan débiles e ilusorias. Las conveniencias sociales, el porvenir de su hija, la boda del duquesito, pretextos todos con que había querido engañar a ese necio que se llama *uno mismo*, tan fácil de persuadir cuando se halaga su deseo, desaparecieron en aquel momento, cual desaparecen en la oscuridad los falsos colores de un prisma, para hacerle ver en toda su desnudez aquella amarga verdad que entre bromas y veras le había dicho el anciano;—«Tu frivolidad, tu loco afán de gozar y divertirte, es lo que disfrazas con las exigencias de tu rango y del porvenir de tu hija».

¡Es cierto, es cierto! —se dijo amargamente la marquesa—. ¡Lulú necesita un ángel que guarde y no que exponga su inocencia!... Yo no soy una samaritana, ¡es verdad!... ¡pero soy una mariposa, frívola madre de... orugas!

Una tos seca y nerviosa se escapó en aquel

momento del pecho de Lulú, y un ¡ay! doloroso acudió a sus labios.

—¿Qué es eso, hija mía? —exclamó asustada la marquesa.

—No sé, mamá —respondió Lulú—; me duele aquí en el costado derecho... Será el corsé que me aprieta un poco.

Lulú despidió a su doncella, después de vestirse una bata de noche; dejóse caer entonces en una pequeña butaca forrada de raso color de rosa, y permaneció largo tiempo inmóvil, mirando sin ver, con los ojos fijos en el suelo. Quería darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban con tal rapidez a su mente, que la aturdían, sin que pudiese analizarlas y ni aun siquiera definirlas. Sentíase, por otra parte, sumamente fatigada: agudas punzadas taladraban sus sienes, y aquel dolor del costado derecho le hacía toser de cuando en cuando seca y dolorosamente. La pobre niña se levantó para acostarse: un pensamiento la detuvo, sin embargo. Grave como un aviso del cielo, distinto como una luz de Dios, había acudido a su memoria el último consejo del P. Jacinto, la súplica diaria de la Madre Catalina: *No te acuestes un solo día sin hacer antes examen de conciencia.*

Lulú se dirigió a un precioso reclinatorio gótico, colocado a la cabecera de su cama.

Había en él una pequeña estatua del Sagrado Corazón, que había traído del colegio, igual en todo a la grande que allí tenían en el altar mayor de la capilla. Lulú se arrodilló ante aquel antiguo amigo, que desde su infancia le mostraba el Corazón abierto, y apoyando la frente en ambas manos comenzó a abrirle de par en par el suyo. Así pasó un cuarto de hora: levantó al fin la niña la cabeza y sus ojos fueron a encontrarse con los ojos de la imagen: los de Cristo reflejaban amor inmenso; los de Lulú, inocencia perfecta. Rezó entonces el acto de contrición, y dió al Señor humildes gracias por haberla preservado de toda culpa. El mal espíritu tocó entonces con su inmundo dedo aquella pura frente, para despertar en ella este pensamiento:

—¿Ves cómo tu madre tenía razón?... El Padre Jacinto exageraba... ¡En nada has ofendido al Sagrado Corazón de Cristo!

A poco dormía Lulú fatigosamente, y parecíale hallarse en los salones de la Embajada valsando con el Duquesito. La orquesta tocaba un vals de Straus, y Lulú se divertía mucho, atravesando a la carrera, como en otros tiempos el patio del colegio, aquel salón inmenso que crecía, crecía siempre, como si la pared del fondo huyese ante Lulú para dejarle más ancho campo. Los caballeros le de-

cían, al pasar, que era bonita; pero Lulú no hacía caso, porque una calavera se asomó por el marco de un espejo, y le dijo con la misma voz del P. Jacinto : *¡Lo que eres fuí; lo que soy serás!*

El Duquesito valsaba muy bien : llevaba el frac colorado, y Lulú se reía, porque le parecía un cangrejo que valsaba tan de prisa, tan de prisa, que la niña sintió al fin un vahido y quiso detener a su pareja; pero el Duque soltó una carcajada y siguió valsando al compás de la orquesta, tan rápido ya, que era vertiginoso. Lulú se echó a llorar, porque el Duque le agarraba con dos manos fuertes como tenazas de hierro, que le hacía un mal horrible en el costado derecho. Llamó a gritos a su madre; pero su madre la miraba riéndose, y se echaba fresco con el abanico. Llamó entonces al tío Conde; pero el tío Conde no estaba allí; por eso no contestaba, y la pobre Lulú seguía valsando, valsando al compás de aquella música más rápida que la bajada del infierno.

De repente le faltó la luz y le faltó el suelo, y los zapatitos de raso de Lulú se hundían en una tierra húmeda y pegajosa que le daba escalofríos; pero seguía valsando al compás de la orquesta, que ya no era de violines y flautas, sino de chirimías y gritos de buhos, por-

que el Duquesito le clavaba, cual una garra, la mano derecha en el costado, causándole aquel dolor atroz que le hacía toser cruelmente. Vió entonces en la oscuridad, que la linda persona del Duque despedía un fulgor asqueroso que a ella no le tocaba, pero que, sin saber cómo, ella misma encendía : vió que clavaba los ojos, cual dos saetas envenenadas, en su rostro y en su cuello desnudo, arrojando unas llamas impuras que aterraron a la pobre Lulú, porque amenazaban manchar la blancura de su alma, como mancha la baba de un caracol los pétalos de una rosa... ¡Y a pesar de todo, Lulú seguía valsando, valsando, porque su madre se lo mandaba!... ¡porque ningún auxilio humano la socorría!...

De repente vió a lo lejos, sin saber cómo, un grupo de árboles, un hombre postrado en tierra, como pintan a Jesucristo en el Huerto de las Olivas. Lulú gritó ¡Jesús mío!, y Jesús se puso en pie a aquel grito, hermoso, fuerte, imponente, con el corazón llagado en las manos, como le había visto tantas veces en el altar del colegio, como le acababa de ver en la imagen del reclinatorio; pero el Duque seguía valsando sin soltar su presa, y lanzaba a veces feroces rugidos. Jesús levantó la mano con imperio y le mandó detenerse; pero el Duque

levantó la suya, sin soltar a Lulú, y descargó un bofetón en la mejilla de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo soy la causa! —gritó Lulú, retorciéndose las manos.

Jesús retrocedió dos pasos y arrojó al suelo, para detener al Duque, un puñado de su propia sangre; pero el Duque no soltó a Lulú, y siguió valsando sobre la sangre de Cristo.

—¡Perdón, Jesús mío, que yo tengo la culpa!—gimió Lulú, mesándose el cabello.

Y Jesús, por salvar a la niña, arrojó al suelo, a los pies del Duque, su Corazón, henchido de angustia.

Pero el Duque siguió valsando sin soltar a Lulú, y levantó el pie para pisar el Corazón Sagrado de Cristo.

Lulú dió un grito espantoso, y se encontró, al despertar, sentada en su lecho. Allí estaba, sobre un sillón, el blanco traje de baile; allí estaba, en el reclinatorio, la imagen de Cristo; en el costado derecho sintió la pobre niña el horrible dolor que le causaba en sueños la férrea mano del Duque. La luz del sol traspasaba ya las cortinas de color de rosa, prestando a toda la alcoba un tinte risueño...

Al gritó de Lulú acudió desalada su doncella : detrás llegó la Marquesa, anhelante. Lulú, pálida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, tosiendo de un modo que helaba la

sangre, tendió los brazos a su madre; ésta se arrojó en ellos llorando.

—¡Mamá!, ¡mamá!—decía Lulú, en voz tan profunda y queda, que aterraba el oírla. ¡Allí!, ¡allí!... en el baile... en el Huerto... El Duque pisaba la sangre... ¡Yo no!... ¡Yo no pequé!... ¡no, no, Dios mío!; pero por mi culpa... ¡por mi culpa pisaba aquel hombre la sangre de Cristo!

Y una convulsión horrible retorció el cuerpo de la infeliz niña, como los anillos de una culebra.

—Lulú!... ¡hija mía! ¡Luisa!... ¡hija de mi alma! —exclamaba la marquesa— ¡Serénate, por Dios!... ¡eso es una pesadilla!...

—¡No!, ¡no!, ¡no!—gritó Lulú con una energía horrible— ¡En el baile fué donde soñé... en el sueño fué donde estuve despierta!...

Aterrada la Marquesa, envió a buscar al médico, y éste declaró sumamente grave el estado de la niña. Tenía, a su juicio, una pulmonía fulminante, cogida sin duda al salir de la Embajada, y aumentaba el peligro una horrible excitación nerviosa, cuya causa no comprendía.

IV

Tres días después, el gran salón de la Marquesa se hallaba de arriba abajo colgado de raso blanco: en medio se levantaba un catafalco de terciopelo también blanco. Sobre él yacía el cadáver de Lulú: su mortaja era blanca, como su traje de baile, pero estaba cerrada hasta arriba; y en vez de jazmines tenía azucenas, símbolo de la pureza...

Las manos de la niña sostenían la pequeña imagen del Sagrado Corazón, que había traído del colegio.

Ella misma lo había así dispuesto.

POR UN PIOJO...

POR UN PIOJO...

I

PERPLEJA estaba aquella mañana Pepita Ordóñez, sentada en su tocador, con dos cartas, una en cada mano. Dejólas al fin sobre un acerico erizado de alfileres, y apoyando ambos codos entre la multitud de cachivaches que ocupaban la mesa de un Pompadour algo turquesco, fijó esa mirada sin vista, con que la juventud contempla las ilusiones, en la luna del espejo. Allí se reflejaba su carita de muñeca de china, coronada por dos papillotes que levantaban sobre su frente sus cuatro puntitas de papel, como otros tantos erguidos cuernecitos.

Indudable era que Pepita Ordóñez soñaba despierta, paseándose por los floridos jardines que había hecho brotar en su imaginación alguna de aquellas cartas. Era ésta un billetito triangular, de un rojo subidísimo, márgenes negros, letra de mujer en el sobrescrito, de rasgos firmes y elegantes, y un diablito

negro por sello, muy primoroso, montado en un velocípedo.

No por eso olía a azufre: apestaba a *oppoponax*, esencia entonces muy en boga, y bien merecía, por todo su aspecto, contener la cita de alguna *cocotte* en el kiosco de Saint-James. Nada de esto contenía, sin embargo: las honradas damas españolas acogen con tanto afán las chucherías venidas de Francia, que no se cuidan de inquirir el mayor o menor decoro de su procedencia.

Suele decirse que detrás de la cruz está el diablo, y en aquella carta sucedía al revés: delante estaba el diablo y detrás la cruz, al frente de lo escrito, hecha con dos rasguitos muy devotos. Debajo decía:

«Mi querida Pepita: Anoche llegó Pepito de Bruselas...»

Aquí dejó escapar Pepita Ordóñez ese pequeño grito, corto, *staccatto*, propio de las mujeres nerviosas cuando se asustan, alegran o sorprenden; luego continuó leyendo con avidez progresiva.

«...y como hoy es jueves de compadres, quiere mamá celebrar la llegada de nuestro diplomático con una reunión de íntima confianza: echaremos las cédulas, se bailará un poquito y pasaremos un rato muy agradable, sobre todo si tú vienes. Pepito me ha pregun-

tado mucho por ti, y está deseando verte. Si vienes temprano, antes que empiece a llegar gente, te enseñaré despacio el *port-bonheur* (1) que me ha traído Pepito de París y pienso estrenar esta noche: es precioso. Dice Pepito que vió a la princesa de Metternich uno lo mismo, lo mismo. Tengo mucha prisa y concluyo, porque mamá me ha dado el encargo de hacer yo las invitaciones, para dar a la velada un sello de mayor confianza. Tuya afectísima amiga del alma,

MERCEDES, *enfant de Marie*».

Nerviosa y fuera de sí, dejó Pepita la carta, sin notar que aun no la había terminado: faltaba esta postdata:

«Excuso decirte que tendremos mucho gusto en que te acompañe también tu prima».

Pero ya Pepita Ordóñez navegaba a velas desplegadas por las caprichosas ondas de su fantasía, sin cuidarse poco ni mucho de la prima anónima... Pepito había llegado, preguntaba por ella, deseaba verla, y era el Pepito en cuestión un guapísimo muchacho de veinticinco años, rico, conde, de talento,

(1) En el caprichoso tecnicismo de la moda, llamábase hace años *porte-bonheur* a cierta especie de brazalete, figurando un trébol de cuatro hojas.—Es creencia popular en Bretaña que el trébol de cuatro hojas, rarísimo siempre, trae la felicidad a quien lo encuentra; y de aquí el llamar *porte-bonheur* a estos brazaletes.

diplomático, que volvía de Bruselas decidido a casarse en su ciudad natal, donde es fama que saben ser las mujeres excelentes madres de familia. Sin titubear un instante, se aplicó Pepita Ordóñez aquel oportuno dístico:

Yo me llamo Pepita y tú Pepito...
¡Qué matrimonio tan igualito!!!

Y dando ya por convencida a la Providencia divina y por avisada a la Vicaría, comenzó Pepita Ordóñez a arreglar el porvenir con prudencia exquisita. Indudable era que el hado bonachón la haría aquella noche comadre de Pepito; y una vez dado este primer paso, podía ya comenzar a escoger el *trousseau*, como comenzó, en efecto, por la corona de nueve perlas, la corona condal que había de regalarle Pepito...

Y no la quería ella en forma de diadema, porque eso estaba ya muy visto: quería que fuese corona entera, con zafiros, como la que había visto en Sevilla a la Condesa de la Tuna, en un baile del palacio de San Telmo; y como claro está que era poco delicado decirlo así descaradamente a Pepito, decidió insinuárselo con mucha delicadeza por medio de Mercedes, la cuñada futura, o quizá mejor de aquella prima anónima; era ésta tan sencillota, tan infeliz, que de seguro se prestaría con el alma y con la vida...

En el traje de boda no había que pensar, porque era cosa de cajón : raso, encajes, azahar, todo blanco; con él se retrataría para legar aquel recuerdo a sus hijos... y dar de paso un revolcón a Elvirita Pacheco. ¿Pues no había dicho la muy mentecata que era ella una cursi?... Y todo porque la tal Elvirita pasaba los inviernos en Madrid, con su tía la Marquesa... ¡Pues vaya una elegancia!... Ya le enviaría ella una fotografía de su retrato de novia, con una dedicatoria muy cariñosa, muy expresiva, para que rabiara de firme.

En cuanto al traje para el magnífico sarao con que había de solemnizarse el matrimonio, era menester pensarlo despacio. ¿Sería rosa o celeste?... Eran los dos colores que mejor le sentaban : el rosa la hacía un poco pálida; quizá fuera preferido el celeste... Asmodeo había dicho en la *Moda Elegante*, que la Duquesa del Pino, envuelta en gasas azules, recordaba a Anfitrite saliendo del seno de las olas. Pepita Ordóñez no sabía a punto fijo quién era Anfitrite; pero pensó preguntarlo a don Recaredo Conejo, señor muy erudito, y se decidió al fin por el traje de color de cielo.

Quiso, sin embargo, hacer una última experiencia; pero no había por allí nada celeste... ¡Ah, sí!; allí estaba en un rincón un papel de seda de aquel color, que había servido para

envolver velas de esperma... Pepita Ordóñez lo rodeó a su garganta, bajando antes el cuellecito de percal, no del todo limpio, que la cubría... ¡Magnífico! *¡Ravissant!*... Ya podían irse a freír monas Anfitrite y Asmodeo y la Duquesa del Pino con sus olas de mar y sus espumitas, pues sólo con el papel de las velas de espermas eclipsaba ella a todas las bellezas acuáticas y terrestres...

Y cuando, entusiasmada consigo misma, sonreía Pepita Ordóñez a la carita de muñeca que reflejaba el espejo, y extendía la mano como para asir por la frágil punta de las alas aquellos rosados ensueños, echó a rodar, sin advertirlo, la otra carta compañera de la del diablito, que yacía olvidada sobre la mesa. La carta cayó al suelo, produciendo sobre el pavimento un chasquido mate, una especie de suspiro de papel, que parecía decir lastimosamente:

—¿Y así se porta usted conmigo, señora doña Pepita?...

Pepita se inclinó para recogerla... ¡Qué fastidio! : ¡tener que ocuparse de majaderías cuando la embargaban a ella pensamientos tan serios!... ¡Y la tal carta tenía una facha!... Era el sobre basto y cuadrado, y con letras gordas y desiguales decía : *Señorita doña Josefa Ordóñez y prima, calle de las Narangas,*

número 8. El *prima*, aquel *prima* que lo mismo podía ser el segundo apellido de Pepita que representar, como realmente representaba, a la prima anónima que ambas cartas consignaban como postdata, como sombra, como apéndice de Pepita, hizo aparecer en los labios de ésta un mohín de enfado; y cuando sus ojos se fijaron en lo de *Narangas*... ¡oh!, ¡entonces!... entonces su furor académico se sintió cruelmente ofendido, y rasgó el sobre con gesto de cólera, digno de Molins o Fernández Guerra.

Un pliego impreso con el sello azul de las *Hijas de María* apareció dentro: en él notificaba la Presidenta a la señorita doña Josefa y a la prima anónima, que a las ocho de la mañana siguiente, viernes 3 de marzo, sería la Comunión general de las Congregantas en la iglesia de costumbre; suplicábales al mismo tiempo la puntual asistencia, advirtiéndoles que en la misma Misa comulgarían cincuenta ancianas pobres de las socorridas por la Congregación; habíase de servir luego por las mismas Congregantas un abundante almuerzo a todas las viejas, y terminaría el acto distribuyendo entre aquellas infelices varios lotes de ropa, como premio a su puntual asistencia al catecismo.

La noticia causó en Pepita Ordóñez el efec-

to de una ducha de agua fría, y en vano su imaginación comenzó a correr de nuevo por otros caminos, retratándole al vivo el interesante grupo de su lánguida beldad, conduciendo a una decrépita anciana a la sagrada Mesa, a la melancólica luz y con el ascético encanto de aquel ángel que pintó Murillo sosteniendo a San Juan de Dios cargado con un pobre...

También era esto bonito, pero más le gustaba a Pepita Ordóñez lo otro; y enfurruñada, casi llorosa, retorciendo entre los dedos la esquela de las Hijas de María, se agitaba en el asiento... ¡Pues estaba bonito! ¡Vaya una oportunidad que tenía la Presidenta! ¡Como si no pudiesen comulgar otro día cualquiera aquel medio ciento de viejas!... Porque el conflicto era cruel: o era necesario renunciar a la fiesta de la condesa, o no asistir a la Comunión general, o acudir a ésta llevando como preparación la música, el baile, las cédulas de compadres y comadres de aquélla.

Parecióle esto al fin lo más aceptable; porque después de todo, ella no iba a hacer nada malo en casa de la condesa: todo se reducía a retirarse un poquito más temprano, dormir un par de horitas y hacer siete minutitos de examen de conciencia al tiempo de levantarse...

Lo malo, lo temible era aquel P. Rodríguez, director espiritual de las Hijas de María, que siempre andaba a vueltas con aquello de que no caben en un solo corazón Dios y el mundo; y luego aquella prima, ojito derecho del Padre Rodríguez, tan huraña, tan infelizota, que nunca había podido comprender los imperiosos deberes que impone la sociedad a una señorita elegante, y que por ningún concepto consentiría en acompañarla a una y otra parte... Porque si ella pudiera conseguir esto, quizá, quizá el P. Rodríguez no se atreviera a condenar en Pepita lo que hubiera querido justificar en su discípula predilecta.

Y entonces fué cuando, pensando en ello, se quedó Pepita Ordóñez perpleja, con los codos apoyados sobre el tocador, fija la vista en su carita de muñeca de China, que reflejaba el espejo, con los cuatro cuernecitos de los papillotes erguidos sobre la frente.

Y entonces fué también cuando se abrió la puerta del aposento para dar paso a la prima Teresa, que éste era el nombre de la prima anónima que en ambas cartas figuraba: traía en las manos dos pedazos de tela de ínfimo percal rameado con pésimo gusto, y poniéndolos ante los ojos de Pepita extendidos en forma de paño de Verónica, dijo entre impaciente y burlona:

—¿Pero me querrás decir dónde has cortado aquí lo de arriba y lo de abajo?... Lo que es esto, lo mismo puede ser el corte de un gabán que el de una funda de almohada...

Y al hablar así Teresa, inclinaba sobre el malhadado gabán su airoso cuello, torneado, un poco largo, como suelen verse en las vírgenes de Perugino.

II

Pocos conocían en Z.** a Teresa Ordóñez por su verdadero nombre: llamábanla siempre la *prima de Pepita*, porque la brillante personalidad de ésta oscurecía entre sus rayos de relumbrón a la modesta niña, como el vulgar reflejo de la concha de nácar eclipsa a los ojos ignorantes el suave mate de la rica perla.

Era, en efecto, Pepita Ordóñez una de esas elegantes de provincia, reinas de salones de segundo orden, que tienen por cetro un abanico y por sesera un bote de pomada o una borla de polvos de arroz; astros de primera magnitud en el menguado cielo de una capital corta, que por no haber abarcado nunca horizontes más dilatados, creen igualar a esos otros astros de la moda que tan sólo conocen por las almibaradas crónicas de los *reporters* del gran mundo.

Cuando Pepita Ordóñez leía en ellas que la duquesa H.** había puesto de moda en París el color de *gacela meditabunda*, o que la princesa X.** andaba en Niza con pantalones, sonreía con el mismo aire de inteligencia mutua y amistad recíproca con que sonreiría Francisco José a Guillermo de Prusia, o el zar Alejandro al emperador de Turquía, al ver ya dominio del público las combinaciones diplomáticas y los tratados secretos, firmados diez años antes.

Y hay, en efecto, entre estas reinas Semíramis y aquellas reinas Nanás un rasgo común que establece entre ellas la proporcionalidad de las figuras geométricas semejantes, la uniformidad de la forma elíptica, que lo mismo expresa la inmensa curva que recorre Urano en el espacio, que la descrita por la cola de un gorrión al saltar de tejado a tejado. Nunca, ni en la corte ni en el cortijo, llegan a ser estas reinas de salón ángeles de ningún hogar; siempre castiga la maledicencia sus vanidades, transformando en faltas sus ligerezas y en culpas sus errores...

Teresa era, por el contrario, el reverso de la medalla: enemiga de figurar, retraída sin ser oscura, hacíase cargo de su triste posición y ofrecía con respeto a Pepita el contraste de las líneas superiores del triángulo

que, separadas del todo por la base, sólo se juntan en el vértice. Este vértice era en ambas jóvenes doña Angustias, madre de Pepita, tía de Teresa, excelente señora, tonta de capirote; pero de esas tontas bondadosas que disimulan sus necedades con los reflejos de su bondad, y deslustran su bondad con los matices de sus tonteras.

—Es muy buena... ¡pero es tan tonta!—Es muy tonta... ¡pero es tan buena!—decían de ella amigos y enemigos, mezclando en mayor o menor proporción, según la benignidad de sus criterios, los dos ingredientes de bondad y tontería que componían el ente moral de la viuda de Ordóñez.

A ella debió Teresa un pedazo de pan en la miseria y un amparo en la orfandad en que vino a dejarla la muerte de su padre. Era éste jefe de escuadra, y mandaba uno de los departamentos marítimos de más importancia al estallar la revolución de 1868; mas al resonar en España aquel grito de traición y de anarquía, el honrado marino, el leal caballero, protestó enérgicamente, oponiendo esa noble resistencia individual, tanto más heroica cuanto es más inútil.

Destituyóle entonces el Gobierno intruso, enviándole de cuartel a San Fernando, y allí murió a poco, sin haber vuelto a vestirse

jamás aquel uniforme que en la rectitud de sus principios creía para siempre deshonrado. En su testamento encargaba a Teresa que lo enterraran vestido de paisano, y que si el Gobierno manifestaba deseos de tributar a su cadáver los honores que por su grado le correspondían, adelantase el entierro y depositara su cuerpo en la capilla del camposanto. «Porque ni aun después de muerto, decía la cláusula, quiero recibir nada de traidores».

Teresa era digna hija de aquel hombre que llevaba en su blasón una barra de acero con este lema: *Me rompo, pero no me doblo*, y entonces se reveló por vez primera su carácter, enervado hasta aquel momento por la prosperidad, que no es madre, sino madrastra del alma, porque así como es necesario la presión para hacer estallar la pólvora, así es también necesario el infortunio para poner de manifiesto ciertas grandes cualidades que se ocultan en muchos corazones.

Cuando los hipócritas compañeros del general difunto acudieron a tributarle en muerte los honores que le habían arrancado en vida, la indignación secó las lágrimas de dolor en los ojos de la huérfana, y ella sola se opuso a todos, haciendo sacar secretamente el cuerpo de su padre y acompañándolo en persona al depósito general del cementerio, según la

voluntad expresada en el testamento. El Gobierno vió en esto un acto de rebeldía política por parte de aquella huérfana que contaba a la sazón trece años, y contra toda justicia y todo derecho la privó de la orfandad que le correspondía, dejándola en la miseria.

Tendióla entonces los brazos la viuda, y en ellos se refugió la huérfana, captándose de tal modo sus simpatías y su cariño, que a los dos meses publicaba doña Angustias por todas partes las virtudes de Teresa, diciendo con su bondadosa necedad:

—¡Pero qué alhajita de niña!... ¡Y qué talento tiene!... Ella sola arregla los visillos de mi casa...

Pepita, por su parte, acogió a la prima con el entusiasmo con que acoge una niña el regalo de una muñeca grande; pensó además la reina de salón encontrar en ella una dama de honor que pudiera llevar siempre a la cola, para confiarle el abanico y el pañuelo mientras ella valsaba. Pero bien pronto pudo convencerse de que así en lo físico como en lo moral sobraban a la dama de honor cualidades bastantes para arrebatarle a ella su corona de reina, y entonces comenzó a inspirarle Teresa ese amargo sentimiento, hostil hasta la crueldad, que suele degenerar en despotismo, y nace en el corazón del hombre mez-

quino cuando en sus relaciones con un subordinado tiene la superioridad material y la inferioridad moral.

Teresa comprendió al punto la causa de la mutación de su prima, y con este refinado tacto de las personas discretas a la vez que desgraciadas, comenzó a evitar toda ocasión de hacer sombra a Pepita, huyendo para ello de la sociedad elegante que ella frecuentaba, y buscando su centro entre las amigas y beatas de medio pelo de las asociaciones piadosas a que la llevaban su acendrada caridad y su religiosidad profunda.

Era una de estas asociaciones la de las Hijas de María, vulgarmente conocida con el nombre de las *Señoritas del Ropero*, y ocupaba en ella preferentemente la atención de Teresa todo lo que al cuidado de los pobres socorridos se refería. En el caritativo taller de la Congregación que dió origen al nombre de *Ropero*, era Teresa la oficiala más asidua en coser las ropas destinadas a los pobres, y Pepita, que gustaba de figurar así en lo divino como en lo profano, acudía también, tijera en ristre, con el cargo de cortar camisas que parecían pantalones, pantalones con honores de chaquetas, y gabanes que al decir de Teresa, presentando un ejemplar de aquel géne-

ro híbrido, podían servir muy bien para fundas de almohada.

Al oír Pepita Ordóñez la burlona pregunta de su prima, volvió bruscamente la cabeza y dijo con rabiosa ironía:

—¿Si será menester cortar los gabanes por los patrones de la *Moda Elegante*?... Y si te parece, que los cosa la modista y les ponga entredoses de *guipure* y golpes de pasamanería...

Teresa fijó en Pepita sus grandes ojos negros, y comprendiendo que no estaba la Magdalena para tafetanes, y mucho menos para gabanes, se puso a combinar en silencio los informes pedazos del gabán rameado.

—Y te digo —añadió Pepita Ordóñez cada vez más encolerizada— que estoy ya de gabanes, y de camisas, y de chaquetas, y de *Señoritas del Ropero*, hasta la punta de los cabellos...

Y al decir esto, se tiraba la señorita con bastante precaución de las puntas de sus papillotes.

—¡Yo no sé en qué piensa esa Presidenta!... ¡Lo que allí pasa no pasa en ninguna parte!... Mira... mira...

Y Pepita Ordóñez, haciendo un esfuerzo como si tocara un reptil, tiró en las faldas de Teresa el sobre rasgado de las Hijas de Ma-

ría. Teresa leyó el sobrescrito después de registrarlo por dentro y por fuera, y dijo con mucha calma:

—Será el aviso de la Comunión de mañana. ¿Y qué tiene?... ¿Te parece temprano?

—¡Si no es eso, hija! —exclamó Pepita, hincando con tal furia la uña en el papel, que le hizo un agujero—. ¡Mira! ¿No ves que dice *Naranga?*

—¡Vaya, mujer!—exclamó Teresa riendo—. ¿Quién le va a pedir perfiles ortográficos a la pobre Rosita Piña?...

—Pues si no sabe escribir, que escarde cebollinos en vez de redactar cartas... ¡Una secretaria que escribe *Narangas!*... ¡Vamos, yo me borro de la Congregación! ¡Me borro!

—Pues ya puedes borrarte también de la tertulia de Mercedes Pineda —replicó vivamente Teresa—, porque en tres renglones que te escribió el otro día le cogí dos faltas garrafales.

—¡No es cierto! —gritó sulfurada Pepita—. Mercedes habla muy bien francés, y por eso se equivoca cuando escribe en castellano; lo cual es muy distinto... Y si no, aquí tienes una carta suya: léela, que te interesa...

Y Pepita Ordóñez, creyendo encontrar ocasión propicia, entregó con mucha diplomacia a su prima el rojo billetito triangular de Mer-

cedes Pineda. Tomólo Teresa con cierta sonrisa de condescendencia, y al notar el diablito montado en un velocípedo que servía de timbre, dijo con mucha sorna:

—¡Mujer, qué monada!... ¡Poner al diablo por timbre de una carta!...

—¡Pues vaya una burla tonta! —replicó Pepita—. Si querrás que ponga un hisopo y un bonete...

—Entre poner un hisopo y poner un diablo, se pueden poner mil cosas que no choquen a nadie —respondió gravemente Teresa.

Una sonrisa maliciosa entreabrió sus labios al terminar la carta; hízose cargo del conflicto en que las dos invitaciones ponían a Pepita, y comprendió al punto el mal humor de ésta, sus invectivas contra la Congregación y sus repulgos ortográficos. Comprendió también el ataque que le esperaba a ella misma, y poniéndose desde luego en guardia, se echó a reír a carcajadas:

—¡Me borro, me borro, me borro! —decía, imitando a los ridículos aspavientos de su prima.

—¿Pues qué hay?...

—¡Ahí es nada!... Una señorita que convida para un baile y escribe *¡Port-bonheur!*— continuó Teresa, mostrando esa palabra escrita en el billete—. Te digo que Mercedes

disparata el castellano cuando escribe francés, y desbarra en francés cuando escribe en castellano.

Pepita Ordóñez arrebató la carta a su prima y se puso a buscar la malhadada palabra.

—Sí, sí, mira, mira —prosiguió Teresa triunfante—. *Port-bonheur*, en vez de *Porte-bonheur*... Bonita manera de tomar el rábano por las hojas... *Port* es *puerto*, hija, y *Porte*, *lleva*... Eso es peor en Mercedes que en Rosita Piña escribir *Narangas*...

Y riéndose a carcajadas, gritaba en medio de su risa:

—Nada, nada; me borro de la Congregación de Merceditas, y no seré yo quien vaya allí en busca de compadre...

—¿Pero de veras no vas a venir? —exclamó Pepita, dispuesta a comenzar la batalla.

—¿Pero no ves que escribe *Port-bonheur*? ¿Cómo he de poner yo los pies en esa casa?

—Pues harás una grandísima grosería desairando una invitación que nos hacen.

—¡Bah! —replicó Teresa, cambiando de tono—. No los matará el sentimiento: la misma falta hago yo allí que los perros en Misa.

—En eso no vas descaminada —repuso incisivamente Pepita—, pero nos pones a mamá y a mí en el compromiso de que crean

las gentes que te dejamos siempre en casa como a la puerca Cenicienta.

Teresa miró a su prima, y se echó a reír con cierta amarga socarronería; pero como a fuer de buena andaluza era *guasona*, y sobre tener cierto maligno gustito en hacer rabiar a su prima, sabía por otra parte que sólo tomándolas a broma podían eludirse las despóticas exigencias de Pepita, abrió mucho los ojos, infló los carrillos y dejó escapar con gran solemnidad otro burlón:

—*Port-bonheur.*

—¡Cuidado que estás tonta y necia y pedante con la palabreja! —gritó fuera de sí Pepita—. ¿Si querrás saber francés mejor que Mercedes?... ¿Te lo ha enseñado el P. Rodríguez o Rosita Piña?...

—*¡Port-bonheur!* —volvió a repetir Teresa, entornando los ojos y echando bocanadas de viento.

—Si se tratase de capas pluviales o de zurcir medias de clérigo, ya podrían darte lecciones; pero lo que es de eso...

—*¡Port-bonheur!* —tornó a decir Teresa—. Como quien dice, *puerto de felicidad*... Pues mira que estaría bonita la princesa de Metternich con un puerto colgado al brazo con sus barquitos y todo...

Pepita Ordóñez no pudo sufrir más tiempo

que se burlase de su querida Mercedes y de su colega la princesa de Metternich, reina ya un poco averiada del gran mundo parisiense, y gritó pálida de ira :

—Lo que tú tienes es una envidia que te come, porque te encuentras a nuestro lado siempre en segunda fila...

Teresa sintió en la punta de la lengua el hormigueo de las grandes desvergüenzas; contúvose, sin embargo, y lanzó a la cara de Pepita, a guisa de proyectil, otro burlón :

—*¡Port-bonheur!*

—Y si no vienes a casa de Mercedes, sé yo muy bien por lo que es : por los escrúpulos de beata mal intencionada, de santita hipócrita, aduladora del P. Rodríguez... Por la Comunión de mañana.

Teresa miró cara a cara a su prima, y dijo acentuando mucho las sílabas con burlona firmeza :

—¡Justo, justo, justito!...

—¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted? —gritó la otra—. Estas son las santitas... Nosotras las pecadoras vamos a un baile, y luego a recibir a Dios como si tal cosa; porque, claro está, no hacemos allí mal ninguno... Pero estos ángeles, estas santas canonizadas, no pueden, no se atreven. ¡Qué pecadazos no cometerán ellas cuando tales miedos les entran!

—¡Figúrate tú! —replicó con sorna Teresa.

—Si no es menester que me lo figure; si yo lo sé; si conozco tus gazmoñerías mal intencionadas para ponerme a mí en ridículo, para echarla tú de niña hacendosa y recogida, y que me digan a mí la *mesilla del turrón* porque ando en todas partes...

Así llamaban, en efecto, a Pepita, a causa de hallarse siempre en todas las fiestas, así divinas como profanas, a la manera que en las romerías andaluzas no faltan nunca los vendedores de avellanas y turrón con sus mesitas ambulantes. Teresa, que ignoraba el apodo, se echó a reír muy de veras, diciendo con mucha gracia:

—Pues tiene chiste el nombrecito... Vaya, que la gente hace justicia.

—¡Ya lo creo que hace justicia! —repuso Pepita—. Por eso, a pesar de tus artimañas de mujer caserita, no has encontrado a quien hacer tragar el anzuelo... Como no te cases con tu amigo Minuto, el sacristán de San Marcos...

—¡Buen partido! —dijo con burlona formalidad Teresa—. Viudo con siete hijos y una renta de cabo de vela y zurrapas de vino de Misas... Como se me llegue a declarar, a los ocho días me caso.

—Y harás bien, hija mía, porque las demás

uvas están verdes, y por mucho que hipocritees, ya sabes: aunque la mona se vista de seda... Teresa se queda.

—¿De seda? —replicó Teresa con cierto tono entre despreciativo y amargo—. Ni un solo vestido tengo; el último que tuve me lo compró mi padre.

Pepita pareció no comprender lo que con esto quería decir Teresa, y levantándose como para poner término a la conversación, dijo empinando el dedo:

—¡En resumidas cuentas! ¿Vienes o no vienes a casa de Mercedes?...

Teresa guiñó un ojo, torció la boca, y meneando en señal de negativa la cabeza, al mismo tiempo que el dedo índice de la mano derecha, dijo con voz de polichinela:

—¡No... no... y no!...

—¡Pues lo veremos! —gritó Pepita, dirigiéndose furiosa a la puerta—. Ya se lo diré a mamá, y ella te hará bajar la cabecita... No faltaba otra cosa sino que fuese tu voluntad el árbitro de esta casa... Soberbia, hija mía, soberbia que te va a llevar al infierno, aunque te agarres a la sotana del P. Rodríguez...

—Gracias por el aviso, primita —contestó Teresa—. Huye de la soberbia, dijo el pavo.

Y se puso a hilvanar con gran sosiego las informes mangas del gabán rameado.

III

El mal humor no quitó, sin embargo, a Pepita Ordóñez su ordinario apetito: encapotada, mohina y sin hablar palabra, almorzó aquella mañana tres chuletas de carnero y dos pares de huevos fritos. Sus dientecitos de perlas, un poco ralos, desgarraban las chuletas con la avidez y el empuje de cualquier gañán, y los huevos fritos desaparecían también en silencio, como una de esas pasiones vergonzosas a que se entregan los grandes hombres buscando el mayor secreto. Su pasión por los huevos fritos recordaba a Pepito de continuo que estaba hecha de la misma arcilla que cualquiera prosaica Maritornes.

Teresa, por el contrario, espontánea y comunicativa como siempre, refirió a doña Angustias todos los pormenores de la fiesta que para el día siguiente preparaban las Hijas de María. Escuchábala la buena señora complacidísima, interrumpiéndola a veces con alguna sandez de las que de continuo colgaban de sus labios. Pepita callaba, comía y rabiaba, y nada se había hablado hasta entonces de la reunión de la Condesa, ni del billetito de Mercedes.

—¡Tendrá que ver eso!—dijo doña Angus-

tias con su necedad crónica—. Veinte viejas comulgando...

—No son veinte, tía; son cincuenta.

—¡Mujer!—exclamó doña Angustias.

Y se quedó muda de pasmo, con la boca abierta y las cejas enarcadas; porque uno de los rasgos característicos de doña Angustias consistía en estar pasmada de continuo; y tan sorprendente era para ella la noticia de que estaba lloviendo, como hubiera podido ser la de que los cocodrilos del Nilo anidaban en el Guadalete. A todo contestaba siempre ¡mujer!, aunque fuese hombre el que hablara, y la tensión de sus cejas y la abertura de su boca marcaban la intensidad de su pasmo.

—¡Cincuenta viejas comulgando!—exclamó al fin doña Angustias—. Lo que es yo, no falto a eso... ¿A qué hora vas tú?...

—Yo iré tempranito, con Rosita Piña—contestó Teresa—. Iré a eso de las seis, por si ocurre algo.

—Entonces iré yo más tarde, con Pepita... ¿No es verdad, niña?

La niña metió la cara en el plato, y contestó secamente:

—No sé si iré... Estoy un poco constipada...

Y una tosecita que parecía salirle de las orejas, vino en aquel momento a estremecer de lástima las puntas de sus papillotes.

Pasmóse de nuevo doña Angustias al saber el constipado de la niña; y ésta, para tranquilizar sin duda a su madre, se zampó una sopa de huevo, del tamaño casi de su corazón impresionable. Teresa disimuló una sonrisa, sorbiendo a pequeños tragos una taza de cafe, y dijo con la carita más inocente del mundo:

—Pues es menester que te acuestes tempranito y procures sudar...

Pepita escuchó la maliciosa advertencia de su prima con la asfixiante calma que precede a las grandes tempestades, y siguió comiendo y callando.

Media hora después, Teresa, con la mantilla recogida sobre los hombros y el velo medio caído sobre el rostro, con esa gracia natural que es lo supremo del arte, se dirigía a casa de Rosita Piña. Seguíala una criada vieja, llamada Vicenta, llevando un gran envoltorio de prendas de vestir procedentes del *Ropero*, destinadas a formar los lotes que habían de repartirse al día siguiente entre las cincuenta viejas. Habíalas cosido todas Teresa; y para distribuirlas en paquetes iguales, dirigíase ésta a casa de Rosita Piña, vicesecretaria de las Hijas de María, y su amiga íntima.

Sucede a veces que el nombre de una persona desconocida hace formar idea errónea de ella, por razón de ciertas cualidades que

aparecen anejas a este mismo nombre: nadie puede figurarse a una Blanca negra, ni a un Delgado gordo, ni a un Casado soltero. Algo de esto sucedía con Rosita Piña: al oír su nombre siempre en diminutivo, en labios tan juveniles como los de Teresa y Pepita Ordóñez, creíala todo el mundo alguna muchacha de la edad de éstas.

La vicesecretaria de las *Señoritas del Ropero* era, sin embargo, una Hija de María, que bien pudiera ser tía de la misma Santa Ana: su edad, como la de las pirámides de Egipto, perdíase en los tiempos prehistóricos, sabiéndose tan sólo que su padre, valiente militar, había muerto gloriosamente en la batalla de Bailén, batiéndose a las órdenes del general don Teodoro Reding. Desde entonces era Rosita Piña una de esas huérfanitas, censos irredimibles del Montepío, único que puede apreciar en la nómina de cada mes su longevidad pasmosa. Cobraba mensualmente once duros como orfandad, y con el talento de que carecen nuestros ministros de Hacienda, arreglaba a esta exigua renta su presupuesto de gastos, quitando al alimento lo que necesitaba el vestido, abriendo un agujero para cerrar otro, y reservando todos los meses dos pesetas inviolables: una para repartirla entre los pobres, y otra para *gastos imprevistos*, tales

como un cuarto al cartero, un tubo del quinqué que se rompía, o medio real para el sello de una carta.

Los años habían hecho de Rosita Piña una verdadera beata, con todas las grandes virtudes, los pequeños defectos y las inofensivas ridiculeces propias del gremio; que todas estas cualidades juntas se encuentran en esas almas sencillas que el mundo ciego y burlón ridiculiza, exigiéndoles con la intolerante ley del embudo, propia de la lógica mundana, la perfección absoluta, por el solo hecho de que procuran buscarla, y la forma angélica, por la sola razón de que desprecian la humana.

Reíanse de que la vicesecretaria escribiese *Narangas*, y nadie se admiraba de que aquellas ciento y pico de esquelas se hubieran escrito a la luz de un mal velón y a la cabecera de una pobre lavandera moribunda, que velaba Rosita Piña hacía tres noches consecutivas, mientras la verdadera secretaria, a quien correspondía de oficio repartir aquellas esquelas, lucía su bella persona en un palco del teatro.

Burlábanse de su inocente manía de ocultar la edad, y nadie se apresuraba a publicar que aquellos años ocultos estaban llenos de resignados sacrificios, de calladas abnegaciones, de lágrimas que sólo brotan de corazones

muy generosos, de lágrimas derramadas ante infortunios ajenos.

Criticábanla que pasase la mayor parte del día fuera de casa, y nadie acertaba a comprender que aquella pobre vieja a quien nadie amaba era ella sola capaz de amar a todo el mundo, que se sentía abrumada en su hogar yerto y solitario por la nostalgia de la familia, y buscaba por eso el hogar de los huérfanos para dejar allí el calor de la madre, el hogar de las madres para prestar allí los consuelos de hija, y el hogar de Dios, el hogar del Padre común de todos, al pie del Sagrario, para buscar en él fuerzas necesarias con que mirar cara a cara su triste, su monótona, su siempre solitario *mañana!*... Fuerzas para no desfallecer bajo el peso de la más triste, la más angustiosa, la más desoladora de todas las cruces. ¡La soledad del alma!... ¡Ah! Indudable era que Rosita Piña, según la cáustica frase de Pepita Ordóñez, era una rosa seca; ¡pero era una rosa seca que conservaba toda su fragancia!...

El mundo, sin embargo, más frívolo que malo, más mezquino que perverso, hacía justicia a las virtudes de Rosita, sin dejar de reírse de ella, y las casas más aristócratas le franqueaban de par en par sus puertas; las familias más distinguidas la admitían en su

trato íntimo, y las asociaciones piadosas se la disputaban para darle, si no los cargos de más honor, a lo menos los de más trabajo. Era en todas ellas la vicepresidenta, la vicesecretaria o la vicetesorera; era, en fin, el piadoso burro de carga de todas aquellas damas elegantes, enalbardado siempre con un honorífico *vice*. Por lo demás, sus maneras eran vulgares, su ignorancia crasa, su sencillez la de aquellos pobres de espíritu a que promete Dios el reino de los cielos, sin duda porque los hombres se encargan en la tierra de hacérselo merecer con sus burlas y sus desprecios.

En cuanto a su físico, habíalo pintado en cuatro palabras, con la maestría de Velázquez, cierta verdulera, a quien inadvertidamente volcó Rosita Piña un día su canasto de lechugas. Miróla de arriba abajo aquella diosa Pomona, y gritó a sus compañeras:

—¡Allá va una mujé en cuclillas!... Con cara de a real y cuerpo de a cuatro cuartos!

La cara de Rosita Piña era, en efecto, doble de lo que razonablemente podría exigir su exiguo cuerpecillo, y venía a ser en ella lo que en aquel diminuto gramático Philetas el contrapeso de plomo que llevaba en las sandalias para que no se lo llevase el viento: era una especie de pleonasmo de carne, semejan-

te a un pastel de masa blanda, en que hubiesen formado las facciones tirando menudos pellizcos. Su pelo, de un negro algo sospechoso, estaba tan charolado y pegado a las sienes, que parecía un gorrito de hule, y vestía en todo tiempo un hábito de estameña de la Virgen del Carmen, con su correa de charol a la cintura y su escudito de plata en el pecho.

Vivía Rosita Piña en una salita y una alcoba muy pequeñas, muy limpias, que por treinta reales al mes le cedían en su casa un pobre capellán de monjas y una excelente vieja que era su hermana. Teresa subió ligeramente la humilde y limpia escalera, bien conocida de ella, y se detuvo ante la puerta de la beata, que estaba entornada. Dió dos golpecitos y nadie contestó: empujó un poco, y un resplandor vivísimo de luces encendidas salió de la estancia: entonces se determinó a entrar.

La reducida pieza estaba vacía, y sobre una vieja papelera, brillante a fuerza de rudas frotaciones de aceite, veíase en un primoroso nicho de cristales y caoba una bonita imagen de San José, de medio metro de altura. Rodeábanla varios tiestos de loza llenos de flores, y hasta veinte o treinta cabos de vela, de distintos gruesos y tamaños, todos encendidos. En la mano con que sostenía el Santo su florida vara habíanle puesto un papelito

doblado, y un gato blanco y negro, muy hermoso, muy limpio, estaba sentado en el suelo con mucha devoción, frente a la imagen, levantando de cuando en cuando una pata, como si quisiese enjugar una lágrima o darse un golpe de pecho. Parecía un gato muy piadoso: según Pepita Ordóñez, era este gato el *único pariente* de aquella pobre vieja que tenía por familia a la humanidad entera, porque comprendía y practicaba el significado de aquellas palabras que a todas horas repetía: ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...

El gato, que sobre ser piadoso era cortés, salió al encuentro de Teresa, empinando el rabo, arqueando el lomo, dejando escapar un cariñoso maullido, como si quisiese hacer los honores de la casa en ausencia de su dueña. Teresa le saludó con un confianzudo—¡Hola, Canene!— y tomando de manos de Vicenta el envoltorio de ropa, añadió meneando la cabeza:

—Muchas luces tiene el Santo... algo gordo sucede...

Conocía bien a su amiga, y constábale que iban siempre sus apuros en razón directa de las velas del Santo Patriarca, especial protector suyo, que jamás había desoído sus ruegos, infantiles no pocas veces. Gordo debía ser el apuro que marcaba a la sazón el

místico barómetro de la beata: ardían ante el Santo cuantas sobras de novenas y desechos de sacristía había podido recoger Rosita, que para semejantes ocasiones las iba coleccionando, y recordaba la iluminación, por sus artísticos detalles, la famosa de Moscou cuando la coronación del Czar último.

Resonaron en el corredor unos pasitos menudos y ligeros, y entró Rosita Piña con unos papeles en la mano, agobiado el cuerpecito, angustiada la caraza, rojos los ojillos, con dos grandes lagrimones pugnando por escapar de aquellas estrechas mazmorras. Despidió cortésmente a Vicenta, que en aquel momento salía, fuése derecha a Teresa y la besó en silencio:

—¿Pero qué es esto? —exclamó Teresa pasmada, mirando sucesivamente a la imagen y a Rosita—. ¿Qué tiene usted? ¿Qué pasa?

Rosita Piña se dejó caer en una silla con muestras del mayor abatimiento.

—¿Ha muerto Dolores la lavandera? —preguntó Teresa, que sabía la enfermedad de esta infeliz mujer, el esmero con que Rosita la velaba hacía tres noches y la aflicción que estas desgracias ajenas la causaban.

—Está mejor... No es ella la muerta —contestó Rosita.

—¿Pues quién ha muerto?...

Rosita Piña hizo un puchero disforme, y contestó dándose con los papeles en el pecho :

—¡Yo!...

Teresa sintió descomunales ganas de reírse: pensando, sin embargo, que podría Rosita sentirse gravemente enferma y darse ya por difunta, preguntó con cariñoso sobresalto :

—¿Pero qué tiene usted? ¿Está usted mala?...

—¡Pues eso es lo gracioso! —exclamó Rosita llorando—. ¡Eso es lo triste!... que estando yo buena y sana no me quieran pagar, y digan que me he muerto...

De nuevo tuvo que morderse los labios Teresa para no reírse, y siguió mirando a Rosita estupefacta. Refirióle entonces ésta que el día anterior, 1.° de Marzo, había ido, con la puntualidad característica de las viudas y huérfanas del Montepío, a cobrar los once duros de su orfandad. Pero al encargado de pagarla, don Tomás Sánchez, muy bueno, muy bello sujeto, muy atento, que siempre la saludaba —a los pies de usted— y un día que la hizo esperar dos horas la dijo que podía sentarse, habíanlo dejado cesante.

Hallábase en su lugar otro jovencito, muy bueno también, muy trabajador, tan trabajador, que en media hora larga no levantó la cabeza de lo que estaba haciendo, sin echar

de ver siquiera que estaba ella aguardando. Pues este señor tan laborioso tomó al fin los documentos que por fórmula le alargaba Rosita, los miró por encima, cotejólos con un voluminoso registro, y dijo después pausadamente:

—No ha lugar a la paga... Doña Rosa Piña y Menéndez falleció el 15 de Febrero pasado.

Rosita Piña se quedó estupefacta; si hubiese visto al P. Rodríguez vestido de majo y tocando las castañuelas, no hubiera expresado su amplia fisonomía mayor sorpresa. Sus ojitos y su boquita se abrieron hasta desencajarse, y exclamó con todas las inflexiones del espanto y la sorpresa:

—¿De veras?!!!...

—Así consta en la Dirección general de Madrid, con el correspondiente certificado.

Rosita Piña quedó aplanada bajo el peso de aquella losa de sepulcro que tan inesperadamente arrojaba el Estado sobre su cabeza: comedida, sin embargo, hasta en el fondo de la tumba, sólo se atrevió a replicar:

—¡Pero eso debe ser equivocación!...

El laborioso oficinista cogió la pluma y se puso a escribir de nuevo, sin dignarse responder a la atribulada huérfana.

—¿Pero quién soy yo entonces? —exclamó

ésta volviendo a todas partes los extraviados ojos—. ¿Algún alma del Purgatorio?...

—Pues si es usted un alma del Purgatorio, vaya a que los curas le digan Misas —contestó el oficinista.

El saborcillo volteriano de esta respuesta acabó de aterrar a Rosita, y huyó a su casa afligidísima, creyéndose presa de alguna pesadilla horrible, y palpándose a cada instante a ver si en realidad era cadáver. Consultó el caso con su vecino el Capellán de monjas, indagó éste lo ocurrido, y vínose en la cuenta de que aunque a Rosita le sobraba salud, habíanla matado por equivocación en la nómina : era necesario abrir un expediente para resucitarla, presentarse en la Dirección general de Madrid o buscar alguna buena influencia en la Corte que todos estos obstáculos allanase. Rosita se acostó aquella noche calenturienta y despertó llena de crueles escrúpulos : había soñado que para comprobar su existencia se miraba detenidamente al espejo y se encontraba viva, sana, fuerte, robusta y hasta... bonita!!!...

¡Horror!... ¿Sería aquello alguna levadura de amor propio escondido que a la hora de tribulación asomaba la oreja?... Necesario fué participar el horrible temor al P. Rodríguez, que la miró espantado de lo que puede

fantasear un sueño, y lejos de consolarla la despidió con cajas destempladas.

—¿Y cómo voy yo a Madrid? —decía Rosita a Teresa, llorando a lágrima viva—. Dinero no tengo; en el tren no fían, y aunque fiaran... ¿Cómo se aventura una mujer sola, en ese Madrid atestado de liberales?

Rosita Piña creía sencillamente que los liberales andaban en Madrid con cuernos y rabo, embistiendo por la calle a los pacíficos transeúntes. El liberalismo era su pesadilla, y llevaba su justo odio contra la moderna secta hasta el punto de encontrar sospechoso aquello de *Libera nos, Domine*, que rezaba en la Letanía, y haberlo sustituído con un profundo, sencillo y esperanzado *Carlista nos, Domine*.

Teresa escuchaba complacida la relación de aquella extraña desventura, y al oír que todo podía arreglarlo alguna persona influyente en la Corte, exclamó con esa noble impremeditación de la juventud, que da siempre por hecho el bien que desea hacer:

—Pues si no es más que eso, dése usted ya por resucitada...

La difunta oficial miró a Teresa con el ansia con que Marta debió de mirar a Jesús al verle extender la mano hacia el sepulcro de Lázaro.

—Pues claro está —continuó Teresa—; anoche llegó de Madrid Pepe Pineda, el hijo de la Condesa, que es diplomático y amigo de todo el mundo, y él le podrá arreglar a usted el asunto sólo con poner dos letras.

—¿Pero tú lo conoces? —preguntó Rosita.

Esta lógica pregunta hizo caer a Teresa de las alturas de su buen deseo. Ella no conocía al Condesito ni aun de vista, y la escena que poco antes había tenido con Pepita a causa del baile de compadres le hizo caer en la cuenta de que difícilmente podría servirse de ella como de intermediaria. Comprendió, pues, que se había adelantado demasiado, y dijo titubeando:

—Yo no... pero mi prima y mi tía Angustias le conocen mucho, y también a su madre y ellas le hablarán...

—¡Dios las oiga! ¡El Santo Patriarca las inspire! —exclamó Rosita Piña cruzando las manos con vehemencia.—Yo por mí no tengo cuidado: Dios viste a los lirios del campo y cuida de los pajaritos... Y aunque yo no soy ningún lirio, ni tampoco un pajarito... pero en fin, vamos... es un decir... Pero esa pobre Dolores la lavandera... enferma, con siete hijos, sin más amparo que yo, porque lo que da la Conferencia no alcanza... Mañana la operan el zaratán, y aunque don Manuel la

cura de balde, porque es de lo que no hay, muy caritativo, un San Pantaleón; en fin, Dios se lo pague... Pero los caldos y la botica y todo, todito, lo tengo que pagar yo... Empeñé mi cuchara de plata, y ya se me fué hasta el último ochavo: ahora estoy gastando de los diez duros que tenía guardados para mi entierro.

A Teresa se le saltaron las lágrimas: cogió ambas manos a Rosita, y sacudiéndoselas fuertemente, le dijo :

—¿Pero por qué no me ha dicho usted eso antes, Rosita? ¿Qué necesidad tiene usted de gastar el dinero de su entierro?... Aunque después de todo, no la han de dejar sin enterrar por eso... Pero yo también tengo en mi hucha lo menos, lo menos once duros, y se los daré a usted para Dolores.. Los fuí guardando real a real para, cuando llegase el aniversario de mi padre, decir algunas Misas... Pero también esa limosna le servirá de sufragio.

Rosita Piña se echó a llorar: su llanto hubiera enternecido a un ángel y hecho reír a un hombre.

—¡Dios te lo pague, hija mía, Dios te lo pague! ¡Teresa! —exclamaba—. ¿Ves ese papelito que tiene San José en la mano?... Pues es la última receta del médico... Yo no podía

pagarla; pero se la puse en la mano y le dije: —¡Procúrala tú, santo mío!— y ya ves cómo la ha procurado... No sabes el peso que me quitas de encima: estaba ya sin alientos, sin esperanzas, sin saber por dónde tirar. Hoy mismo, durante toda la hora de meditación, me parecía ver al diablo a mi vera, diciéndome como aquel santo viejo de que habla el P. Rodríguez: —¡Ahórcate! ¡ahórcate!— Y yo, llena de santa firmeza, le respondía:

—¡Ahórcate tú!

IV

Revuelto andaba el *Palomarico de la Virgen*, nombre que plagiando cierta frase de Santa Teresa, daba a las Hijas de María el cándido optimismo de Rosita Piña.

No parecían, sin embargo, al P. Rodríguez, blancas palomitas todas las que anidaban bajo su dirección en aquella arca santa. Porque hay en todas las asociaciones piadosas, especialmente de mujeres, un elemento por lo general aristocrático, inquieto, dominante, que cree hacer un favor a Dios al honrarle, y un servicio a la Religión poniendo la piedad de moda: tráelo allí la más absurda de las vanidades, cual es la de la piedad, y refrénalo

por el pronto, entre las jóvenes, el candor y la docilidad de los pocos años.

Mas si una mano enérgica no las desenmascara pronto, o una voz severa no les hace comprender a tiempo que sus costumbres son las que han de amoldarse a la piedad, y no la piedad a sus costumbres; que las asociaciones devotas son obras de perfección y no obligatorias, y que es la más vil de las hipocresías hacer gala de seguir los consejos, cuando no existe el cuidado de observar medianamente los preceptos, tornaránse estas blancas palomitas en esas lechuzas devotas, descrédito de la piedad verdadera, porque escandalizan al bueno y provocan la risa del malo; en eso, tipo inverosímil, no nuevo hoy, pero sí más degradado, de la mujer devota por la mañana y pagana el resto del día...

Caricaturas de aquellas grandes señoras de la Corte de Luis XIV, señoriles hasta en sus mismos vicios, que oían como quien oye llover las rudas verdades de Bourdaloue, son muchas de esas otras damas que vemos hoy pedir en ciertos días a la puerta de los templos, valsar por amor del prójimo en los bailes de beneficencia y tener siempre en los labios las palabras *piedad y caridad*, como la etiqueta de un frasco de agua de olor falsificada. Un rasgo común han conservado unas y otras

a través de los siglos: el de tener los oídos frente a frente; lo que entra por el uno sale por el otro, sin dejar dentro nada de provecho.

Los billetitos rojos esparcidos por Mercedes Pineda a los cuatro vientos anunciando el baile de compadres, habían alborotado en el *Palomarico de la Virgen* a todas aquellas cuyo afán de divertirse se traslucía en todos sus actos, como el ardor del calenturiento se trasluce hasta en sus menores gestos. La vanidad y la conciencia se sintieron igualmente agitadas. ¿Cómo preparar en tan breve plazo alguna *toilette* sorprendente, nueva, deslumbradora, capaz de aprisionar entre gasas y flores algo más que con los vínculos del compadrazgo a media docena siquiera de reacios galanes? ¿Cómo salir *devotamente* del compromiso en que la importunidad de la Presidenta venía a ponerlas, señalando para la Comunión de las Hijas de María la mañana siguiente a la noche del baile?...

Con la actividad desatinada de hormigas a que destrozan su hormiguero, comenzaron a circular al punto doncellas y criados, modistas y costureras: imposible era, a juicio de peritos, crear nada nuevo, pero no era difícil combinar con cierta novedad galas antiguas. Tranquila, aunque no satisfecha con esto la vanidad, pensóse en buscar solución al caso

de conciencia; cruzáronse entonces recados oficiosos, preguntas capciosas, misivas diplomáticas en que cada Hija de María, sin dejar traslucir su pensamiento, procuraba indagar la solución que daban las otras al conflicto *religioso-bailable* que se presentaba. Ni una siquiera hubo que entregase la carta que se iba buscando: todas aseguraron, con unanimidad edificante, que la asistencia a la solemne Comunión era necesaria; pero todas ¡oh desdicha! comenzaban a sentir, por coincidencia milagrosa, los síntomas de un cruel constipado, igual, idéntico en todas ellas, que no les permitiría, sin duda, madrugar a la mañana siguiente; todas, en fin, como eficaz sudorífico que les trajese la reacción y les aclarase las laringes y desatascase las narices, tenían preparado y oculto en el fondo del tocador, no una manta de Palencia y una taza de tila, sino un fresco, ligero y vaporoso traje de baile.

El tiempo urgía, eran ya las cuatro de la tarde, y una de las más atrevidas, Ritita Ponce, decidióse al fin a hacer algunas investigaciones personales: necesario era que alguna levantase el estandarte, y nadie quería ser la primera y dar el mal ejemplo, por más que todas buscasen con ansia la ocasión de seguirlo.

Ritita Ponce tiró su plan: fuése derecha a casa de Pepita Ordóñez, y cogió a solas a la incauta doña Angustias. Acudió ésta presurosa y contrariada, como persona a que arrancan de perentorios quehaceres, y la vista perspicaz de Ritita descubrió al punto en su traje varias hilachillas de seda color de rosa.

—¡Ya caíste, mentecata! —pensó Ritita; y cogiendo con la punta de los dedos una de aquellas hilachas, se la mostró a la viuda, diciendo:

—¡Hola! ¡hola!... Esto me huele a preparativos de baile.

Aturrullóse doña Angustias, y contestó precipitadamente con su agudeza ordinaria:

—Hilas... hilas que estaba haciendo para el hospital... Ayer me las pidió Sor Tomasa.

Ritita Ponce no se detuvo a inquirir la extrañeza terapéutica que aconsejaba el uso de hilas de seda color de rosa, y conteniendo la risa que tan necia salida le causaba, varió de táctica. Sentóse junto a la viuda, muy pegadita, y con voz muy baja y ademanes misteriosos, envolvió a la pobre señora en esta sarta de mentiras:

—Doña Angustias—le dijo—, tengo un apuro muy grande, y sólo usted, con su autoridad y su talento, puede ayudarme...

—¡Mujer! —exclamó doña Angustias pas-

mándose, esta vez con razón que le sobraba.

—Sí, señora... Ya conoce usted a Sir William Mackenzie, que ha pasado todo el invierno aquí en Z***.

—¿Aquel inglés, largo, largo, con patillas color de lino?...

—¡El mismo!... Pues ha de saber usted que lo estoy catequizando, a ver si el pobrecito se bautiza...

—¡Mujer!... ¿Es moro acaso?...

—No, señora; es protestante, que viene a ser lo mismo...

—¡Mujer!...

—Sí, señora; y lo tengo ya tan convencido, que esta noche pensaba verlo en casa de Pineda para tratar de quién ha de ser el padrino.

—¡Mujer!...

—Lo que usted oye... Pero mire usted por dónde se le ha metido a mamá en la cabeza que no he de ir esta noche a casa de Pineda a causa de la Comunión de mañana...

—¡Mujer!...

—Y dice que no iré yo, como no sea que vaya también Pepita, porque si una persona del respeto de usted se lo permite a su hija, cosa es ésta que puede hacer ley.

¡Misterios del corazón!... Doña Angustias, lejos de pasmarse de que la madre de Pepita le diese la patente de legisladora, quedóse

muy complacida y contestó modestamente, comenzando a soltar el queso, como el cuervo de la fábula:

—¡Jesús, mujer!... Tu mamá me favorece demasiado.

—¡Oh, no, no! Ya sabe lo que se hace—contestó Ritita con sonrisa aduladora—. Por eso es menester que me diga usted francamente si va o no va Pepita a casa de la condesa... Porque si va ella, iré yo; y si no va, tendré que quedarme; y si me quedo, se quedará también de rechazo ese pobrecito sin padrino, y quizá sin bautizar, y si se muere se lo llevarán los mismísimos, mismísimos diablos...

Y Ritita ensartaba todas esas mentiras con el mayor aplomo, agitando con terror el abanico, como si quisiese ahuyentar a los demonios, que amenazaban llevarse a su catecúmeno Sir William Mackenzie.

—¡Jesús, mujer, qué ocurrencia! —exclamó perpleja la viuda.

—Lo que usted oye, doña Angustias —replicó Ritita, abriendo mucho los ojos—. A veces, de cosas muy chiquititas salen cosazas muy grandes, muy grandes...

—Pues mira, mujer; yo, si te he de decir la verdad, ninguna gana tenía de fiestas... Pero ya tú ves: Mercedes le escribió a Pepita,

y la niña se ha empeñado en ir... y por eso...

—¡Irán ustedes al baile! —exclamó Ritita levantándose, como si con saber esto le bastase.

—Pues claro está... Pero no digas una palabra a nadie, porque...

—Descuide usted, doña Angustias, que sé yo guardar un secreto.

—La niña no quiere que se sepa, por evitar que otras tomen pretexto de que ella va para ir también, y luego vienen los chismes, y el Padre Rodríguez...

—¡Dichoso P. Rodríguez! ¡En todo ha de meterse!... Como si porque sea una Hija de María tenga necesidad de darle cuenta hasta de la sal que echa al puchero.

—Mujer, no tanto... Es verdad que el Padre exagera un poquito, pero lo que yo le digo a Pepita... Se le escucha siempre con respeto, y luego hace cada cual lo que le parece.

—Eso hago yo sin necesidad de oírlo, y es mucho más cómodo; que si fuera una a escuchar al P. Rodríguez, sería menester vivir en un rincón, metida en un saco, con la cara para la pared. El domingo le decía tía Rosa que las muchachas necesitan exhibirse en sociedad, si alguna vez han de casarse... ¿Pues sabe usted lo que le contestó?...

Y Ritita Ponce, imitando el tono algo gangoso del P. Rodríguez, dijo muy despacio:

—Es muy cierto, señora, muy cierto. Pero usted notará que nadie compra la tela que está siempre de muestra... Cuando se va a comprar, toman todos de la pieza que está guardada allá adentro... Porque mire usted, señora, tela siempre en el escaparate, preciso es que esté averiada.

Y Ritita Ponce, que llevaba ya treinta y tres años de exhibirse por todos los escaparates sociales sin encontrar marchante ninguno, concluyó muy indignada:

—Conque ya ve usted que, según el Padre Rodríguez, una señorita de mundo viene a ser como un bacalao colgado a la puerta de una tienda de ultramarinos: que corre el peligro de que lo ensucien las moscas.

Esto dijo Ritita con arrogante desdén; y sin dejar a doña Angustias tiempo de pasmarse, dió media vuelta, y como lanzadera que va de un lado a otro tejiendo una tela de chismes, comenzó a recorrer una por una las casas todas de sus amigas, diciendo que Pepita Ordóñez iba al baile con su madre; y que Teresa las acompañaba también, con permiso, por supuesto, del P. Rodríguez.

Animáronse con esto las retraídas Hijas de María; los constipados sufrieron un descenso

general en toses y estornudos, y comenzaron poco a poco a salir las galas de sus escondrijos, a la manera que los caracoles sacan lentamente los cuernos al sol después de pasada la lluvia. Ritita, por su parte, retiróse muy satisfecha a su casa una vez terminada la propaganda, y comenzó a disponer las galas que habían de ayudarle a llevar la luz de la fe a la nebulosa alma de Sir William Mackenzie.

De todas las mentiras que había ensartado aquella tarde, sólo ésta tenía algo de verdad en el fondo; porque realmente abrigaba Ritita Ponce la idea de administrar a Sir William un sacramento; pero no era el primero, era el séptimo.

Desesperaba ya a los treinta y tres años de encontrar marido indígena, y comenzaba a buscarlo exótico.

V

Mientras tanto, volvía Teresa de casa de Rosita Piña, preguntándose por qué dará Dios tanto corazón a quien da tan poco dinero, y discurriendo el modo más a propósito de confiar la resurrección oficial de su difunta amiga al condesito diplomático. Parecíale imposible alcanzar para su protegida la media-

ción de Pepita, y aun en la misma doña Angustias no se atrevía a fijar grandes esperanzas. Participaba siempre la madre, a lo menos por el pronto, de las necedades y rabietas de la hija, y preciso era que la negativa de Teresa a concurrir al baile de compadres, que tanto había encolerizado a la una, hubiese también ofendido a la otra al llegar a su noticia. No era, pues, ocasión muy oportuna de pedir favores ni a la madre ni a la hija, y mucho menos tratándose de la mísera Rosita y el apuesto condesito, encarnaciones, por decirlo así, una y otro, de los dos polos en que giraba el conflicto.

Teresa no se engañaba, en efecto: hallóse al entrar en casa con dos amigas de su prima, que atraídas por los chismes de la catequista de Sir William Mackenzie, hablaban alborotadamente con Pepita y doña Angustias. La madeja se enredaba: pasmábase la viuda de que tan pronto hubiese hecho Ritita traición a sus confianzas, y la niña dirigía a su madre miradas y aun palabras furibundas por haberse dejado arrancar su secreto, a trueque de librar de las garras del diablo al honorable Sir William.

Callaron todas al entrar Teresa, con manifiesta grosería, recibiéndola con frialdad, que dejó helada a la pobre muchacha; púsose

Pepita a cuchichear por lo bajo con una de sus amigas, y la misma doña Angustias contestó secamente a dos o tres preguntas que se aventuró a dirigirle Teresa. Retiróse ésta avergonzada y ofendida, y pesarosa doña Angustias al verla salir, la recomendó eficazmente que se mudase al punto de calzado: había llovido y estaba húmedo el piso.

Teresa entró casi llorosa en su cuarto, el más modesto de la casa: sentía esa opresión de corazón propia de los caracteres sensibles y expansivos cuando tropiezan con la dureza o el desdén de las personas cuyo calor buscan, y consideraba, por otra parte, las fatales consecuencias que podía tener el capricho de una niña terca y mal educada en la suerte de una criatura tan excelente como Rosita Piña y una infeliz tan desgraciada como Dolores la lavandera. Dejóse caer en un sillón, abatida por completo, y comenzó a llorar amargamente.

Dios vino al punto en su ayuda, por esos extraños caminos por donde dirige los hechos para el triunfo de sus designios. Oyó a poco en el corredor de fuera un gran portazo, un furioso y recalcado ¡caramba!, unas patadas impacientes y una voz aguda y colérica que medio declamaba, medio cantaba con rabiosa ironía:

Tanto vestido blanco,
Tanto volante...
Y el puchero a la lumbre...
Con dos guisantes!!

Sorprendida Teresa, abrió la puerta de su cuarto, y vió en el fondo del pasillo a Marica, la única y zafia camarera de la casa, que crispaba los nervios de Pepita con sus ordinarieces, pateando furiosa junto a la puerta del fondo como si a ella estuviese pegada, levantando con una mano, para que no arrastrase, una larga falda de gasas y crespones blancos y rosa, y sosteniendo con la otra un ancho cinturón de este último color, dispuesto ya artísticamente en forma de enorme lazo. El viento había cerrado violentamente la puerta por donde Marica salía, cogiéndola presa por las faldas contra el quicio, con ambas manos ocupadas. Teresa no pudo menos de reírse de la extraña figura de Marica asomando entre gasas y crespones, y corrió a sacarla de aquella crítica posición, diciendo:

—¡Espera... espera... no te impacientes!

—Dios se lo pague a usted, señorita—dijo Marica al verse libre—. De buena me he escapado... Si la puerta llega a coger la falda, y se desgarra, me saca la señorita los ojos, con ese genio que tiene.

—¿Va a ponerse este traje esta noche?—preguntó Teresa.

—Si a última hora no se le ocurre otra cosa, porque tiene más pareceres que un abogao—respondió de muy mal humor Marica—. Primero dijo que el blanco, luego que el celeste, después se le antojó el rosa... y a todo esto, me duelen a mí ya los puños de ensartá la abuja.

El guardarropa de Pepita era de los más surtidos que había en Z***, y no pudiendo las modestas rentas de la viuda cubrir tantos gastos, resultaban forzadas economías interiores, que inspiraban a la impaciente Marica coplas como la que poco antes entonaba.

—Y todavía—prosiguió Marica—se ha de volver atrás siete veces; porque la señora quería que le pidiese a usted empresta no sé qué cosa, y la señorita decía: —¡Prefiero no ir!... ¡ni el santolio le pido yo a Teresa!...

Marica contaba todo esto irritada, remedando la voz algo chillona de Pepita, y concluyó diciendo:

—No le empreste usted náa, señorita... ¡Anda que se ponga el morrión de un carabinero!...

—¿Pero qué quería que yo le prestase?—preguntó Teresa.

—Pues no lo sé... creo que era un peinecillo de corales...

—¡Ah, ya!—exclamó Teresa.

Y como asaltada de una idea repentina, se dirigió vivamente a su cuarto. Miróla entrar Marica muy enfadada, y meneando la cabeza se alejó refunfuñando:

¡Tonta la madre,
Tonta la hija,
Tonta la manta
Que las cobija!...

—Ahora va la pajuata esta y le da lo que quería... ¡Como no le diera un cañazo en mitá de la frente!...

Mientras tanto había abierto Teresa el cajón alto de una cómoda de caoba y sacado un gran estuche de piel de Rusia, envuelto cuidadosamente en papeles de seda. Sobre un fondo de terciopelo blanco, destacábase dentro un magnífico aderezo de corales rosa, de gran valor artístico, por estar raramente trabajado con el primor y la paciencia que para labrar el marfil emplean los chinos.

Teresa colocó el estuche abierto sobre la cómoda y estuvo contemplándolo largo rato, con la cabeza apoyada en ambas manos; poco a poco fuese hinchando su pecho, un sollozo se escapó de sus labios, y unas tras de otras vinieron muchas lágrimas a humede-

cer el terciopelo del estuche... Aquel aderezo había sido de su madre, ¡era el único recuerdo que de ella le quedaba!

Pareció, al fin, la muchacha tomar un partido, y encogiéndose de hombros, dijo entre dientes:

—También el estuche era suyo.

Colocó después en una gran caja de cartón las numerosas piezas del aderezo, descansando primorosamente sobre algodones de pella, y volvió a guardar el estuche vacío, besándolo antes en una rozadura que sobre la tapa tenía y en el botoncito de metal un poco torcido que empujaba el resorte... La pobre niña creía besar allí las huellas de las manos de su madre.

Fuése luego en busca de doña Angustias, llevando la caja de cartón consigo, y la encontró sola en su aposento, cosiendo apresuradamente unos lazos de terciopelo rosa en los zapatos de raso blancos, no del todo diminutos, que había de ponerse aquella noche Pepita. Miróla la viuda por encima de las gafas, sin decir palabra, y quiso hacer un gesto que sólo a medias le salió enfadado. Animada con esto Teresa, sentóse en una sillita baja, casi a los pies de su tía, y la dijo suavemente:

—Me ha dicho Marica que Pepita va a ponerse esta noche su traje rosa...

¿Y qué?—contestó doña Angustias con pujos todavía de inexorable.

—Pues nada—replicó Teresa bajando humildemente la cabeza.—Se me ha ocurrido que con ese traje vendría muy bien mi aderezo de corales.

Y al decir esto Teresa, destapaba con mano temblorosa la caja de cartón, dejando al descubierto las preciosas joyas. Doña Angustias se quedó con la boca abierta y el zapato en la mano, mirando alternativamente, ora a Teresa, ora a la caja que le presentaba.

—Yo había pensado—prosiguió Teresa con la voz ligeramente alterada—regalárselo para el día de su santo... Pero si se lo quiere usted dar desde ahora, podrá lucirlo esta noche...

Doña Angustias se quitó las gafas, agitó por tres veces el zapato en que tenía metida la mano a guisa de guante, y repitió a compás y en tres tonos distintos que expresaban el pasmo, la satisfacción y el enternecimiento, su muletilla acostumbrada :

—¡Mujer!... ¡Mujer!... ¡Mujer!...

Y no ocurriéndosele luego otra cosa que decir, dió un zapatazo en el hombro de Teresa, y se echó a llorar enternecida. Esta llora-

ba y reía al mismo tiempo, presentándole la caja.

—¿Cómo eres tan terca?—dijo al fin la viuda.

—¿Y qué quiere usted?—contestó Teresa con gran mansedumbre—. Harto siento luego causarle a usted estos disgustos...

—¿Disgustos tú?... ¿Tú a mí, hija mía?—exclamó doña Angustias abrazándola tiernamente.

Y queriendo enjugarle las lágrimas con la mano en que tenía el zapato, a poco más le salta un ojo. Teresa quiso al fin poner término a aquella escena, y dejando la caja sobre la mesa de costura de doña Angustias, dijo marchándose:

—Conque usted se la dará a Pepita... ¿No es verdad, tía?...

—¡No, no!—gritó con viveza doña Angustias—. Yo no puedo permitir eso... Prestado para esta noche, bueno; porque así como así, rabiaba la niña por pedírtelo y no quería... ¡Cómo ha de ser! también tiene ella su geniecito... Pero para regalo es mucho, hija mía, y no quiero...

—¡Bueno! ¡bueno!... ¡Ya hablaremos de eso!—exclamó Teresa, echando a correr contenta y satisfecha de sí misma, al ver realizado su proyecto de captarse la voluntad de

doña Angustias, para hacerle más tarde la petición que deseaba. Y no acordándose siquiera, con ese noble desinterés de las almas generosas, del costoso sacrificio que para ello se imponía, deciase llena de gozo:

—¡Gracias a Dios!... ¡Qué contenta se pondrá mañana la pobre Rosita Piña!

Doña Angustias se apresuró a entrar en el tocador de Pepita con la caja abierta en la mano, y llena de satisfacción y enternecida todavía, dijo a su hija:

—¡Mira!... ¡Mira lo que te regala Teresa!

Pepita disimuló el vivo movimiento de vanidosa alegría que el regalo le causaba, y miró desdeñosamente la caja.

—¡Qué niña esa!—exclamaba doña Angustias entusiasmada—. ¡Qué corazón el suyo!... ¡Más humilde que la tierra!...

—¡Vaya una hazaña!—replicó Pepita, con la superioridad despreciativa con que trataba siempre a su madre—. Bien podía haber hecho el regalo de manera más decente...

—¡Pero mujer!...

—¿Pues no ves que le falta el estuche?... Sino que eres tonta de capirote...

—¡Mujer!...

—Y no ves más allá de tus narices...

—¿Pues no conoces que a Teresa le han entrado ahora ganas de ir al baile y quiere con-

graciarse conmigo?... Pero yo le aseguro que no irá... ¡capaz soy de quedarme sola porque ella no vaya, y darle firme en la cabeza!

A esto se redujo todo el agradecimiento de Pepita; a la hora de comer, dignóse dirigir a su prima una medio sonrisa, y se levantó de la mesa antes de terminada la comida, porque la peinadora llegaba presurosa y era preciso no perder tiempo. Teresa aprovechó tan buena coyuntura para hacer su recomendación a la bienaventurada doña Angustias, y ésta se prestó a ello gustosísima, pidiéndole apuntados en un papelito todos los datos que para la resurrección de Rosita Piña eran necesarios. La amistad de la condesa y doña Angustias era íntima y antigua, y todo hacía esperar a Teresa un pronto y feliz desenlace.

Comenzaron las idas y venidas que la *toilette* de Pepita requería, y por dos horas largas anduvo revuelta toda la casa. Desprendióse Pepita al cabo de ellas, como la mariposa del capullo, de los mil cachivaches de tocador que la rodeaban, y apareció a los fascinados ojos de Marica y doña Angustias en todo el esplendor de su tocado. Era su traje un vaporoso conjunto de gasas y crespones blancos y rosa, hábilmente dispuestos, que presentaban los suaves matices rosados de una nube de la tarde; de ella arrancaba el

busto de Pepita, que no era ciertamente una belleza, pero aparecía realzado entonces por la doble aureola de la frescura de la juventud y los recursos del arte. Destacábase con gusto exquisito, entre sus bucles, de un rubio ceniciento, una delicadísima peineta de coral rosa, y el resto del aderezo aparecía esparcido acá y allá, como toques más oscuros de aquel color rosado que tanto encanto prestaba a tan vaporoso traje. Doña Angustias había dado dos pasos atrás, contemplándola extasiada, y corrió en busca de Teresa, para que pudiera también admirarla.

Aplacada la deidad con el incienso que ante ella quemaban, dejóse admirar por su prima con una sonrisa bondadosa, evaporación sin duda de su vanidad que rebosaba. Cogió en su obsequio un abanico, perteneciente también al aderezo, con varillas de coral y país de plumas blancas, y abanicándose suavemente en lánguida postura, preguntó a su prima:

—¿Qué te parezco?...

Teresa la contempló un momento con admiración sincera, y exclamó con entusiasmo:

—¡Muy bien, primita!... ¡Preciosa!...

Y preciosa estaba realmente la niña... Nadie hubiera creído que aquella figura tan lánguida, tan ideal, tan vaporosa, se había zam-

pado aquella mañana tres chuletas de carnero y dos pares de huevos fritos.

Faltaba, sin embargo, todavía el remate del artístico peinado; veíanse aún sobre la frente de Pepita los dos erguidos papillotes, y era necesario soltarlos a última hora; después amoldarlos con las tenacillas, para formar los dos graciosos ricitos que constituían la imprescindible moda de entonces. Llena de satisfacción Teresa y rebosando buen deseo, ofrecióse espontáneamente a desempeñar tan arduo cometido; mas la diosa, rechazando con severa dignidad sus cariñosas ofertas, contestó que con Marica le bastaba.

Retiróse, pues, Teresa, viendo desairados sus buenos oficios, y doña Angustias se marchó también a despachar su *toilette*, siempre abreviada, porque era la viuda de esas mamás que ahorrando en sus personas lo que derrochan en sus hijas, se presentan siempre junto al lujo de éstas algún tanto pingajientas; tipo bastante común entre las elegantes de medio pelo.

Restablecióse al fin la calma por tanto tiempo interrumpida, y oyóse distintamente a la campanada de las nueve detenerse a la puerta el simón que había de llevar a la madre y a la hija a casa de la condesa. A poco, un espantoso alarido, aun más terrible en el si-

lencio, resonó por todos los ámbitos de la casa...

Teresa se levantó despavorida y corrió al cuarto de su prima; al mismo tiempo entraba doña Angustias a medio vestir por la otra puerta... El cuadro era terrible: Pepita, sentada ante el tocador, medio caída contra la pared, lanzaba agudos chillidos; de pie a su lado, Marica, pálida de espanto, miraba estúpidamente las caldeadas tenacillas de rizar que tenía en la mano, en cuya punta se descubría un rubio ricito. Un fuerte olor a pelo chamuscado invadía todo el aposento.

Doña Angustias y Teresa se lanzaron a Pepita, creyéndola gravemente herida: ni la menor rozadura tenía en la frente. Distraída Marica mirando la linda peineta de corales, había apretado tanto el papillote entre las tenazas caldeadas, que el ricito quedó chamuscado y arrancado por completo. Las consecuencias eran fatales, y harto pronto las comprendió Pepita.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! —chillaba como si la matasen.

—¡No te apures, hija —gritaba doña Angustias—, que todo podrá arreglarse!...

Y en vano procuraban arreglarlo: la frente aparecía calva por un lado, y colgaba por el

otro un largo mechón, escapado del papillote que había sobrevivido al desastre.

—¡Imposible!... ¡Imposible!... —gritaba Pepita—. ¡Si estoy horrible!... ¡Si estoy hecha un adefesio!...

—¡Tranquilízate, mujer!—le decía Teresa—. En vez de dos rizos te pones uno, y queda todo arreglado...

Pepita acogió esperanzada esta idea, que sobre ser un recurso era una originalidad, y en un segundo enroscó Teresa en su dedo el mechón sobrante, y formó a Pepita un rizo sólo en mitad de la frente. Contempló un momento su obra en el espejo, y casi estuvo a pique de reírse... El rizo se destacaba redondo, abierto, abierto como el ojo de un cíclope espantado, como debió de estar el del gigante Polyfemo al ver que le amenazaba la aguda estaca de Ulises.

—¡Qué irrisión!... ¡Qué disfraz!... —chilló Pepita, arañándose la cara.

Y perdida ya toda esperanza, un ataque repentino de nervios vino a deshacer la nube de gasas no en lluvia, sino en jirones, dando a Teresa el sentimiento de ver rodar por el suelo las sacrificadas joyas de su madre. Lleváronla a la cama, y sosegóse un poquito a eso de las once; entonces pidió encarecidamente a su madre que plantase aquella misma

noche en la calle a Marica, causa involuntaria de la espantosa catástrofe. Esto pareció aliviarla mucho.

Media hora después salía Marica con el lío de su ropa debajo del brazo, no sin tener antes la satisfacción de decir a doña Angustias:

—Mire usted, señora, la verdad en su lugar... Sin querer lo hice; pero no me pesa... Lo que siento es que no le cogí también las narices con las tenacillas, y se las dejo rizás pa toda la vida.

VI

No anduvo tacaño Morfeo con la señorita de Ordóñez; y después que hubo ésta llorado, rabiado y pateado su desgracia hasta muy entrada la noche, dejóla dormir tranquila y en un solo sueño hasta las diez de la mañana. Púsole entonces en los ojos un reflejo del sol que espléndidamente brillaba, y abrió Pepita el derecho; quiso abrir también el izquierdo, y una ligera molestia le impidió abrirlo de todo. Acudió asustada al espejo, y la hinchazón de su rosado párpado vino a anunciarle que un gordo y feroz orzuelo se le entraba por la puerta, es decir, por el ojo, sin pedirle antes permiso: los lloriqueos y restregones

de la noche anterior comenzaban a producir sus resultados.

Terrible era aquel despertar, y muy acertadamente pensó Pepita que muchos se hubieran ahorcado con menos causa; no queriendo, sin embargo, desollar su blanco cuello cisne, limitóse a darse a todos los diablos, decidiendo ponerse gravemente enferma durante los períodos del desarrollo, apogeo y descenso del importuno divieso. Temerario era entrar en batalla con Pepito llevando los dardos de sus ojos embotados, y no era tampoco decoroso presentarse en público con un lucero en un ojo y un candil con pantalla en el otro.

La *toilette* de Pepita no fué aquella mañana como la víspera, cuidadosa ni prolija; vistióse una bata de tartán nueva, pero sucia; prendióse con un alfiler en el pecho un pañolillo escocés, harto estropeado; metió con horrible cinismo los pies en unas panzudas babuchas orillo con pieles de conejo, y dejóse con descaro inaudito el moño sin peinar en lo alto de la cabeza, y el mechón sobrante colgando lacio sobre la frente, junto al sitio devastado de su malogrado compañero.

Pepita no esperaba aquel día a nadie, y no era tampoco de esas mujeres que el instinto de lo bello y lo elegante hace siempre y a

todas horas primorosas y aseadas; era sólo vanidosa y presumida, y cuando no contaba con despertar la envidia o excitar la admiración, llevábala la indolencia hasta el desaseo: fenómeno más frecuente de lo que se cree en muchas de esas señoritas que aparecen en teatros y saraos vestidas como por mano de hadas.

Teresa había ido muy de mañana a la Comunión de las Hijas de María, con Rosita Piña, que vino a buscarla; doña Angustias andaba muy afanada por la casa, empeñada en civilizar a una feroz *roteña* (1) que, llamada a toda prisa, había venido a sustituir a Marica; y Pepita, para descansar sin duda de haber dormido hasta las diez, tendióse en un sofá del gabinete bajo y púsose a devorar un novelón romántico en cinco tomos, de esos que se venden a cuatro cuartos la entrega. Gustaba mucho Pepita de este género de literatura, y sacaba de ella, como otras tantas lectoras, fantásticos sueños siempre, y principios prácticos a veces.

Llamábase la novela *La tumba de Olimpia*, y Pepita seguía con avidez, siempre creciente, las aventuras del héroe, Arturo, mancebo huérfano, poeta silvestre, especie de Ossian

(1) Natural de Rota, pueblecito de la provincia de Cádiz, situado entre Sanlúcar y el Puerto de Santa María.

con zamarra, de tan rara abstinencia, que superaba la de aquel de quien se escribió este dístico:

Es su almuerzo muy sencillo:
Dos higos y un panecillo.

Arturo robaba a la heroína Olimpia de la cabaña paterna, rompiendo antes un hueso, con previsión prudentísima, al padre tirano que no tuvo a tiempo la de quebrar a su sensible hija aquella pierna de la mujer honrada que indica el proverbio.

Conducíala luego a un castillo feudal que encontraba al paso detrás de una mata, y allí resultaba que Olimpia no era hija de su padre, ni Arturo nieto de su abuelo; que otro padre y otro abuelo caían, como quien dice, del techo; que el otro padre de Olimpia aparecía de repente con el hueso fracturado ya compuesto; que Arturo huía por el balcón; que Olimpia caía desmayada, y que cuando volvía en sí, estaba muerta. Desengañado con todo esto, Arturo se marchaba a Palencia, y allí debe de andar todavía; pues según el autor, un amigo desconocido lo colocó de sereno.

Teresa había leído el título de la novela, visto la lámina de la portada y dado de la obra este juicio crítico:

—Me parece que esta *O-limpia* debía de llamarse *O-sucia*.

Pepita, sin embargo, gemía con la heroína y lloraba con el héroe, lo cual le era entonces fácil, porque el orzuelo le escocía bastante; eran ya las tres, y aun no había levantado cabeza del libro. Absorta en su lectura, no vió cruzar por la ventana del gabinete que daba a la calle una preciosa berlina, tirada por corpulenta yegua anglo-normanda, que vino a detenerse a la puerta misma de la casa.

Era el gabinete en que se hallaba Pepita una pieza aislada, sin más salida que la puerta que daba al patio, y en él solía recibir la viuda sus visitas de confianza. Sonó la campanilla del portal, al mismo tiempo que aterrada Olimpia veía aparecer por la gótica puerta de su estancia una mano disforme sosteniendo una cabeza ensangrentada... ¿De quién era aquella mano?... ¿De quién era aquella cabeza?... Y como si un prodigio se encargase de dar respuesta a estas preguntas que ansiosa se hacía Pepita, vió ésta entreabrirse a deshora la puerta del gabinete para dar paso a otra negra mano que sostenía un estropajo, y a otra cabeza desgreñada que la miraba sonriendo, como quien encuentra lo que busca. Abrióse al cabo toda la puerta, y

apareció la zafia roteña, sucesora de Marica, diciendo a alguien que en el patio había:

—¿Lo ve usted cómo estaba dentro?... Si toita la mañana ha estao tumbá en el *canapies*, apriende que apriende...

Oyóse entonces un crujir de sedas, y ¡suerte fatal! Pepita hubiera querido desmayarse como Olimpia, para volver en sí después de muerta... Delante tenía a Mercedes Pineda, su elegante amiga, y detrás de ella a Pepito, el Condesito diplomático, con el sombrero de copa en la enguantada mano, atildado, elegante, correcto, como un lord en Windsor Palace. Detrás de ellos, como sombra del cuadro, aparecía la roteña con el estropajo en la mano y la boca abierta, mirando estúpidamente a la aristocrática pareja.

Hay situaciones que no pueden describirse, y la situación de Pepita en aquel momento era una de éstas. Pepito y Mercedes la comprendieron, y ésta, que era discreta, apresuróse a sacar a Pepita del apuro, abrazándola cariñosamente, diciendo:

—Pero, mujer, ¿qué es esto?... ¿Qué chasco nos has dado anoche?...

—¡Un constipado atroz!... hija, ¡atroz! ¡atroz!... —exclamaba Pepita llevándose la mano a la garganta, realmente seca, y procurando sacar de las profundidades de su pecho

una tos cavernosa—. Por eso me encuentran ustedes así... hecha una facha... Creo que estoy muy mala... Me acabo de levantar... Y por añadidura un orzuelo... Hija, dispensa... Esa mujer no tiene sentido común... podía haber avisado.

Y viendo a la roteña que seguía absorta ante las galas de Mercedes, como los indios de Méjico ante los arreos de Hernán Cortés, le gritó sin poder disimular su ira:

—¿Pero qué hace usted ahí parada como un poste?... Avise a la señora que están aquí el señor Conde de Pineda y su hermana.

La roteña se dió una palmada en el muslo con pastoril sencillez, y exclamó con la ingenuidad idílica de las calabazas de Rota:

—¿Lo ve usted?... ¿Lo ve usted?... En cuanto los vi lo dije... Condeses o Marqueses u cosa así son esos...

—Jesús, mujer, váyase usted... ¡Hija, dispensa! —exclamaba Pepita ahogándose de bochorno y de coraje—. Eso es un cafre... Estamos sin criados... Todos se han ido... Y yo tan mala... Pero, Pepito, siéntese usted... suelte usted el sombrero... Jesús, ¡qué vergüenza!... encontrarme en esta facha...

Y de su ojito hinchado se escapaba un oblicuo rayito de ternura, que pretendía herir mortalmente al Condesito. Era éste en verdad

un guapísimo muchacho, de mediana estatura, barba rizada y finísima, un poco roja, rasgados ojos azules, que miraban siempre entre perspicaces y burlones: brillaba en toda su persona ese empaque naturalmente aristocrático, tan difícil de imitar, que nada tiene de altivo y sí a veces de impertinente, propio de la mayor parte de los jóvenes nacidos y educados en altas esferas. Su hablar era lento, algo meloso y no poco extranjerizado. Era, por otra parte, mozo de talento, de gran porvenir, amaba con pasión a su madre y a su hermana, y harto ya, con ser tan joven, de la ruidosa vida de las grandes capitales, prefería y buscaba los tranquilos goces de la familia: era hombre más conocedor del mundo de lo que de su edad pudiera esperarse, y poseía el inapreciable don, tan raro entre los jóvenes, de saber distinguir lo que vale de lo que reluce.

Comenzaron los dos hermanos a ponderar a Pepita el grande sentimiento que su ausencia del baile les había causado, y ésta contestaba a sus cumplidos con forzadas risitas, que no eran esta vez evaporaciones de la vanidad halagada, sino muecas de la vanidad herida: preocupábala mucho un descomunal descosido que tenía en el codo de una manga, y procuraba ocultar cuidadosamente bajo el

pañolón, y con igual empeño escondía bajo el vestido las horripilantes pantuflas de pellejo de conejo, capaces por sí solas de apagar toda llama de amor en el corazón más inflamable.

Bajó al cabo doña Angustias, repitiéronse los cumplidos y las excusas, y después de media hora de esa charla insustancial, propia de las visitas ociosas, dijo de repente Pepita, fingiendo recordar en aquel momento lo que hacía veinticuatro horas estaba pensando:

Y a todo esto no me has dicho quién me ha tocado de compadre...

Los dos hermanos cruzaron entre sí una rápida mirada; Mercedes dejó escapar esa tosecilla, prólogo obligado de todo aquel a quien embaraza una respuesta, y Pepito se puso a golpear con la contera del bastón las puntas de sus botas, con cierta risita guasona. Pepita comenzó a alarmarse, y repitió la pregunta.

—Yo quería que él mismo te diese la sorpresa —dijo al cabo Mercedes.

—¡Ay no, no!... Dímelo tú —tornó a decir Pepita.

—A ver si lo aciertas...

—Dame alguna seña...

—Uno que te quiere mucho...

—¡Jesús!—dijo Pepita—; y flechó al Condesito las miradas de su ojo y medio.

—Y suspira siempre por ti...

—¡Ay qué empalago!... No me gustan más suspiros que los de canela.

—Ni con un candil hubieras encontrado compadre tan a gusto, hija...

—¿A gusto mío?

—No diré yo tanto... Suyo al menos...

—¿Pero quién es?...

Mercedes volvió a toser, el Condesito se echo a reír, y la puerta se abrió en aquel momento para dar paso a la roteña, que asomó la cabeza diciendo :

—Aquí está otro...

—¿Pero quién es? —preguntó impaciente doña Angustias.

—Don Recaredo Conejo...

—¡Tu compadre! —dijo Mercedes sin poder contener la risa.

A Pepita le pareció que se caía de una torre abajo con todas sus ilusiones, y sólo tuvo fuerzas para murmurar : —¡Qué horror!— al mismo tiempo que satisfecho, sonriente, erguida la pelada cabeza, entraba en el gabinete don Recaredo.

VII

Para la mejor inteligencia de las escenas que siguen en esta tan sencilla como verdadera historia, parécenos oportuno dar al lector una ligera idea del modo de echar las cédulas de compadres, tal como había tenido efecto la noche anterior en casa de la Condesa de Pineda.

Esta costumbre, tan general en Andalucía el penúltimo jueves antes de Carnaval, no es, a nuestro juicio, sino una añeja reminiscencia de los antiguos *estrechos* —nombre conservado aún en algunas provincias— que se celebraban antes el día de Reyes. En la Corte de don Martín, Rey de Aragón, se encuentra ya esta usanza, que estuvo muy en boga en los reinados de los Felipes III y IV, en que Lope de Vega, Moreto, Cervantes, Calderón, Góngora, y sobre todo el mordaz Quevedo, compusieron graciosos *motes de estrechos*, de los cuales se conservan algunos en la Biblioteca Nacional.

Dos métodos suelen usarse para sacar los estrechos: tómanse una porción de cintas del mismo color, iguales en número al de parejas

de compadres. Atanse estas cintas por la mitad con un pañuelo y se reparten los cabos de un lado entre las señoras y entre los caballeros los del otro. Desatado el pañuelo a una señal convenida, queda cada cinta uniendo a un caballero y a una señora, y establece entre ellos el vínculo del compadrazgo, siendo obligación del compadre regalar a la comadre el objeto indicado en un mote o versillo, sacado también a la suerte.

Más lento, y a pesar de todo más general, es el método de las cédulas: escríbense los nombres de los caballeros y señoras en pequeñas cedulitas arrolladas, y vanse sacando alternativamente de dos cestitos en que se colocan. Pasan luego las parejas recogiendo las cedulitas que indica el regalo, y báilase luego el *rigodón de compadres*, en que cada uno de éstos tiene por pareja a la comadre que la suerte le ha designado.

Habíase hecho de este modo en casa de la Condesa de Pineda, y la suerte fatal burlóse de Pepita, deparándole por compadre, en vez del Condesito, al insigne vate don Recaredo Conejo. Nuestros lectores habituales le han conocido ya en los salones de la Condesa viuda de Santa María (1): de entonces acá

(1) Personajes todos que figuran en otra novela del autor, titulada *La Gorriona*.

en nada había variado, a pesar de haber cumplido los cincuenta y cinco años. Ostentaba siempre la misma cara placentera, las mismas patillitas grises, los mismos juanetes en los pies, los mismos sabañones en las manos. Siempre la misma ubicuidad maravillosa en los círculos de la juventud aristocrática, que le franqueaban la protección y la confianza de la Santa María. Siempre la misma pluma, que así anotaba partidas de sal y tabaco en la modesta oficina, como escribía idilios y elegías, madrigales y sonetos a centenares de Filis y millares de Zaidas. Siempre el mismo lujo erudito, el mismo desbordamiento del *Diccionario de la conversación*, mina de su saber, arsenal de su Musa, jardín de sus deleites y panacea de sus dolores. Siempre la misma suma cortesía oficinesca, la misma galantería comedida y honesta de los héroes de Calderón y Moreto, para quienes la cualidad de señora era sinónima de la dignidad de reina. Siempre, en fin, las mismas castas y platónicas ansias de ofrecer su corazón a todas las bellas, buscando una Laura como Petrarca, una Beatrice como Dante, una Eleonora como Tasso, sin haber encontrado aún, al cabo de cincuenta y cinco años, no ya una Badda para lo que tenía de

Recaredo, pero ni siquiera una Coneja para lo que tenía de Conejo...

Los dioses, sin embargo, comenzaban a serle propicios: Cupido y el Destino, el ciego *Fatum*, que dijeron los antiguos, hijo del Caos y de la Noche, habíanse aliado la anterior en casa de la Condesa de Pineda para hacerle salir de compadre con Pepita Ordóñez, beldad por quien más de una vez se había perfumado las patillas y ungido la extensa calvicie con relumbrante clara de huevo.

Corría, sin embargo, el rumor de que no era la clemente benevolencia de aquellas deidades, sino la tramposa malevolencia de algunos humanos la que había proporcionado a don Recaredo aquella satisfacción a trueque de jugar a Pepita aquella mala pasada. Era, sin embargo, cierto, que si trampa hubo en la extracción de las cédulas, habíanla ignorado hasta después de hecha Mercedes y su hermano, y apresuráronse luego a visitar a Pepita para paliar en lo posible el berrenchín que su compadrazgo con el vate había de causarle.

Entró, pues, don Recaredo, en alas de sus esperanzas, vestido con particular esmero, pantalón y guantes claros, entallada levita negra, con un botoncito azul y blanco en el ojal, símbolo de la cruz de Carlos III, con que

la Restauración había premiado días antes sus veintitrés años de servicios en las oficinas de Rentas Estancadas. Traía en la mano una magnífica camelia roja, en cuyo centro había arrollado cuidadosamente las dos cédulas del compadrazgo.

Saludó reverente a doña Angustias, placentero a Mercedes, amistoso al Condesito, y cuadrándose ante Pepita con una mano sobre el pecho, presentóle con la otra la hermosa flor, diciendo:

—Permítame usted, bella Pepita, que con permiso de su señora madre, mi venerada doña Angustias, le ofrezca en esta flor el destino de los hados...

Mercedes y Pepito reían a carcajadas sin ningún disimulo, y Pepita, furiosa con los hados, que tan mala partida le jugaban, la pegó con ellos diciendo:

—Mire usted, don Recaredo... Deje a los hados quietos en su casa, que ya podían haber sido conmigo más benignos.

—Conmigo no, Pepita bella, y por eso les doy gracias reverente...

—¡Pues ya las merecen!... ¡Una comadre tuerta!...

—¿Tuerta? —repitió don Recaredo.

Y reparando en el ojo hinchado de Pepita,

que disparaba contra él un rayo de mal disimulada ira, añadió cándidamente:

—¡Calla!... ¡Pues es verdad!... Es decir, se corrigió aterrado de su descortés franqueza; es verdad... que sobraba un sol en ese cielo, y por eso se ha eclipsado uno... Que si de tuertos hablamos —prosiguió despeñándose en el abismo de su erudición—, tuerto era el insigne caudillo Anníbal y tuerta también la princesa de Eboli, la dama más hermosa de su tiempo... Por cierto que lo disimulaba con un bucle de sus cabellos que dejaba caer sobre el ojo averiado...

—Dispense usted, don Recaredo —le interrumpió el condesito—. Mil veces he visto en Madrid, en casa de Pastrana, el retrato de la princesa, su antecesora, y no hay allí rizo ninguno... Lo único que hay es un parche, tamaño como un plato, que le tapa el ojo derecho.

—Me permito dudarlo, queridísimo conde —replicó don Recaredo, que tenía más fe en el *Diccionario de la conversación*, donde había encontrado este dato, que en la infalibilidad misma de la Iglesia—. Pero a pesar de todo, vaya, que sea... Tuerto era también el infante don Juan; tuerto el moro Muza...

—¡Don Recaredo, por Dios!—exclamó Mer-

cedes—. Acabe usted ya con el catálogo de los tuertos, si ha de venir a comparar a Pepita con el moro Muza.

—Permítame usted que mencione a Camoens... Nada más que al dulcísimo Camoens, aquel que cantó:

Aquella captiva
Que me ten captivo...

Y al decir esto don Recaredo, repartía los papeles de *captivo* y de *captiva*, indicando alternativamente a Pepita e indicándose a sí mismo.

—¡Ojalá y fuera cierto —exclamó la *captiva*, cada vez más irritada—. Si yo le tuviera a usted cautivo, ya le encerraría donde no le diera el aire.

—Enciérreme usted en su corazón, Pepita bella, y yo le prometo no echar de menos ni el oxígeno ni el nitrógeno.

Pepita iba a protestar contra aquel amoroso análisis químico del aire, mas la puerta se abrió en aquel momento para dar paso a la roteña, que mirando a don Recaredo con cierto aire conspirador que revelaba mutuas inteligencias, preguntó:

—¿Lo entro ya?

Turbóse un tanto don Recaredo, y contestó perplejo :

—Si... no... espera... Bien; éntralo...

Y como viese que Mercedes y Pepito le miraban atónitos, doña Angustias pasmada y Pepita con ganas de sacarle los ojos, añadió dirigiéndose a la viuda :

—Mi señora doña Angustias... Digo a usted lo de Temístocles a Euribiades antes de la batalla de Salamina : *¡Pega, pero escucha!*... Confieso que me he excedido dando órdenes a su leal doméstica; pero no me condene usted todavía... Espere un momento.

No fué necesario esperar mucho : tornóse a abrir la puerta de un vigoroso puntapié, y apareció de nuevo la roteña sofocadísima, sosteniendo con ambas manos un enorme ramillete de dulces, que terminaba en una tierna alegoría de azúcar coloreada. Una blanca paloma del tamaño de un gorrión grande hallábase posada sobre una roca de piñonate; al pie yacía, sobre un montón de huevo hilado, un diminuto cazador de rubia cabellera, traspasado de parte a parte por una enorme flecha del propio carcaj que a la espalda traía. En una mano levantaba el moribundo Nemrod de azúcar el arco todavía armado, y sostenía con la otra una banderita en que con caracteres dorados se hallaban

impresos estos versos, que firmaba don Recaredo:

A MI BELLA COMADRE PEPITA ORDÓÑEZ

¿Viste cuando un cazador,
Con paso lento y constante,
Sigue la caza adelante
Con afán y con ardor?...
Pues en el campo de amor
Ese cazador yo he sido,
Y no encontrando abatido
La caza que yo tiré,
Volví la cara y miré...
Que yo sólo era el herido!!!

Era aquella torre monumental el regalo de compadre que hacía a Pepita don Recaredo; la suerte había también decidido que fuese este regalo una paloma, y el galante vate encontró medio de confitar su pasión al mismo tiempo que su dádiva, como medio de hacerla dulce ya que no al corazón, al menos al paladar de la desdeñosa Pepita. Mercedes y su hermano se reían a carcajadas, y se acercaron a la roteña para examinar de cerca aquella obra maestra que había el amor inspirado a la confitura. Pepita, creyéndose en ridículo a los ojos del condesito, sentía vehementísimos impulsos de encasquetar en la pelada cabeza de don Recaredo, a guisa de

casco de Alcibiades, aquella pirámide de piñonates y de merengues. Doña Angustias, pasmada siempre, miraba a unos y miraba a otros, sin saber si reírse con los dos hermanos o indignarse con su hija. Mientras tanto, don Recaredo corría presuroso a la *leal doméstica*, y la ayudaba a colocar el dulce presente sobre un velador pequeño. A un gesto furioso de Pepita retiróse la roteña, chupándose los dedos, pringados todos con el gran cerco de merengues que guarnecía los bordes del plato.

—¡Magnífico!... ¡Delicioso, don Recaredo! —exclamaba Mercedes, riendo como una loca—. Si esto recuerda aquello de Fernán Caballero... el regalo de don Judas Tadeo Barbo a su adorada Casta... No le falta más que el letrerito :

Con que guste a Casta,
Basta.

—¡Tienes razón! —exclamó Pepita, sin poder disimular por más tiempo ni la ira ni el bochorno—. Mas para que el caso sea igual, falta una cosa...

—Pues ¿qué falta?

—Que algún caritativo Pedro de Torres sustituya ese letrero con aquel otro de que habla también Fernán :

No necesitas, Tadeo,
Para empalagar a Casta
Tanto dulce... porque creo
Que con tu presencia basta...

Fué tan punzante el desdén y tan marcado el encono con que recalcó Pepita el último verso, que el sensible don Recaredo pensó desmayarse, y asustado Pepito de la tormenta que amenazaba, quiso conjurarla distrayendo al vate.

—Pero, don Recaredo —le dijo—, este artista no ha tenido en cuenta las dimensiones... La paloma es un avestruz junto al cazador: si éste quisiera montarla, podría correr en ella como los negros somalis en los avestruces... Justamente al pasar ahora por Sajonia, vi en Dresde una de estas carreras divertidísimas...

—Pues lo que es al retratarlo a usted ha estado magnánimo —añadió Mercedes con la misma buena intención del condesito, indicando al mísero cazador, moribundo en su lecho de huevo hilado—. Vea usted, le ha puesto una cabellera dorada, que ni la del rey Absalón.

—¿Y qué quiere usted, bella Mercedes?— replicó lastimeramente don Recaredo—. No soy yo ningún Alejandro para mandar que no me retrate en tabla más que Apeles, ni en

bronce más que Lisipo, según asegura Plinio... Si el confitero me ha retratado en azúcar, dándome una cabellera que no tengo, Dios le premie la buena obra... ¡Ay!, bien veo que no es el amor, sino a la ocasión, a la que pintan calva!...

Y apoyándose en el brazo de Pepito, con el aire de un Abelardo desahuciado, añadió muy quedó, indicando a la esquiva beldad, que llamaba siempre su *dulce tirana :*

¡Y la cruel, a más amor, más gata!... (1)

VIII

Otro golpe más rudo todavía esperaba a la vanidosa Pepita en aquella mañana tan fecunda para ella en desilusiones y berrinches. A la anterior algazara había sucedido uno de esos silencios embarazosos que tienen mucho de cómicos y tan peligrosos son para las personas propensas a la risa. Mercedes, que lo era mucho, y Pepito, que no lo era poco, habían vuelto a sus asientos, procurando a duras penas mantenerse serios.

Mortificado don Recaredo, habíase sentado en el filo de una silla, y limpiaba los cristales

(1) Lope de Vega: *La Gatomaquia*.

de sus lentes con un pañuelo perfumado con agua de Colonia, repasando en la memoria, para consolarse, la disertación que había preparado sobre los estrechos y las diversas etimologías de la palabra compadre.

Pepita, vuelta casi la espalda al desairado vate, procuraba interesar al condesito desgarrando su pecho con una tos muy semejante a la que había oído a la última *prima donna*, que destrozó en el teatro de Z.** el asqueroso papel de Violeta Valery. Por su parte, doña Angustias, compadecida de la poca airosa situación de don Recaredo, rompió al fin el silencio, preguntándole, con su oportunidad de costumbre, si habían quitado ya en la oficina las esteras de invierno.

—No tienen que quitarlas, señora mía—respondió el vate—, porque no las ponen en ningún tiempo.

—¡Mujer! —exclamó pasmada doña Angustias.

Y encontrando don Recaredo en el pasmo de la señora y el episodio de las esteras ocasión oportuna para lucir su discurso, endilgó a doña Angustias, a falta de otro auditorio, todo lo que había leído aquella mañana en el *Diccionario de la conversación* acerca del origen y uso de los *estrechos* desde el arca de Noé hasta el año corriente de la era cristiana.

Mientras tanto, procuraba Pepito distraer, con otro de los fines de su visita, a la *dulce tirana* de don Recaredo, preguntándole sencillamente por su prima Teresa.

—¿Teresa?—exclamó Pepita tan extrañada como si le preguntase por la cocinera—. ¿Pero acaso usted la conoce?...

—No la conozco—replicó Pepito—pero anoche justamente he salido con ella de compadre...

El golpe fué cruel, y Pepita no pudo disimularlo... Horrible suerte era para ella salir de comadre con don Recaredo; pero que Teresa saliese con el condesito, era cosa que no podía soportar su susceptibilidad femenina, y su imaginación comenzó a correr como de costumbre en alas de la envidia, viendo ya a Teresa, a la beata Teresa, a la íntima de Rosita Piña, a la amiga de toda la cursilería santurrona, subiendo como para sí misma había soñado ella, de comadre de Pepito a condesa de Pineda; de embajadora en Berlín, en Londres, en París, en Viena, luciendo por las cortes de Europa, *su, su* (de ella, de Pepita) corona de nueve perlas, mientras la reina de salón, la linda, la célebre Pepita Ordóñez, se quedaba en Z.** de *empleada* en Rentas Estancadas, con seis mil reales de sueldo, siendo la Laura de aquel Petrarca sin

un pelo que tenía delante, siendo para todo el mundo la *señora de Conejo!!!* ¡Ni al mismísimo diablo se le podía ocurrir burla más sangrienta!... ¡E ignoraba la pobrecilla que eran encubridores de la cruel burla, el mismo condesito objeto de sus ansias, y la misma Mercedes, su amiga del alma! ¡Fíese usted de las cosas de este mundo!...

Pepita sintió realmente que de nuevo le amagaba el ataque de nervios. Púsola primero pálida la ira, luego verde la envidia, y fingiendo una carcajada que quería ser espontánea y era sólo nerviosa, exclamó atropellando hasta por el reparo natural que debía infundirle la presencia del inofensivo don Recaredo :

—¿Usted compadre de Teresa?... ¡Jesús!... ¡Ya me consuelo... Gracias a Dios que no soy yo la única que queda en ridículo!...

Y de tal manera esforzaba Pepita sus carcajadas, que hasta se olvidó de mantener ocultas bajo el vestido las cínicas babuchas de pellejo de conejo...

—¡Pero qué ocurrencia, Dios mío!—decía.

—¡Compadre de Teresa!... Pues es menester que se presente usted a ella con estola y con roquete...

—Pero, mujer—exclamó Mercedes sorprendida— ¿qué tienes con Teresa?... Pues es

una muchacha guapísima y muy agradable...

—¿Agradable Teresa?—gritó Pepita echando rayos por el ojo sano y centellas por el lisiado.—Ya quisiera yo que la hubieses oído explicarse aquí mismo ayer por la mañana... No te tocaba a ti chica parte...

—¿A mí?...

—Lo que oyes—replicó Pepita, que sabía bien donde apuntaba.—Decía que era un escándalo que las Hijas de María fuéramos a tu casa, habiendo comunión a la otra mañana: que todas estábamos en pecado mortal...

—Pues para que veas—la interrumpió muy sentida Mercedes—ni una sola de las Hijas de María que convidé, ha faltado anoche en casa...

—Lo cual indica, según Teresa, que ninguna tiene juicio, que todas están excomulgadas...

—¡Pero, hija!—exclamaba apurada doña Angustias.—Si Teresa no ha dicho nada de eso...

—¡Calla, mamá!

—¿Cómo he de callar, si no sabes lo que estás diciendo?... Lo único que decía Teresa era que no le parecía bien estar hasta la madrugada de baile, para ir luego a comulgar por la mañana... Que era preciso optar por

una cosa o por otra, y que aun prescindiendo de lo que ambas son en sí, era más obligatorio en las Hijas de María cumplir su reglamento que echar las cédulas de compadres...

—¡Pues llámele usted *hache!*...

—Pues yo le llamo *erre*, que es cosa muy distinta—replicó doña Angustias.—¿No es verdad, don Recaredo?

Vióse el vate comprometido, y no queriendo disgustar ni a la madre ni a la hija, tomó por el camino de su erudición, diciendo:

—Siempre han sido lo mismo las Hijas de María... Ya en la Edad Media...

—Pero si hablamos de la edad entera, don Recaredo...

—Pues por eso digo a usted lo que cierto obispo a la reina Ana de Austria, madre de Luis XIV—replicó el erudito, hallando al fin una respuesta más aguda de lo que él mismo pensaba—. Consultábale la reina si era lícito asistir a ciertas comedias de las cuales no perdía ella una, por ser muy aficionada, y el obispo le contestó: Señora, hay grandes razones en contra, y un *alto ejemplo* en pro...

—Pues yo creo—dijo pausadamente el condesito, que había seguido con suma atención la acalorada polémica—que su primita de usted, Teresa, hablaba como un libro; y cierto estoy de que si mi madre hubiera sabido el

compromiso en que ponía su convite a todas esas señoritas, hubiese dejado su fiesta para otro día.

—¡Oh, lo que es eso de seguro!—exclamó Mercedes.—La suerte fué que la papeleta de la comunión llegó tarde a casa, y mamá no la vió siquiera, que si no, nos quedamos sin compadres...

¿Pero por qué, por qué?—chilló Pepita más rabiosa cuanto más contrariada.

—Por la misma razón—replicó Pepito con igual pausa—que si mañana hubiera un besamanos en palacio, sería una falta de respeto al rey dar una fiesta a la misma hora que quitase la concurrencia a la que él daba.

Pasmábase Pepita al oír hablar así al condesito, y con una de esas risitas de dientes a fuera, que llaman *del conejo*, le dijo al cabo :

—¡Vamos, vamos!... Ya se conoce que ha estudiado usted con los jesuítas.

—Y no me pesa que así sea—replicó muy serio Pepito.—Pero tenga usted en cuenta que al decir lo que digo hablo solo de tejas abajo, que si hablara de tejas arriba—declaro mi incompetencia—pero creo que pudiera decirse mucho más todavía.

—¡Jesús y qué puritano ha vuelto usted de Bruselas!... Ya veo que no era tan disparata-

do como yo creía su compadrazgo de usted con Teresa...

—Desde que oí cómo pensaba ella me pareció a mí lo mismo—respondió Pepito—y le aseguro a usted que tengo ya ganas de conocerla.

—Pues ahí la tiene usted—replicó vivamente Pepita, señalando a la puerta.

Y arrojando al retirarse el traidor dardo del Parto, añadió con rabiosa burla, pero muy bajo, para que no lo oyera doña Angustias:

—Pues mucho cuidado, Pepito... que anda de por medio cierto caballero que llaman Minuto, sacristán de la parroquia de San Marcos...

Pepito comenzó a sospechar la razón de las malévolas insinuaciones de la Ordóñez, y mirándola un momento con ese justo desdén que inspira a los hombres superiores la mujer que baja del alto pedestal del decoro, para, como vulgarmente se dice, *meterse por los ojos*, volvióse bruscamente hacia la puerta.

En ella había aparecido Teresa, y allí se detuvo un momento: su alta estatura y la airosa mantilla que cubriéndole parte del rostro, caía en anchos pliegues por delante, le daba cierta semejanza con la famosa estatua del Pudor *(Pudicitia)* que se admira en Roma, como una de las obras más acabadas del arte

antiguo. Detrás de ella asomaba la exigua figura de Rosita Piña, y ambas volvían de la función de las Hijas de María, después de terminado el almuerzo de las viejas y el reparto de los lotes de ropa.

—¡Entra, Teresa, entra!—le dijo cariñosamente doña Angustias.—Aquí están Mercedes y su hermano, el conde de Pineda, que quiere conocerte... Anoche ha salido contigo de compadre...

Un vivo sonrosado cubrió el rostro de Teresa, realzando su cándida sonrisa, como si la hiciera aparecer en el fondo de una rosa. Saludó a todos sin cortedad ni encogimiento, y fué a sentarse al lado de su prima, que no se dignó saludarla, ni tampoco a Rosita Piña. Don Recaredo había cedido a ésta cortésmente su asiento, y el condesito, sentado al otro lado de Teresa, observaba atentamente la modestia de su traje, realzada por ese encanto que presta a la sencillez la elegancia natural, que es con respecto al lujo lo que el gusto con respecto a las artes.

—¿Sabe usted—le dijo con una voz suave y cariñosa que hasta entonces nunca le había oído Pepita—que me encuentro en un compromiso?...

—¿Un compromiso?—repitió Teresa.

—Sí, y usted es la causa de ello...

—¿Yo?...

—Usted misma... porque a fuer de caballero, tengo que cumplir mis deberes de compadre regalando a usted lo que indica esta cédula...

Y Pepito sacaba del guante una cedulita arrollada, mientras Teresa le miraba con cierto candoroso asombro.

—Aquí está indicado el regalo—prosiguió el condesito—pero es, por decirlo así, un regalo anónimo, y es menester que usted lo especifique... Oiga usted lo que dice...

Y Pepito leyó con mucha pausa la siguiente cuarteta:

¿Qué debe hacer un compadre
Si es caballero de honor?
Hacer el primer favor
Que le pida su comadre.

—¿Quiere usted, pues, hacerme a mí uno grandísimo, diciéndome cuál debo yo de hacer a usted para cumplir como buen compadre...

Cruzó al oír esto Teresa sus manos, que asomaban entre los vuelos de las mangas, bellas y correctas como algunas de Van-Dyck y del Ticiano, y exclamó con una sonrisa de gozoso asombro:

—¿Un favor?... ¿Lo oye usted, Rosita?... ¡Un favor!... ¡Si esto parece cosa de mila-

gro!... ¡Pues ya lo creo que se lo pediré!... Y uno muy grande tengo que pedirle... ¿No es verdad, tía Angustias?...

—Sí, por cierto —replicó vivamente la viuda, recordando el encargo que la víspera le había dado Teresa—. Anoche mismo llevaba yo la comisión de pedírselo a usted en su nombre, Pepito.

—Pues esto sí que se llama llegar a tiempo —exclamó éste alegremente sorprendido—. Veamos, veamos cuál es ese favor que me proporciona a mí tanta dicha...

—Si es una cosa muy larga —dijo riendo Teresa.

—Pues a fe que no tenemos prisa.

—Y lo peor es que no estoy yo bien enterada...

—Pues entérese usted y dígamelo.

—¡No, no, ahora no! —exclamó Teresa, que no quería referir delante de auditorio tan peligroso la ridícula desventura de su amiga—. Primero tengo yo que hablar con Rosita.

—¡Hola, hola! —dijo picarescamente a ésta don Recaredo—. ¿Es usted la ninfa Egeria de la bella Teresita?...

—¡No, no, no, señor!... Soy la secretaria de las *Señoritas del Ropero* —exclamó Rosita Piña, aturdida y escandalizada al oírse llamar ninfa.

—Lo uno no quita a lo otro —replicó el galante vate—, y bien merece Egeria tan prudente un Numa Pompilio tan bello.

—¡Pero, señor, qué misterios! —dijo Pepita Ordóñez, prosiguiendo en su sana intención de poner en ridículo a Teresa—. ¿Si querrán entre las dos hacerle conseguir a usted del gobierno que nombren obispo a su amigo Minuto, el sacristán de San Marcos?...

—¡Jesús, qué ocurrencia! —exclamó riendo Teresa—. ¡Qué cosas tienes!... No le haga usted caso... El favor que tengo que pedirle se lo dirá a usted esta señora —añadió indicando a Rosita—. Yo se lo ruego a usted encarecidamente.

Pepito se volvió hacia la difunta oficial cuya resurrección le confiaban, e inclinándose ante ella como hubiera podido hacer ante la dama más empingorotada de la Corte, le dijo:—Ya tendré el gusto de ponerme a sus órdenes.

Y sin insistir más, varió la conversación, preguntando a Teresa por la fiesta de las Hijas de María... ¡Oh, todo había estado brillantísimo! ¡Qué función tan hermosa aquélla!... Ganas de llorar daba ver aquellas pobres viejecitas, arrastrándose hacia el comulgatorio, cuajado de luces, sembrado de flores, envuelto en las perfumadas nubes del incien-

so como si la Majestad divina quisiese desplegar toda su pompa para probar a aquellos infelices con cuánta verdad dijo que los últimos son los primeros, que todo el que a Él llega es recibido, que toda tribulación encuentra en Él descanso, paz, consuelo...

Y en el almuerzo, ¡cuánto había gozado luego Teresa! Porque a ella le gustaban mucho los viejos; parecíanle como seres de otro mundo, que llevan ya en la frente un destello de la inmortalidad. Esto le parecían a ella las canas: un rayito de la luz del cielo que comunica a la cabellera del anciano los reflejos de la plata. ¡Y qué contentas estaban las viejecitas! Habían almorzado arroz con almejas y luego bacalao en blanco, y de postre torrijas y café con leche. Una de ellas se empeñó en hacer probar a Teresa el arroz en su propia cuchara. ¡Qué risa entonces! A ella le daba un poco de asco; pero lo tomó sin titubear, por no disgustar a la pobrecita. ¡Cuesta tan poco hacer feliz a un humilde, y queda luego en el corazón una dicha tan grande, tan dulce, tan santa!... Sólo un contratiempo hubo en toda la fiesta: a una vieja octogenaria le dió un accidente. ¡Y qué susto se llevó Teresa!... Estaba ella junto a la anciana, y pudo recibirla en sus brazos; media hora larga se estuvo quietita, quietita, sosteniendo sobre su

seno aquella cabeza decrépita, sin moverse, sin respirar apenas por miedo de molestarla, pidiendo a la Virgen Santísima que no se muriera aquella pobrecita, que tenía unos nietos tan chiquitos, tan monos, tan pobres... Y la verdad, la verdad, que también le daba a ella un poquillo de miedo de que se le quedase muerta encima, así de pronto, de pronto...

El condesito escuchaba a Teresa embelesado, con esa especie de ternura cariñosa con que se oye la ingenua charla de un niño... De repente vino a sacarlo de su arrobamiento un chillido agudo, uno de esos chillidos que sólo da la mujer cuando la matan o cuando cruza un ratón rápidamente la estancia meneando a compás el largo rabito.

Espantáronse todos; don Recaredo dió un salto espontáneo como para echar a correr, y echó luego mano a la caja de las gafas, como hubiera podido empuñar un revólver. Pepita, inclinada hacia atrás en la silla, recogidos casi los pies en el asiento, apuntaba con un dedo a Teresa, chillando :

—¡Allí! ¡allí!... ¡En la mantilla!...

—¿Qué? —exclamaron todos.

—¡¡Un piojo!!...

Creció el espanto. Asustada también Teresa, comenzó a sacudirse la mantilla.

—¡No, no! —gritaba Pepita—. ¡Que lo vas a tirar!... ¡Estate quieta!...

Abochornada entonces la muchacha, paseó en torno una mirada angustiosa, como pidiendo auxilio. Nadie se lo prestaba, y ella sentía crecer en su imaginación, hasta tomar las proporciones de un cocodrilo, al asqueroso insecto que sin duda le había dejado allí la anciana desmayada. Acercóse entonces el condesito, y con la punta de sus enguantados dedos cogió al feísimo bicho en los encajes mismos de la mantilla.

—¡Que se va a escapar!—gritaba Pepita—. ¡No lo tire usted dentro!... ¡Tírelo a la calle!...

—¿A la calle? —dijo con mucha paz el condesito—. ¿Así cree usted que tiro yo las perlas?...

Y sacando con gran sosiego su cartera de piel de Rusia, le arrancó una hoja, lió en ella al piojo y se lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—¡Jesús, qué extravagancia! —exclamó Pepita estupefacta—. ¡Tal para cual!... La comadre recoge esas reliquias de sus adoradas viejas, y el compadre las va coleccionando... Cuando vaya usted a Inglaterra, quizá algún lord excéntrico le compre la colección.

—No cambiaría yo este ejemplar ni por el mismo palacio de Windsor —contestó Pepito.

—Pues si va usted allí de embajador —dijo Pepita con rabiosa malicia—, bien puede llevar de embajadora a su comadre... No le faltará un collar de esas riquísimas perlas.

Despidiéronse todos al cabo, y al salir don Recaredo, dijo tímidamente a Pepita, indicando su monumental regalo :

—¿Pero es posible, bellísima Pepita, que no me dé usted el gusto de comerse en mi presencia siquiera uno de esos arquitos de piñonate?...

—¡Ni un piñón, don Recaredo!

—¿Pero por qué, Pepita bella?... En el siglo xv inventó el holandés Buckalz la industria de salar los arenques, y el emperador Carlos V honró su memoria comiéndose uno sobre su sepulcro.

—Pues cuando usted se muera, me comeré yo sobre el suyo una docena de merengues —respondió Pepita.

Don Recaredo bajó la cabeza y dió lentamente dos pasos hacia la puerta; mas volviéndose de repente a su ingrata comadre, exclamó con el ademán de Elvino en la *Sonámbula* :

¡Ah!.,. per ché non posso odiarti?...

IX

De malísimo humor volvió aquella mañana a su casa el buen P. Rodríguez. La función había estado magnífica, el cuadro edificante, los resultados prácticos y santos... Pero el grupito aristocrático, la *crême*, *l'élite*, las señoritas *hupées* del *Palomarico de la Virgen* que en su bendita ignorancia de esta jerga de salón llamaba sencillamente el buen Padre, como en tiempos de don Ramón de la Cruz, las *Currutacas*, habían brillado por su ausencia, sin pizca de respeto a las terminantes prescripciones del reglamento. Ignoraba el P. Rodríguez la causa, y se extrañaba y desesperaba porque de las diecinueve *Currutacas*, Hijas de María, sólo cinco habían asistido a la solemne comunión de las viejas.

El buen señor comenzó a devorar con bastante apetito un resto del arroz con almejas y el bacalao en blanco que habían servido en el almuerzo de aquéllas, y para no perder tiempo, leía a la vez *El Eco de Z.*** periódico de la localidad, sosteniéndolo a guisa de atril en la botella del vino tinto que usaba en sus comidas.

Preocupábale mucho la cuestión que por

aquel entonces discutían las Cortes sobre la Unidad Católica, y buscaba con avidez noticias de tan transcendental suceso. Ni una sola traía el periódico: ocupaba casi toda la primera plana un largo artículo firmado por Fin-Flan, cronista de los salones elegantes de Z.** El P. Rodríguez volvió incomodado la hoja del periódico, mascullando:

—¡Majaderías!... ¡Pague usted cuatro pesetas al año para esto!...

Un nombre conocido pasó sin embargo ante su vista, llamándole la atención: hablábase allí de Serafinita Portazgo, *Currutaca* número uno, entre las varias que tenía él montadas en la punta de las narices.

—¡Toma!—exclamó el P. Rodríguez.—¡Pues ya está aquí la púa del trompo!...

Y soltando la cuchara, púsose a leer por encima de las gafas el almibarado artículo. Fin-Flan no comenzaba su crónica como Jerónimo Paturot la suya, noticiando a las adorables marquesas y espirituales duquesas que había comprado un canario; limitábase a invocar a Caliope, Euterpe y Terpsícore, y pasaba a asegurar luego que la noche había estado fresca. Narraba después, con entonación épica, la espléndida fiesta dada por la ilustre condesa de Pineda, en obsequio de su hijo primogénito, recién llegado de Bruselas,

y mojando a última hora la pluma en bandolina, concluía enumerando las señoras y señoritas que habían adornado con su presencia los suntuosos salones. Entre estas últimas, descubrió el P. Rodríguez, con grande asombro, a las catorce prófugas de la comunión de aquella mañana. Para todas tenía Fin-Flan un epíteto lisonjero: unas eran bellas, otras lindas, otras elegantes. A las que no tenía ya el diablo por donde desecharlas, llamábalas discretas o simpáticas, y a veces espirituales.

—¿Lo ve usted?... ¿Lo ve usted?—decía el P. Rodríguez, aporreando el periódico.—Lo que yo digo... Hijas de María y sobrinas del diablo...

Mas su asombro creció de punto y llegó a convertirse en ira, cuando prosiguiendo su lectura vino a encontrar, un poco más allá de las catorce prófugas, a las otras cinco *Currutacas* que había visto él por la mañana en la comunión, muy liaditas en sus mantillas, con los ojitos bajos, tan tiesecitas y devotas como si no hubiesen roto un plato en todos los días de su vida.

—¡Esto sí que no pasa!—exclamó el P. Rodríguez—. ¡No pasa y no pasa!... ¡Podrán divertirse conmigo, pero lo que es con Dios, no se divierten! *Deus non irridetur!*... Que se vayan al baile y dejen la comunión si les

da la gana, que después de todo, yo no puedo prohibirles en rigor que vayan a una casa honrada, a unas diversiones que son de suyo lícitas, por más que para muchas sean peligrosas. Pero que se estén bailando hasta las tres de la madrugada, como este mentecato Fin-Flan asegura, y vengan luego a recibir a Dios a las siete de la mañana como si tal cosa; que se confiesen conmigo a las cinco una tras de otra, y no me digan una sola palabra de la preparación que han tenido, ¡esto no pasa y no pasa!... *Deus non irridetur!*

Y el P. Rodríguez, que era hombre ejecutivo, se levantó de la mesa, desairando un trozo de queso que le aguardaba, y se encerró en su despacho. Allí escribió a la Presidenta de las Hijas de María una esquelita, ordenándole que reuniese el Consejo y se procediera a la expulsión de aquellas cinco señoritas, hechas sin duda de acero de Birmingham, cuando después de bailar hasta las tres de la madrugada tenían todavía fuerzas para darse golpes de pecho de las siete en adelante. *Delenda Cartago*, que hubiera dicho don Recaredo Conejo.

Alborotóse la Presidenta, protestó el Consejo, dividióse la plebe, y el P. Rodríguez, firme siempre en su terrible y oportuno *Deus non irridetur*, les dió a escoger entre su dimi-

sión del cargo de Director espiritual o la expulsión de las cinco señoritas delincuentes. Las *Currutacas* optaron, como era natural, por lo primero, y dejaron de ser Hijas de María, para formar otra Congregación aparte; lo malo para ellas fué que, ni buscándolo con candil, encontraron Director espiritual; el único a propósito hubiera sido Fin-Flan, y nunca había pensado en recibir los órdenes.

En medio de estas perplejidades y angustias, desazones y trastornos que tan de cerca le tocaban, hallábase a la mañana siguiente Rosita Piña, cuando oyó llamar discretamente a la puerta de su aposento. Supuso ella que por la parte de fuera habían dicho —Ave María Purísima— y se apresuró a contestar por la de dentro —sin pecado concebida—. Su sorpresa y su turbación fueron entonces grandes; encontróse frente a frente al condesito de Pineda, que con el sombrero en la mano le presentaba mil corteses excusas, por haber venido a importunarla.

—¡Nada, nada de eso, señor don conde! ¡que digo, señor don José!... Usted viene a su casa —exclamó aturdida Rosita—. Pero pase usted adelante... Tome usted asiento...

Y cada vez más aturrullada la pobre vieja, tropezó con el gato, echó a rodar la canastilla de la costura y quebró los anteojos por ofre-

cer a Pepito la más cómoda de sus sillas. Sentóse al cabo éste, y se volvió a levantar al punto de un solo salto; había sobre el asiento un escapulario del Carmen a medio hacer, y clavada en él la aguja con que Rosita lo estaba cosiendo. Atribulada ésta estuvo a pique de echarse a llorar, y Pepito procuraba tranquilizarla, rascándose suavemente el cogote, como si las ramificaciones de sus nervios le hiciesen sentir allí el escozor de la aguja.

Serenáronse al fin ambos de sus respectivas emociones, y Pepito, con esa sencilla espontaneidad del poderoso delicado, tan distinta del seco desdén de orgullo, que ofende, como de la afabilidad protectora de la vanidad, que humilla, suplicó a Rosita le dijese en qué podía serle útil a ella y complacer al mismo tiempo a Teresa.

Tosió la difunta, púsose colorada, y comenzó a relatar los síntomas que habían precedido a su muerte, y los remedios que necesitaba su resurrección. Mordióse los labios el condesito para no reirse, y comprendió con cuánta prudencia se había negado Teresa a referir aquella misma historia delante de la burlona Pepita y el inspirado don Recaredo; aquélla hubiera encontrado en la aventura tela larga con que poner en ridículo a la inofensi-

va Rosita, y éste hubiera compuesto un poema de *La muerte en vida*, condenándola contra su gusto a la inmortalidad, como Silvio Pellico a Zanze, su joven carcelera.

El asunto pareció al condesito de facilísimo arreglo: bastábale poner cuatro letras a un amigo, enviándole la fe de vida y la partida de bautismo de la infortunada víctima. Azoróse un poco Rosita al saber que era necesario entregar aquella partida de bautismo, que con tanto cuidado recataba ella de los ojos profanos, y notando su turbación el condesito preguntóle si veía en ello algún inconveniente. Tartamudeó Rosita algunas excusas, y concluyó diciendo si no sería lo mismo que mandase ella directamente al amigo de Madrid ambos documentos.

—Exactamente igual—respondió el condesito, encogiéndose de hombros—. Hoy escribiré yo y mañana enviaré yo a usted las señas de mi amigo.

Y dando con naturalidad perfectamente fingida otro rumbo a la conversación, comenzó a hablar a Rosita Piña de las virtudes de su amiga Teresa. Aquí perdió pie la beata... ¡Aquello era de lo que nunca se había visto! ¡Imposible encontrar en el mundo entero otra criatura como Teresa!... Tenía ella la prudencia de Santa Brígida, la dulzura de Santa

Catalina, el candor de Santa Rosa y, sobre todo, la discreción, la energía, la fuerza de voluntad y el corazón de fuego de su gran tutelar Teresa de Jesús, la *Santa Madre*, como la llamaba siempre Rosita, por llevar hábito del mismo color que el de su orden.

—Siempre que pienso en la Santa Madre—decía Rosita—me la figuro con la cara de Teresa... Hasta tiene un lunar aquí, junto a la boca, como la santa tenía... ¡Y qué alma, qué alma la suya! ¡Qué *corazón tan recio*, como de sí misma decía la Santa Madre!... Mire usted; hace dos años se fué a pasar la vendimia con la familia del señor magistral... Una noche, estaba ya encerrada en su cuarto, sola, sola, solita... Mira para una ventana, y ve asomar por debajo de la cortina los pies de un hombre escondido... ¡Vamos! ¡Yo me muero allí mismo; me quedo tiesa, tiesa!... Pues ella, nada; ni chistó siquiera. Se fué para una cómoda que allí había, como si tal cosa; hizo como si la quisiera abrir, y salta y dice : —¡Toma!... Si me dejé las llaves en el comedor—. Y se va suavemente hacia la puerta, sale, echa el cerrojo por fuera, alborota entonces la casa y prenden al ladrón...

—Y luego —prosiguió Rosita, que no sabía acabar hablando de Teresa—, con ese valor y esas agallas, que esto es lo raro, más suave

que una malva, más humilde que la tierra... Mire usted, había en el Corral de los Chicharos una vieja... ¡el demonio, señor conde, el demonio!... Era de Madrid, y decían que cuando lo del año treinta y cuatro mató a un fraile... Tenía un hijo tonelero, baldado de las piernas... La vieja cayó muy malita, y fuí yo a visitarla por las de la Conferencia. Llevé a Teresa... ¡Aquello tenía que ver! Se puso a enseñarla el catecismo; y como le llevábamos los caldos, y venía el médico, y le cuidábamos al hijo, la vieja callaba y comía, callaba y comía... Pero una mañana se le revolvió el diablo en el cuerpo, y puso a Teresa como un trapo... Al otro día, Teresa allí: furiosa la vieja, la volvió a insultar... Al otro día, Teresa allí; la vieja entonces, ciega de rabia, la pegó con una alcuza en la cabeza, y le hizo en semejante sitio —y Rosita señalaba la parte superior de la sien izquierda— una brecha muy regular... Yo mismo se la curé, y guardo el pañuelo con la sangre, como si fuese de un mártir... Al otro día... señor conde... ¡Teresa allí!... La vieja se quedó como San Pablo al caer del caballo...:

—Pero, señora —le dijo—, ¿cómo es posible que después de lo que hice ayer, vuelva usted a mi casa a traerme socorros?

Y le dice aquel ángel del cielo, con su cara de reina dando limosna:

—¿Y por qué no?... Le estaba enseñando a usted la doctrina de palabra, y debo también enseñársela de obra (1).

—Mire usted... Yo me puse a llorar, a llorar, y me llevé llorando tres días, y la vieja lo mismo, y el tonelerillo igual... A la otra mañana se confesaron los dos, y al domingo siguiente estaba ya la vieja en el cielo gracias a Teresa, que fué el ángel de su guarda... Le aseguro a usted que yo beso el suelo que ella pisa... No me extrañaría que el día menos pensado hiciera milagros.

El condesito escuchaba sin pestañear, atusándose la finísima barba, y aprovechando aquel corto respiro de Rosita, dijo con su acostumbrada pausa:

—Todo eso es admirable, verdaderamente admirable... Pero lo que yo no comprendo es cómo todas esas virtudes no la han llevado ya a un convento...

—¡Pues... eso digo yo!, ¡eso digo yo!—exclamó Rosita entusiasmada al ver que el condesito traducía su pensamiento—. Esa niña debe de ser para Dios, porque no hay hombre que la merezca... Y a la hora menos

(1) Histórico... Sólo por no ofender la modestia de la ilustre señora que tal hizo, dejamos de consignar aquí su nombre.

pensada viene uno de esos mequetrefes del día con sus manos lavadas, y se la lleva sin comerlo ni beberlo... Pues para hacerla desgraciada...

—¿Pero ella —prosiguió el condesito— no ha manifestado nunca deseos de ser monja?...

—Le diré a usted —contestó Rosita en sus glorias, adelantando el cuerpo hasta sentarse en el filo de la silla y poniéndose el dedo en la punta de las narices—. Yo no lo sé de cierto, porque ella es reservadilla, o quizá, quizá soy yo curiosa... Pero sospecho que en otros tiempos hubo algo... algo... Ella es pobre y no tiene dote. ¿Me entiende usted?... Doña Angustias no ha de dárselo, y quizá, quizá por eso, el P. Rodríguez le quitó el monjío de la cabeza.

—Pues por falta de dote no debía de quedar —dijo el condesito con marcada indiferencia—. Muchas personas hay que se lo darían con gusto, y yo por mi parte, guardando todos los miramientos de delicadeza que una señorita como ella merece, no tendría inconveniente en ofrecérselo...

—¡Ojalá, ojalá, ojalá! —exclamó Rosita llena de santo celo—. Eso sería mi sueño de oro; el deseo de toda mi vida... Verla salesa...

El condesito hizo una mueca indescifrable y se despidió de Rosita, ofreciéndola con la

misma afable sencillez de antes su influencia y sus servicios. Rosita le acompañó encantada hasta la escalera, y aquella tarde, en el taller de las *Señoritas del Ropero*, daba cuenta a Teresa de la visita de su compadre, diciendo entusiasmada:

—¡Pero qué bello sujeto!... Se parece a San Juan Evangelista... ¡Y qué cristiano!...

Y a poco más se le escapa, para probar la cristiandad del condesito, el deseo que había manifestado éste de dotar a Teresa; detúvose, sin embargo, a tiempo, y limitóse a añadir en apoyo de sus tesis:

—Dos veces estornudó y dijo ¡Jesús!

A la mañana siguiente recibía Rosita una carta del condesito, notificándole que la noche anterior había escrito a su amigo don Alfonso de Guevara, haciéndole cargo de su negocio; añadíale también que, según el deseo manifestado por ella misma, podía enviar a nombre de este señor la fe de bautismo y la vida, *sin más señas que la del membrete*. Aludía Pepito al que traía la carta, y era éste el de las oficinas del Ministerio de Estado.

—¡Muy bien! —dijo Rosita, llena de satisfacción y confianza.

Y acto continuo metió ambos documentos en un sobre, lo cerró con una enorme oblea

encarnada que le dió su vecino el capellán de monjas, y puso la dirección en esta forma:

Sr. D. Alfonso de Guevara,

en

MEMBRETE.

Ella misma echó en el buzón el enorme cartapacio, y como ignoraba quién fuese el patrono, sin duda bastante descuidado, de las oficinas de Correos, rezó al echarlo un Padre nuestro por el feliz arribo de su misiva al arcángel San Rafael, abogado de los caminantes.

X

Y aquí debíamos de terminar la relación de esta historia, suponiendo, como suponemos, que el lector le habrá buscado ya un desenlace, casando a Teresa con el condesito y dándole numerosa y masculina sucesión. No es, sin embargo, tarea tan fácil la de inflar a un perro, que dijo el bueno de Cervantes, y no sucedió todo tan punto por punto como sin duda el lector desea. Volvióse Pepito a Madrid a los quince días de su llegada a Z.** sin haber visto a Teresa más que tres veces en casa de doña Angustias y una en la distribu-

ción de premios de cierta escuela gratuita, adonde fué él acompañando a su hermana.

Pepita, que llevaba cuenta y razón de todos los pasos del condesito, pudo averiguar que había celebrado una larga conferencia con el Padre Rodríguez; supúsose entonces que había ido a presentarle las excusas de su madre, muy afligida por haber llegado a saber que su fiesta de compadres fué causa involuntaria de los trastornos del *Palomarico de la Virgen* y de la desbandada general de las *Currutacas*.

Transcurrió más de una semana sin que hubiese noticias de Pepito, ni las tuviera tampoco Rosita Piña de su resurrección oficial en la nómina del Montepío. Una mañana hacía labor doña Angustias en el gabinete bajo que ya conocemos, y Teresa, sentada a su lado, cosía en una pequeñita máquina de Singer los eternos gorros, sayas y gabanes de las *Señoritas del Ropero*. Entró Pepita azorada y nerviosa, con una carta en la mano, que acababa de llegar, para doña Angustias, por el correo; traía en el sobre el sello del Ministerio de Estado, y veíase en el reverso un timbre azul muy elegante. Era una corona condal caprichosamente colgada del ojo de una P, hecha con grande esmero.

—¡Mamá... mamá! —gritaba Pepita albo-

rotada, creyendo sin duda que en aquella carta pedían su blanca mano—. ¡Pepito te escribe!... Mira, es su letra... El sello del Ministerio y detrás la corona... ¡Qué preciosa!... ¡Elegantísima!...

Pasmóse doña Angustias, púsose las gafas y dió vueltas al papel entre las manos con esa necia perplejidad de todo el que recibe una carta inesperada. Decidióse al fin a abrirla, y volvió a pasmarse de nuevo; habíase encontrado con otro segundo sobre, abierto y dirigido a Teresa.

—¡Mujer! —exclamó—. Si es para ti, Teresa...

—¿Para Teresa?... —chilló Pepita, y por un movimiento espontáneo hizo ademán de arrancársela de las manos.

Pero ya Teresa la tenía en las suyas, y la leía en silencio. Poco a poco fuése poniendo pálida, pálida como la cera, y luego roja, roja como una amapola; dejó escapar una débil tosecita, y llevóse la mano al corazón como si la sangre la ahogara. Por un momento pareció temblar su alma entre sus húmedos labios, como en el cáliz de una flor una gota de rocío.

—¿Pero qué dice? —gritó Pepita, que con febril curiosidad seguía todos sus movimientos.

Teresa le alargó la carta, ya repuesta del todo, diciendo:

—Nada de particular... léela si quieres... Habla del asunto de Rosita Piña.

—Abalanzóse Pepita Ordóñez al papel, con la impremeditación del perro a la sombra de la carne, y no pudo notar, por lo tanto, que la infelizota Teresa se guardaba otro pliego en el bolsillo de su bata, que venía también en el sobre, y era el que ella había leído.

Pepita leyó de una sola ojeada la carta, corta y ceremoniosa; en ella decía el condesito que los documentos de Rosita Piña no habían llegado, y que se apresurase a enviarlos, porque sólo su llegada se esperaba para terminar aquel asunto de manera muy ventajosa para la vetusta huérfana. Ignoraba Teresa que Rosita Piña los hubiese enviado camino de *Membrete*, y dijo, reanudando su tarea de la máquina:

—Sin duda se han perdido esos papeles... Será necesario avisar esta tarde a Rosita que envíe otros nuevos.

Pepita meneó la cabeza, y no se dió por convencida: había ella observado muy bien la grande emoción de su prima, y aquella carta fría e indiferente no la justificaba. Comenzó, pues, a devanarse los sesos para explicársela, y creyó al fin haber dado en el

clavo: indudable era que Teresa se hallaba tan enamorada del condesito, que la sola vista de su carta bastaba para hacerla perder su habitual calma.

—¿Qué tal la santita? —decíase con redoblado encono—. ¿Si creerá la muy necia que la va a hacer tragar el anzuelo porque salió con él de comadre y le dijo cuatro flores de cumplimiento?... ¡Mentira parece que quepan ciertas ideas en algunas cabezas!... Pues yo le aseguro que he de estar al acecho, y como la coja en algo, se ha de reír a su costa el mundo entero...

Muchas cosas, sin embargo, se escaparon al ojo avizor de Pepita Ordóñez: escapósele primero que a la mañana siguiente tuvo Teresa una larga conferencia con el P. Rodríguez en el confesonario; escapósele después que aquella misma noche escribió una carta, que si no fué larga debió de ser difícil, pues rompió tres o cuatro borradores que para ella hizo; escapósele, finalmente, que aquella carta fué remitida abierta a la condesa de Pineda para que la hiciese llegar a manos de su hijo.

El día de la Virgen de las Mercedes recrudeciéronse todas las sospechas y temores que Pepita Ordóñez abrigaba. Celebrábase aquel día el santo de Mercedes Pineda, y la tarde

antes vino ésta en compañía de su madre a suplicar a doña Angustias permitiese a Pepita comer al día siguiente con ellas, y también... ¡a Teresa!

Enfurruñóse la niña al oír la segunda parte del convite, y con inconcebible y grosera ligereza apresuróse a contestar que con mil amores iría ella, pero que dudaba mucho aceptase su prima. Su sorpresa y su indignación fueron, por lo tanto, grandes, al ver que sin perder un punto de su habitual calma aceptó Teresa el convite como la cosa más natural del mundo.

—¿Pero con qué vestido vas a ir, criatura? —exclamó Pepita ahogándose de ira—. ¿No ves que estará allí todo Z.** y te presentarás hecha una facha?...

Echóse a reír Teresa, y con su airecito zumbón, contestó, encogiéndose de hombros:

—¡Bah!... No me faltarán cuatro trapitos que ponerme...

Y con tan buen gusto supo combinar sus cuatro trapitos, que al verla ya vestida su prima, tuvo que confesar con impotente rabia que no necesitaba Teresa vestirse de sedas para salir de la categoría de aquellas monas pretenciosas en que había querido ella colocarla.

La condesa, mujer discreta y muy afable,

prodigó a Teresa cariñosas atenciones, habló a solas con ella largo rato, sentóla en la comida a su derecha, y al despedir a las dos primas, ya muy entrada la noche, cogióla ambas manos y la besó cariñosamente en la frente, como hubiera podido hacerlo una madre.

Pepita Ordóñez no se murió de repente, porque la envidia envenena y no mata; pero sintió varias veces que el ataque de nervios le amagaba. El instinto de esta mezquina pasión, exagerado, pero certero siempre, le decía a voces que allí había algo grave que trocaba dentro de su corazón en rabiosa saña, esa tristeza del bien ajeno, en que consiste a la vez el tormento y la culpa de la envidia. La berlina de la condesa condujo a las dos primas a su casa, y en todo el largo trayecto no se cruzó entre ellas una sola palabra.

A los pocos días hubo carreras de caballos en el Hipódromo, y Pepita esperaba que Mercedes la convidase: había preparado un vestido muy elegante, y hecho venir de Madrid un sombrerito a propósito y muy nuevo, que tenía la caprichosa forma de una gorrita de jockey. El convite llegó al fin, ¡pero en qué forma!... Mercedes escribía a Teresa una esquelita ofreciéndole en nombre de su madre

un asiento en el coche, y suplicándole hiciese a Pepita igual ofrecimiento...

¡Aquello no podía tolerarse!... ¿Convidarla a ella por medio de Teresa? ¿Relegarla al piso bajo de una postdata en una carta dirigida a la santurrona? ¡Y esto lo hacía Mercedes, su amiga del alma!... Ganas le hubieran dado de tirarse por la ventana si no las tuviera mayores de lucir en las carreras su gorrita de jockey. Por esto y sólo por esto ocultó Pepita sus rencores, esperando que Teresa se quedaría en casa como de costumbre, dejándola a ella todo el campo libre. Pero con gran sorpresa suya, la santurrona, impávida siempre y sin dar razón alguna de su conducta, aceptó el convite.

El furor de Pepita se desbordó entonces; insultó a su prima, faltó al respeto a doña Angustias, y diciendo que por nada del mundo se presentaría jamás en público con una cursilona que mantenía su madre de limosna, se encerró en su cuarto, dando un tremendo portazo. Allí se arañó la cara y se tiró de los pelos. Sosegóse un poco, y comenzaron a pasar entonces por su imaginación, con esa tenaz persistencia con que el espíritu del mal aprovecha las tempestades del alma para presentar la tentación de la culpa, desde la bellaquería hasta el crimen; desde la mezquindad

hasta la infamia; desde rasgarle a Teresa el único traje decente que tenía, hasta levantarle una calumnia; desde tirarle al pozo sus únicas botas, hasta cortarle el cabello o sacarle los ojos!...

Por la ventana de su cuarto, atisbando detrás de las persianas entreabiertas, vió Pepita llegar el magnífico landó de la condesa, con cuatro caballos a la D'Aumont; vió después salir a su prima y subir al carruaje sentándose a la derecha de la dama, que la abrazó cariñosamente. Pepita estaba estupefacta. ¿Cómo diablos había arreglado la malvada aquel trajecillo blanco de alpaca, tan usado, casi harapiento, que parecía ahora tan flamante, tan de moda, como si acabase de salir de los talleres mismos de Lafernière de Worth?... ¿De dónde había sacado la ladrona, sí, la ladrona, la ladrona que le robaba sus amigos, su importancia, sus triunfos, su asiento en el coche?... ¿De dónde había sacado aquella seguridad, aquel aire de duquesa, aquella dulce majestad de *reina dando limosna*, feliz frase de Rosita Piña que pintaba tan al vivo la doble expresión de nobleza y de bondad, que caracterizaba la fisonomía de la pícara santurrona? Mentira parecía todo aquello, y Pepita llegó a creer por un momen-

to en la varita de virtudes que a la puerca Cenicienta prestaba su madrina.

Los postillones, con chaquetillas de terciopelo negro, calzón de punto blanco y botas de charol reluciente, terciaron sus látigos; arrancaron los cuatro caballos a un mismo tiempo, y el lujoso tren, digno de figurar en las llanuras de Chantylli o en las de Epson, desapareció lentamente, con regia pausa, por la calle adelante. Angustiósele entonces el corazón a Pepita, y rompió a llorar con la impetuosidad del despecho que se desborda, con la amargura de la envidia que se siente vencida... A la noche, otro nuevo golpe; un lacayo vino a avisar que la señorita Teresa no volvería hasta las once: se quedaba a comer con la condesa de Pineda.

Teresa, por su parte, habíase apresurado a notificar a Rosita Piña la pérdida de los documentos, y supo entonces por ella misma que los había enviado a *Membrete*.

—¡Pero, Rosita, por Dios! —exclamó Teresa, riendo a carcajada tendida de la simplicidad de su amiga—. ¿En dónde está ese pueblo?... ¡Será cerca de Jauja!... Ya no me extraña que el arcángel San Rafael hiciera tan mal el encargo... Ni buscándolo en el *Diccionario* de Madoz habría dado con Membrete...

Tuvo, pues, Rosita que sacar otra nueva fe de bautismo y otra vida, y enviólas esta vez directamente al condesito. Consideraba aquel contratiempo como un justo castigo de la Providencia divina, por su senil coquetería de ocultar la edad, y con ese santo espíritu de expiación propio de las almas fuertes a la vez que humildes, se impuso el penoso sacrificio de publicar por todas partes la fecha de su nacimiento. Súpose entonces con general pasmo que por el pasado Marzo había cumplido setenta y cuatro años. Iba con el *siglo*, como solía decir con cierto tonillo que indicaba bien a las claras el gusto con que hubiera visto al siglo pasar delante de ella.

Rosita envió sus documentos un martes, y al jueves siguiente recibía Teresa otra carta, dirigida esta vez a ella, con el sello del Ministerio de Estado y la aristocrática corona colgada de la P. por timbre. Entregáronsela delante de Pepita, y leyóla en silencio, sin conmoverse en lo más mínimo.

—¿Pero qué dice?—chilló Pepita con su impertinencia acostumbrada, devorando la carta con los ojos.

—Una buena noticia—contestó Teresa impasible—. Que Rosita Piña tiene ya conseguida su pensión, y que por nuevos méritos averiguados de su padre, se la aumentan a

quince duros... ¡Qué alegrón va a tener la pobrecilla!

Pepita Ordóñez seguía devorando el papel con la vista, y Teresa, ya fuese por cálculo, ya por descuido, levantóse a poco, dejando sobre el velador la carta... Pepita cayó en el lazo: abalanzóse a ella no bien salió Teresa, y sin escrúpulo de ningún género, la leyó de cabo a rabo. Era una carta fría, ceremoniosa, como la anterior, y sólo en una frase encontró Pepita sospechosos miasmas: el condesito llamaba siempre a Rosita Piña *nuestra buena amiga*...

Aquel *nuestra*, aquel pronombre posesivo en plural, que parecía establecer entre Teresa y Pepito cierta comunidad de bienes, se le atragantó a la de Ordóñez. Examinando detenidamente el sobre, halló otro dato alarmante: estaba éste demasiado dilatado para haber contenido un solo plieguecillo. Indudable era que allí dentro había venido algo más que aquella carta que tenía en la mano. Pepita metió y sacó varias veces el piego en el sobre y acabó por convencerse de lo que sospechaba.

—¡Ah, raposa hipocritona!—exclamó fuera de sí la de Ordóñez—. Aquí hay gato encerrado, y el espantajo de Rosita les sirve de pantalla...

Y corriendo de puntillas se fué al cuarto de Teresa; ésta se había encerrado por dentro. Miró entonces Pepita por el agujero de la llave, y vió a su prima recostada contra el quicio de la ventana, leyendo atentamente una larga carta de dos pliegos.

—¡Los que venían en el sobre!—pensó Pepita; y esforzando la vista cuanto pudo, logró distinguir al frente de uno de ellos la malhadada P azul con la corona colgando.

¡Aquello era para volverse loca! ¿Qué enredos, qué misterios, qué trapisondas eran aquellas?... Si Pepita hubiera gastado pantalones, se hubiese paseado con las manos en los bolsillos, como hacía Napoleón en sus grandes perplejidades, cuando trataba de adivinar el plan estratégico de algún enemigo.

La Moda Elegante de aquella semana vino a dar nuevo rumbo a sus temores y más ancho campo a sus conjeturas, haciéndola respirar con más desahogo. Cierto era que se le escapaba a ella el condesito, pero también lo era que no se lo llevaba Teresa, y bastaba esto para llenarla de cierta satisfacción rabiosa, algo semejante, en lo ruin, al gozo de un enano que pusiera el tacón sobre la cabeza de un Goliat; algo parecida, en lo feroz y lo cobarde, al del chacal, que comenzara a hacer pedazos a un toro enfermo; porque así

en los grandes crímenes que inspira, como en las grandes bajezas a que impulsa, la ferocidad y la cobardía son los dos rasgos distintivos de la envidia. En la crónica de salones, anunciaba el Fin-Flan de la Corte varios matrimonios recientes, y algunos otros que se proyectaban; entre estos últimos hacíase mención *del próximo enlace del distinguido diplomático conde de Pineda con una bella marquesa andaluza.*

Pepita no quiso demorar un momento el dar la noticia a Teresa, creyendo descargarle con esto un golpe terrible de muerte. Encontróla en el gabinete bajo, cosiendo en la maquinita de Singer un gorrito feísimo. Pepita le disparó el tiro a quemarropa, diciendo:

—¿Sabes que se casa Pepito?...

Teresa detuvo un momento la máquina, y contestó con su serena calma:

—¡Vaya una noticia!... Ayer se lo dijeron a Rosita Piña en casa de Portazgo.

El asombro dejó yerta a Pepita, y no pudiendo resistir a la curiosidad, preguntó al cabo dándose por vencida:

—¿Pero con quién se casa?...

—Con la marquesa de la Rambla—respondió friamente Teresa.

Y dando al manubrio de la máquina, la hizo prorrumpir en un rich, rich, rich, estridente y

metálico, que parecía la carcajada del Destino, riéndose de Pepita.

Ésta registró de cabo a rabo la *Guía Oficial* de aquel año, y no halló ninguna marquesa de la Rambla, ni aun entre los títulos pontificios. La *Gaceta* del 29 de Noviembre de 1875 vino tres días después a sacarla de dudas: publicaba una real Orden declarando a doña Teresa Ordóñez y Santisteban, capaz de percibir la orfandad que, como hija del difunto general de la Armada, don José María Ordóñez, le correspondía, reintegrándole en bonos del Tesoro las pensiones atrasadas, y declarándola en posesión, libre de gastos, del título de marquesa de la Rambla, cuyo expediente de sucesión había presentado en el Ministerio de Gracia y Justicia el difunto general, en Febrero de 1868. El Gobierno de la Restauración, que tan magnánimas condescendencias había tenido con tantos de sus traidores, hacía al fin justicia a uno de sus leales.

Publicóse el decreto en 29 de Noviembre, súpose en Z.** el 30, y aquel mismo día recibió Teresa un oficio del Ministerio de Gracia y Justicia, poniendo oficialmente en su conocimiento la real Orden de Alfonso XII. Díjose entonces que andaba en todo aquello la mano del condesito, y corroboróse este aserto cuando a los pocos días se presentó en casa

de doña Angustias la condesa de Pineda, a pedir para su hijo, con todo el ceremonial de costumbre, la mano de Teresa. El pasmo de la viuda dura todavía; obligación de justicia es consignar al mismo tiempo que su satisfacción tampoco ha cesado.

Las visitas de enhorabuena comenzaron a sucederse, sin que ninguna pudiese ver a Pepita. Estaba constipada, atrozmente constipada. Algunos días después logró verla don Recaredo en casa de Portazgo.

—¿Lo ve usted, bella Pepita?—le dijo—. ¿Lo ve usted cómo los lazos del compadrazgo pueden estrecharse?...

—¿Y qué?—replicó Pepita, verde de ira.

Don Recaredo miró al suelo, luego al techo, después a los lados, e invocando a Himeneo y demás númenes tutelares, tartamudeó con el esfuerzo supremo de quien acomete un imposible:

—Que lo mismo que Teresa y Pepito, podíamos nosotros estrechar los lazos que nos unen...

—A mí no me une ningún lazo con usted!—replicó Pepita furiosa—. ¿Se entera usted bien, don Recaredo?... El día en que me ahorque le cederé un extremo de la cuerda para que haga lo mismo... Ese será el único lazo que nos una...

—¡Magnífico!... ¡Bellísimo!... ¡Sublime!... —exclamó don Recaredo con acento pindárico—. Moriremos juntos, como los amantes de Teruel, don Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura, nacidos en 1192 en dicha ciudad...

Y aquí relató el erudito de cabo a rabo la fe de bautismo de los famosos amantes, sin omitir el nombre de los padrinos, el del cura que los bautizó y hasta el del monaguillo que hizo de acólito en la ceremonia.

Rosita Piña reventaba de satisfacción, y acudió presurosa a dar la enhorabuena a Teresa. Al ver al condesito, le amenazó con el abanico, diciendo:

—¡Ah, pícaro!... ¡Y me decía a mí que quería dotarla para que fuese salesa!...

El condesito se echó a reír, acordándose de su conferencia con Rosita Piña.

—Mire usted, Rosita —le dijo—. Si a Teresa le llamara Dios, no sería yo seguramente quien se la disputase... Pero le voy a contar a usted un cuento popular que me refirió a mí en el Tyrol un guía de los Alpes, y que podrá quizá tranquilizarla (1).

—Cuentan por allá que San Pedro tenía dos hermanas, una mayor que él, y otra más

(1) Recogido, efectivamente, en el Tyrol, cerca de Suiza.

chica. Ésta entró en un convento, y San Pedro, muy satisfecho, quiso convencer a la otra para que hiciese lo mismo; pero ella le contestaba :

—No; prefiero casarme.

Todo el mundo sabe que después de su martirio quedó San Pedro nombrado portero del cielo. Un día le dijo el Señor :

—Pedro... Abre la puerta de par en par, porque debe llegar hoy un alma muy grande.

San Pedro fué a abrir muy contento, diciendo para su capote :

—Sin duda debe ser mi hermana la monja.

Pero no fué el alma de la monja, sino la de la casada, la que llegó aquel día al cielo. Dióle Dios un asiento muy alto, y San Pedro se dijo muy sorprendido :

—¿Qué guardará entonces para cuando venga mi hermana la monja?

Algún tiempo después, le dijo el Señor de nuevo :

—Pedro... Abre la puerta... Pero no la abras del todo; abre sólo el postiguillo.

—¿Quién llegará hoy? —pensó San Pedro.

Y a poco llegó el alma de su hermana la monja, que entró apretándose como pudo por aquellas estrechuras. Dios la colocó muy por debajo de su hermana la casada, y San Pedro se quedó estupefacto... Entonces comprendió

lo que dice San Francisco de Sales, mi querida Rosita: que no consiste todo en el estado, sino en la *perfección del estado*, que, mediante siempre la gracia divina, depende únicamente de la voluntad del que lo profesa.

—Y por aquí podrá usted sacar —prosiguió el condesito con su afable sonrisa, algún tanto impertinente— que no ha ido a parar Teresa a tan malas manos... Su futuro marido ha leído también los autores ascéticos.

XI

Celebróse al fin la boda de Teresa y de Pepito con grande pompa y aparato, siendo los padrinos el monarca reinante y su hermana la entonces princesa de Asturias. El *trousseau* fué magnífico, y por una rara coincidencia, era la corona condal, regalada por el novio, en todo idéntica a la que había soñado Pepita; corona entera, con magníficos zafiros. A Pepita le pareció, sin embargo, muy chabacana, sin duda por lo que parecieron verdes a la zorra de la fábula las uvas de aquella parra.

Entre los regalos de boda había dos muy notables por distintos conceptos. Una pililla de agua bendita de plata filigraneda, regalo

de Rosita Piña; en ella había al cabo gastado la infeliz el dinero que guardaba para su entierro, prefiriendo quedar insepulta, después de muerta, a pasar en vida la plaza de ingrata.

Era el otro regalo una cajita de valor incalculable, formada por una gran esmeralda, perfectamente ahuecada; cerrábala una perla de notable tamaño, y otras seis iguales formaban cerco completo en torno de ella. Aquella riquísima joya encerraba sólo un cadáver. El de aquel feliz piojo, recogido por Teresa con caridad tan grande, denunciado por Pepita con intención tan aviesa y recogido por el conde con tan singular galantería. A este asqueroso insecto, según aseguraba Pepito, debía su felicidad; porque su aparición en la mantilla de Teresa le había hecho fijarse en ella y comprobar despacio las raras virtudes de la que era ya su esposa.

—Pues es un romanticismo de muy mal gusto —había opinado Pepita—, o mejor dicho, es... una grandísima porquería!!!...

Y aquí volveríamos a poner punto final, y ya definitivo a nuestra narración, si no nos detuviera un reparo muy considerable. Hannos motejado algunos que cortamos nuestras historias de repente, dejando al lector en la ignorancia del paradero de aquellos personajes con que le habíamos hecho trabar conoci-

miento. A esto podríamos contestar que nadie pregunta por el jilguero que cantó al pie de su ventana al romper el alba: canta, amanece y echa a volar sin dejar rastro en el aire. Algo de esto contestaba Schiller a los que querían saber la suerte de Thecla; mas como nosotros no somos Schiller, ni nuestros personajes son ruiseñores, ni tampoco jilgueros, sino seres de carne y hueso con que puede tropezar el lector a cada paso, cuando menos lo piense, preferimos complacerle dando noticias detalladas de nuestros principales héroes.

Los condes de Pineda residen en la actualidad en Berlín, en cuya embajada desempeña Pepito un alto puesto. Tienen un hermoso niño, que ha acariciado muchas veces el viejo emperador Guillermo, complaciéndose en oírle balbucear el alemán con su biznieto el actual komprinz Federico.

Don Recaredo y Rosita Piña murieron ambos, víctima el uno de sus corteses entusiasmos, víctima la otra de una indiscreción de su fervor religioso.

Hemos dicho en otro libro (1) que el mecanismo de la vida de don Recaredo giraba sobre dos polos opuestos: su horror a los constipados y su amor a la cortesía. Para conciliar estos dos extremos sobre su pelada

(1) *La Gorriona*.

cabeza, había discurrido el vate ponerse para recorrer las calles una peluca, que dejaba a cubierto su cabeza cuando a cada instante echaba a voltear el sombrero a todos los vientos.

Mas súpose un día la vuelta a España de cierta augusta desterrada por quien tuvo siempre don Recaredo el más leal entusiasmo. La regia proscrita debía de llegar a Z.**, y la multitud invadía la estación de bote en bote. Don Recaredo, de rigurosa etiqueta vestido; luciendo en el ojal la cruz de Carlos III con que pocos meses antes le habían condecorado, poníase sobre las puntas de los pies para saludar, aunque sólo fuese desde lejos, a la augusta dama. Extendíase la vía solitaria entre frondosas huertas, brillando a lo lejos los raíles con reflejos de plata. De repente sonó un estridente silbido, y apareció en ella una máquina exploradora; dos minutos después precipitábase en la estación el tren regio, cubierto de banderas españolas, que agitaba el cierzo de marzo entre torbellinos de negro humo, dando resoplidos como un monstruo engalanado que llegara presuroso a una fiesta de titanes...

Una salva formidable saludó desde la batería próxima a la desterrada que volvía a la patria; diez músicas rompieron a un mismo

tiempo en los majestuosos acordes de la Marcha Real española, y un viva inmenso, atronador, espontáneo, fué á ensordecer los oídos, no del todo desmemoriados, de la augusta señora... Aquel vértigo contagioso envolvió a don Recaredo en su torbellino, haciéndole olvidar sus prudentes precauciones; quitóse con una mano el sombrero y con otra la peluca, y agitando ambos trofeos en el aire, gritó tambaleándose:

—¡Vivaaaa!!...

¡Infeliz vate!... Una racha colada de aire, traidora, fría, lenta, pasó en aquel momento sobre su pelada cabeza. Don Recaredo sintió el helado beso de la pulmonía sobre su cráneo sudoroso: encogió el cogote, cerró los ojos, inclinó la cabeza y ya no volvió a levantarla... Ni aun tuvo tiempo de dictar su epitafio: exánime llegó a su casa, confesóse cristianamente, recibió con tranquilo fervor los demás sacramentos, y tres días después le borraba la muerte del número de los vivos, y el Director de Rentas Estancadas de la nómina de empleados. La ingratitud le borró a su vez de la memoria de sus amigos. ¡Sólo nosotros hemos conservado sus preciosos recuerdos!

Causas muy distintas motivaron la muerte de Rosita Piña: organizábase una peregrina-

ción a Roma, y Teresa pudo conseguir de ella que la acompañase a visitar la tumba de los Apóstoles. Rosita Piña aceptó el convite como deslumbrada, sintiendo al preparar su menguada maleta los temores y las esperanzas, las ansias y los deliquios que debió de sentir Sebastián Elcano al embarcarse en *La Victoria* para dar la vuelta al mundo.

Una vez en Roma, desaparecieron sus miedos, y excitada por los piadosos incentivos de la Ciudad Eterna, dejóse llevar sin rienda alguna de lo que llamaba Pepita Ordóñez su vicio de corretear iglesias. Tocóle una tarde visitar el histórico templo de San Pablo *di tre fontana*, extramuros de Roma, donde se conservan las tres fuentes milagrosas que brotaron al rodar por el suelo en tres saltos la cabeza de San Pablo. Rosita Piña midió la capacidad de su estómago por la inmensidad de su fervor, bebiéndose en cada fuente un pimporro de tal calibre, que llegó a su casa hidrópica del todo: declarósele un cólico de mala especie, y en dos días llegó a las puertas de la muerte.

Teresa y el P. Rodríguez, que dirigía un grupo de la peregrinación, no se separaban de su lado. En el dintel de lo eterno recorrió aquella alma sencilla su largo pasado, y sólo una culpa encontró que le causara remordi-

mientos: había bordado en el año 15 unos tirantes para Riego, y quizá, quizá pudo contribuir con esto a la propagación de los errores liberales que tanto afligían a la Iglesia.

—¡Calla, viejecilla! —le dijo el P. Rodríguez sin poder contener ni la risa ni las lágrimas—. Verás qué zarpazo das en la gloria...

La viejecilla sonrió, y sonriendo también el Angel de su guarda, se la llevó al cielo.

Pepita Ordóñez vive todavía, sigue soltera y está muy gorda, atrozmente gorda. No hace todavía un año dióse un baile de trajes en cierta casa muy conocida, y Pepita se presentó con un estrambótico vestido de pastora.

—¿Pero qué traje es ése? —preguntó uno.

—¿Pues no le ves?... De zagala que acaba de devorar a su rebaño.

—No, señor —dijo entonces una dama famosa por su punzante sátira—. Ese traje es de soltera descontenta del oficio...

Lo que antes dijimos, se cumplió en Pepita. Ninguna reina de salón ha sido nunca ángel de ningún hogar...

LA GORRIONA

LA GORRIONA

Oculos habentes non videtis? et aures habentes non auditis?
¿Teniendo ojos no veis? ¿y teniendo orejas no oís?
(*San Marcos*, cap. VIII, v. 18).

La berlina describió de repente una curva inverosímil en su carrera, y desapareció en el antiguo portalón del palacio de Santa María; a un impulso del cochero quedaron clavados como por encanto, al pie del anchuroso vestíbulo, coche y caballos, estirando éstos las nerviosas patas, como muelles de acero, agitando impacientes las engalladas cabezas, y cubriendo de humeante espuma los bocados y cadenillas, bruñidas como la plata. El lacayo saltó con garbo del pescante para abrir la portezuela, el cochero se descubrió respetuosamente desde su altura, sin mover el cuello en su almidonado corbatín blanco, el portero del palacio hizo sonar la campana, que anunciaba allá en las antesalas la llegada de una visita, y de la berlina saltó entonces una diminuta galga inglesa, con

collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo... Saltó luego una señorita rubia, saltó después otra morena y saltó por último otra que no era morena ni era rubia; era, por decirlo así, desteñida.

Llevaban las tres enormes peinetas de teja, grandes mantillas de casco con ruedo de blondas, y colosales abanicos de país corto y ancho varillaje. Ocupaba a la sazón el trono de España el intruso don Amadeo, y las damas elegantes hacían alarde de españolismo, desenterrando las tejas de carey, las blondas de pegotes, los alamares de morillas y los flecos de a media vara. Bamboleábase el trono del italiano ante esta artillería de trapo, y las damas se creían tan heroicas al manejarla como la condesa de Bureta en Zaragoza, o doña Lucía Fitzgerard en Gerona.

La galguita comenzó a subir dando brinquitos, y se detuvo con una patita delantera en alto, ante los enormes tiestos del Japón que adornaban el primer descanso de la escalera. Quizá meditaba alguna fechoría indigna de su collar de plata y su manta de grana; pero intimidada sin duda por las armas condales de la ilustre casa de Santa María, que de relieve se destacaban en la pared del fondo, prosiguió su camino por la estrecha

alfombra, que aprisionaban varillas de reluciente metal al pie de cada peldaño.

Detrás subían las tres señoritas, seria y como disgustada la rubia, preocupada la morena, decidida y resuelta la desteñida. Pasaba ya ésta de los treinta años, edad funesta, en que la mujer frívola que desechaba a los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, antes que doblar soltera el cabo de *Buena Esperanza*. Daba, sin embargo, saltitos como la galguita inglesa; hacía dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenía o afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.

La morena, tiesa como un maniquí de modista, estaba en la edad en que se desechan los coroneles, se piensa en el *trousseau* más que en el marido futuro, y domina a todo otro sentimiento la vanidad de los trapos y la hermosura, especie de inflamación ridícula, que producen en el alma las lisonjas de la galantería; ésta se llamaba Adelita Peralta.

En cuanto a la rubia, frisaba apenas en los quince, y aunque no desechaba coroneles, ni suspiraba por tambores mayores, gustábale ya, como a la hormiguita del cuento, comprar el ochavito de arrebol que había de ponerla bonita, y sentarse a la ventana, espe-

rando el paso de algún ratoncito Pérez; era, al fin y al cabo, hija de Eva. Llamábase Blanquita Peláez, era prima de las otras dos, y sobrinas las tres, aunque por diversas ramas, de la excelentísima señora doña Rosa Peláez, Ponce, Peralta y Teba, condesa Viuda de Santa María.

—¿A que nos dice que nones?—dijo de repente Adelita Peralta, parándose como desalentada en mitad de la escalera.

—¡Pues claro está!—replicó vivamente la de Peláez. Yo, en su caso, diría lo mismo.

Al oír esto Ritita Ponce, que iba delante, bajó de un brinquito el escalón que la separaba de sus primas, y dijo muy enfadada:

—Mira, Blanca... o te callas o te vuelves al coche; que no era cosa de venir apretadas en la berlina, como sardinas en banasta, para que luego lo eches a perder todo.

—Pues, hija,—replicó Blanquita, enfadándose a su vez; no fuí yo la que quise venir, sino tú la que me trajiste.

—¡Porque eres el ojito derecho de tití Rosa y para todo es necesario contar contigo!—exclamó Ritita, prosiguiendo su camino.

Eran las once de la mañana, y no obstante el toque del portero, ningún criado parecía por antesalas ni salones para introducir a la intempestiva visita. Veíase por todas partes

ese desorden que deja en una casa el paso de una fiesta : muebles fuera de su lugar, ramilletes marchitos en los jarrones, bujías medio consumidas en los candelabros, flores caídas acá y allá de algún prendido, jirones de gasas arrancados de alguna falda en las revueltas de un rigodón o en los vaivenes de un vals, y en la atmósfera sintiéndose, mascándose, por decirlo así, aunque sin tener forma alguna visible, ese desencanto, esa desilusión que inspiran los restos del carnaval, contemplados a la luz del Miércoles de Ceniza; sentimiento triste a la vez que reflexivo, que tiene mucho de la amargura que deja el pecado en el alma, como un principio del remordimiento.

Aquel día era, en efecto, Miércoles de Ceniza, y la noche anterior había dado la condesa el último de sus dos bailes de carnaval, divertidísimos aquel año por lo originales. Siempre fué el taparse la cara señal de vergüenza, y aquel año, en el salón de la condesa, habíase repartido por turno, entre uno y otro sexo, el pudor de la careta. Las damas prescindieron de él la primera noche, presentándose sin disfraz alguno; los galanes acudieron, por el contrario, uniformados con dominós de raso negro y lazos de color de grana de idéntico modo dispuestos. Esta uniformidad en los trajes dió lugar a equivoca-

ciones tan graciosas y burlas tan divertidas, que se decidió pedir a la condesa, para el martes de carnaval, otro baile, en que se volviesen las tornas, reservándose las señoras el privilegio de llevar la cara cubierta; el sexo fuerte luciría su fealdad al resplandor de centenares de luces, y el débil ocultaría sus encantos en los anchos pliegues de capuchones Watteau, con lazos de color de rosa. Habíase añadido además al programa de la fiesta otra parte de terrible alcance político: el genio patriótico de Ritita Ponce ideó organizar un minué a la española, que habían de bailar los caballeros con casacón y peluquín blanco, y las señoras con trajes de medio paso y peinado a lo *nene*. Para ello ensayaba Ritita con su primo Candidito Teba, álferez de húsares, un solo, cuyos prodigiosos *trenzados* hubieran podido admirar a la corte de Carlos IV. Imposible era que el intruso Amadeo permaneciese tranquilo en el trono ante aquel patriotismo coreográfico con que la ilustre juventud de X.** le manifestaba su desagrado.

Accedió gustosa la condesa a lo que se le pedía, con la sola condición de que terminase la fiesta a las doce de la noche, hora en que comienza la Cuaresma. Sin duda temía la buena señora ver aparecer en sus salones la

escuálida figura de la Penitencia, a la manera que se presenta en aquella famosa aguafuerte de Alberto Durero, el pintor filósofo, esgrimiendo unas formidables disciplinas, y precedida de la muerte, que acompaña a los bailarines tocando el violín con dos canillas. Mas un grupo conspirador, que no temía a fantásticas apariciones, y capitaneaban Ritita Ponce y su primo Candidito, de tal manera se encargó de atrasar los relojes, que cuando sonaba en el palacio la hora de los ayunos, eran ya en el resto de la ciudad más de las dos de la madrugada. La condesa no cayó en la cuenta; tan solo sintió más sueño que nunca al acostarse, y más pereza que de ordinario al levantarse por la mañana.

Suceso muy grave debía de ser, por lo tanto, el que hacía madrugar a las tres primas después de haberse acostado muy cerca del alba. Entráronse, pues, como Pedro por su casa, no encontrando a nadie en las antesalas, y Ritita echó a correr detrás de una doncella de la condesa que vió a lo lejos, gritando :

—¡Martina! ¡Martina!... ¿Se ha levantado la señora?...

—¡Pues ya lo creo!—respondió la doncella, saliendo a su encuentro. A las ocho había vuelto de San Vicente, de tomar la ceniza.

—¿La ceniza?...

—Sí, señorita... Hoy es Miércoles de Ceniza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Ritita, riendo como una loca. ¡Yo no me acordaba, sino de que ayer fué carnaval!... ¿Y dónde está la señora?...

—En el *costurero*, firmando los bonos de la Conferencia... ¿Quiere usted que le avise?..

—¡No! ¡no!... ¡Buen susto le vamos a dar entrando de puntillas!—exclamó Ritita, con el más infantil de los alborozos.

Y echando a correr, seguida de sus primas y precedida de su perra, llegaron a un gabinetito redondo, que llamaban el *costurero*, porque allí solía hacer labor la señora condesa. Por la abertura del *portière* entreabierto, veíase sentada, junto a una antigua mesa de costura, con gran bolsón de raso amarillo, a una señora de más de cincuenta años, alta, gorda, bigotuda, con el pelo gris sencillamente peinado, y vestido un modesto traje de hábito del Carmen. Tenía delante un montón de papelitos impresos con el sello de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y rellenaba los huecos en blanco que en ellos había, con nombres de pobres que copiaba de una lista; añadía después partidas tales como : *Un puchero.—Dos raciones de tocino.—Tres de carne.—Cuatro de garbanzos*, etc., y firma-

ba, por último, con letras del tamaño de aquellos : *La Presidenta, Condesa Viuda de Santa María.*

Ritita se adelantó de puntillas a mirar por entre las cortinas, mientras las dos primas se adelantaban también, de mala gana Blanquita y sin abandonar su empaque de maniquí la de Peralta.

Ritita se apartó de la puerta conteniendo la risa, y haciendo retroceder a las dos primas hizo ademán de decirles algo muy quedito; mas antes, fijándose de repente en una chimenea de mármol que allí había, metió un dedo en la ceniza apagada y se puso un tiznoncito en la frente, entre los ricitos postizos que la adornaban. Blanca la miraba absorta, y Adelita se echó a reír, diciendo :

—¡Ah, pícara!...

—¡Calla! —replicó Ritita, amenazándola con el abanico; y en voz muy baja añadió:— La tía tiene buena cara, y estoy segura de que no ha descubierto lo de los relojes... Con que vamos adentro, que yo me encargo de ponerle el cascabel al gato. A todo cuanto yo diga, dicen ustedes *amén;* y si la tía...

—¡No, hija, no! —le interrumpió Blanquita con enfado—. Lo que es yo, no digo mentiras.

—¡Ya salió la santa! —replicó impaciente Ritita—. ¡Yo no digo mentiras!... ¿Te van a

salir manchitas en las uñas, o temes que te lleven los diablillos?...

—No, señor, ¡yo no digo mentiras! —repitió con más firmeza Blanquita.

—Pero, criatura, mañana te hartas de pan bendito, o tomas un baño en la pila de la iglesia, y quedas ya perdonada.

La de Peralta levantó los ojos al cielo, y dijo desabridamente:

—¡No puedo con estas santas modernas!... Siquiera las antiguas se iban a un desierto, y nos dejaban en paz a las que no lo éramos. ¿Para qué has venido entonces, *pajuata?*

—¡Porque ustedes me han traído!...

—Pues ya que estás aquí —exclamó Ritita agarrándola por la mantilla—, te callas por lo menos... Mira que, como me salgas con alguna de tus sandeces, le digo a la tía que Ramiro Pérez te ha escrito tres cartas...

—¡Pero yo no le he contestado ninguna!— gimió Blanquita, haciendo pucheros.

—¡Sí, sí, ninguna!... Si sabré yo lo que son estas mosquitas muertas —replicó Ritita, volviendo la espalda con gesto amenazador, y pisando sin querer la pata de su perra... Ésta lanzó un aullido lastimero. Ritita exclamó con angustia:—*¡Hija mía!*—y la perra corrió en tres pies al gabinete, refugiándose entre las faldas de la señora condesa. Asustada ésta,

dió un respingo, tiró la pluma, sacudió por primera providencia un sopapo al animalejo, y reconociéndolo al fin, a través de sus gafas de oro, dijo sorprendida :

—¡Calla!... ¡Pues si es Nana, la perra de Ritita!...

¿Se va enterando el lector?... *¡Nana* se llamaba la perra de Ritita... regalo infantil de su primo Candidito!

II

Era la condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles; su corpulencia, su bigote, su vocejón de bajo profundo le habían conquistado entre los no escasos burlones de la meridional X.** el nombre de *El Sargento Santa María*. Mas a pesar de su marcial apodo, tenía la condesa un corazón de merengue, de cuyo dulce jugo chupaban a mansalva desgraciados y parásitos; su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas o fingidas, y su casa de par en par para diversión de amigos y parientes; porque Dios, que había negado a esta señora la bendición de los hijos, de tal manera la había favorecido con la plaga de los sobrinos, que pasaban de veintisiete los que se disputaban el honor de llamarla *tití Rosa*.

Vástago de una de las familias más ilustres de Andalucía, había visto transcurrir los años de su vida en la dicha más envidiable, sucediéndose un día a otro día con la uniforme tranquilidad con que pasan las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen; pero por esa extraña aberración del espíritu humano, que nos lleva a poner nuestro amor propio en aquello de que más carecemos, tenía la condesa una manía, que engendraba en ella su santo afán de socorrer a los desdichados y su necio prurito de divertir a los felices. Nerón ponía su amor propio en tocar la flauta, Richelieu en hacer versos, la condesa en creerse la mujer más desgraciada del orbe y poder decir, como otra Dido, entre colosales suspiros, que hacían oscilar las lámparas de su gabinete: *¡Non ignara mali miseris succurrere disco!...* (1). Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazón igual placer en socorrer a un desvalido diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir!, que en dar un baile, exclamando entre suspiros: ¡Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan!

Educada por otra parte en esa casta atmósfera de la mujer honrada, tipo común en la

(1) Conocedora de la desgracia, sé socorrer a los desgraciados.

española rancia, que pasa de doncella a esposa y de esposa a madre de familia, sin adivinar nunca las asquerosas profundidades de la galantería masculina, parecíanle otras tantas parejas de Luises Gonzaga y Rosas de Lima aquella brillante juventud que poblaba sus salones, y mirando de cuando en cuando el alegre cuadro desde la mesa de tresillo, que por nada ni por nadie abandonaba, decía suspirando:

—¡Angelitos!... ¡Cómo se divierten!... ¡Así debía de ser ahora mi pobre Mateo!...

Porque la catástrofe de la vida de la condesa, la gran pena que no alcanzaba a borrar de su corazón la suave esponja del olvido, era el prematuro nacimiento de un esclarecido varón, que hubiera debido perpetuar la ilustre casa de Santa María. Nególe la Iglesia el bautismo por no encontrar en él suficiente sujeto; mas su madre le puso el nombre de Mateo, que era desde tres siglos antes el de los primogénitos de la casa, y cual Artemisa a Mausoleo en el famoso sepulcro, depositó al malogrado vástago en un tarro de espíritu de vino. Allí esperaba en vano la resurrección de la carne el heredero de los Santa María, mientras su madre ponderaba a todas horas la hermosura, las gracias y las virtudes morales y cívicas de su malogrado Mateo. Des-

de entonces la condesa se vistió un sencillo hábito del Carmen, que jamás abandonaba, y nunca dejó de firmarse en cuantas cartas escribía: *Su desgraciada amiga*, la condesa de Santa María.

Unidas estas circunstancias a un españolismo raro en las señoras de su clase, a un orgullo de raza muy común entre ellas y a un fondo de piedad bien intencionada, aunque no siempre bien dirigida, a nadie extrañará que la señora condesa madrugase para tomar la ceniza después de una noche de baile, y se entretuviese las horas muertas en disponer por su propia mano los bonos de la Conferencia.

Habíala sorprendido en esta ocupación la perra de Ritita, y detrás de ella entraron en el gabinete las tres primas, diciendo en coro:

—Buenos días, tití Rosa... ¿Ha descansado usted?

La condesa se quitó sus gafas de oro, y dijo con su vocejón de bajo profundo:

—¿Pero qué es esto?... ¿Tan temprano han abierto hoy el manicomio?

—¿Temprano? —replicó Ritita haciendo arrumacos y sentándose en un taburete a los pies de su tía, después de darle tres ruidosos besos. A las ocho habíamos tomado ya la ceniza en San Isidoro...

Blanquita se santiguó, espantada, al oír tan descarada mentira, y la de Peralta, tirándose de la mantilla, dijo con la mayor frescura:

—Ya ve usted si aprovechamos bien el tiempo, titita.

La condesa se sonrió, complacida de la piedad de las niñas, y notando el tiznón de ceniza que Ritita traía en la frente, exclamó con una carcajada, que recordaba las notas más profundas de Lablache o de Selva:

—¡Ya conoció el cura la buena pieza que tenía delante, y por eso te apretó la mano de firme!... Mírate, mírate en el espejo.

Ritita estiró el cuello para mirarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol, y limpiándose con el pañuelo, dijo muy indignada:

—¡No me extraña!... Una canasta llena de ceniza necesitaba yo para humillarme hoy... Le aseguro a usted, titita, que en toda la noche he dormido de rabia.

—¿De rabia?... ¿Pues qué perro te ha mordido, hijita?...

—¡El cursi del Gobernador!... ¡Ese es el perro que me ha mordido a mí, y a usted, y a todos los que estuvimos anoche en su casa!...

—¿Pero qué ha pasado, hija?—exclamó atónita la condesa.

—¡Nada, nada ha pasado!—replicó Ritita

con rabiosa ironía... Que anoche dijo en pleno casino ese Gobernador Sancho Panza, que él apostaba su bastón de mando a que no volvíamos a bailar el minué a la española... Que eso era una manifestación en contra del poder constituído, y que tenía él bigotes para llevar a la cárcel a la condesa de Santa María.

—¡Y meterla en un cepo!—añadió la de Peralta, empinando el dedo, y alargando, sin descomponerse la mantilla, su largo cuello de cisne.

La condesa se puso negra de ira, como si la azulada sangre de cien generaciones de Santa Marías se le hubiese agolpado al rostro, y Ritita, temiendo haber ido demasiado lejos, añadió algo turbada :

—Lo del cepo no estoy cierta si lo dijo.

—¡Sí, titita, sí!... ¡En un cepo dijo!—afirmó la de Peralta, con la lengua y con el abanico.

—¿Pero harían alguna imprudencia esos muchachos allá en el *buffet*?—dijo al fin la condesa un poco azorada. Tira de la campanilla, Blanca... dile a Martina que avisen volando a don Recaredo... Es fácil que con el champagne se les haya ido la lengua a esas criaturas... Don Recaredo debe saberlo.

Don Recaredo era el hombre de confianza, el amigo íntimo de la condesa, a quien encar-

gaba ella la vigilancia de la juventud dorada que admitía en sus salones.

—¡No, tití, no!—insistió Ritita. Si eso fué antes... Es que el Gobernador se muere de rabia porque se negó usted a recibir a su niña, y no puede alternar con nosotras la muy cursilona.

—¡Es un cursi, titita, es un cursi!—chillaba la de Peralta, sacudiendo el abanico.

—¡Pero, señor!—exclamó la condesa, aturdida y sofocada. ¿En qué país vivimos?... ¿De modo que yo no puedo hacer en mi casa lo que me da la gana, sin que venga un Gobernador de monterilla a meterme en un cepo?... ¡Pues lo veremos, sí, señor, lo veremos!...

Y figurándose la condesa que aplastaba al Gobernador, aplastó con su poderoso puño los bonos de la Conferencia. Las dos primeras cruzaron entre sí una rápida mirada, y mientras la de Peralta repetía en todos los tonos de la escala—¡Es un cursi, tití, es un cursi!—añadía Ritita con el mayor entusiasmo:

—¡Eso es, tití Rosa!... ¡eso es lo digno!... ¡Duro contra duro!... ¿No quieres coles?... ¡El plato hasta arriba!...

—¡Pues no faltaba más, sino que tuviera que llevar el visto bueno de un zascandil cualquiera, lo que se baila en mi casa!... ¡Y

hablarán luego de la Inquisición esos liberalones descamisados!... Pues yo le prometo que se bailará el minué, y hasta el fandango, si es preciso... ¡Y se bailará a la española, y con casaca y peluquín, y si se me antoja, me vestiré yo misma aunque sea de mameluco!... ¡Pues no faltaba más!

A Blanquita Peláez le entró tal risa al figurarse a la monumental señora vestida de mameluco, que rompió a reír sin miramiento alguno, con gran indignación de Ritita.

—¡Esta Blanca tiene sangre de horchata!—dijo. ¿A qué viene esa risa?...

—Como dice tití que se va a vestir de mameluco—balbuceó Blanquita. Y volvió a reírse con mayores bríos.

—Déjala que se ría—replicó la condesa, esforzándose por reír ella misma. Si el caso es de risa... Si yo me río también de que ese embeleco de Gobernador haya venido a tropezar con la horma de su zapato... Ya verás; ya verás cómo le hacemos perder en la apuesta su bastón de mando y nos sirve para palo de una escoba.

Las dos primas se miraron de nuevo, como diciendo: Esta es la ocasión—y Ritita dijo vivamente:

—¡Ese es el golpe maestro, tititá!... Es menester dar otro baile.

—Y bailar el minué, aunque venga la partida de la Porra.

—¡La recibiremos con la del Porro, y saldrá con las manos en la cabeza!—dijo marcialmente Ritita, esgrimiendo el abanico.

—Nada, titi, nada... ¡Es menester otro baile!... Es cuestión de gabinete.

—Cuestión de honra.

—Lo pide el honor *du drapeau*...

—¿Pero cuándo?—exclamó la condesa, vacilante... Si estamos ya en Cuaresma...

—¡Pues el domingo de Piñata—exclamaron a un tiempo las dos primas, con la avidez del jugador que tira el último dado.

La condesa abrió la boca para contestar; las dos primas alargaron ansiosas el cuello para oír... y las tres se quedaron mudas. Había entrado en el gabinete, sin que nadie lo anunciase, un clérigo muy viejo, que cojeaba al andar, traía las gafas en la punta de la nariz, el sombrero de teja en la mano izquierda, y entraba echando bendiciones con la derecha a diestro y siniestro.

La tía y las sobrinas se quedaron estupefactas: oíase tan sólo la risa comprimida de Blanquita, que se figuraba entonces a titi Rosa camino del cepo, vestida de mameluco, y capitaneando la partida del Porro. Ritita se levantó violentamente del taburete al entrar el

clérigo, y fué a sentarse en un rincón, con gesto de enfado. Allí se puso a hacer un muñeco con su pañuelo de batista.

—Pero don Rufino—dijo al fin la condesa, rompiendo el silencio, entre colérica y sorprendida. ¿Lo han hecho a usted obispo o viene cazando moscas?...

—¿Obispo a mí, señora condesa?—replicó el clérigo, con un tono compungido que movía a risa. ¡Jesús, señora, qué disparate!... ¡Ave-María Purísima!... ¡Obispo un pobre capellán de monjas!... Eso sería poner la mitra a Zamama, el demandadero del convento.

—Como viene usted echando bendiciones...

—Por si quedaba por ahí algún diablo de los del baile de anoche, señora condesa... Por eso nada más; créame usted... Nada más que por eso...

A la condesa se le atragantó el chiste del capellán, y replicó bruscamente :

—Pero, don Rufino... ¿Se ha pensado usted que a mi casa se viene a ofender a Dios?... ¿Qué gente se figura usted que yo recibo?...

—¡Jesús, señora; Ave María Purísima, qué disparate! —replicó el clérigo, sentándose tranquilamente—. ¿Quién había de pensar eso?... ¿Si sabré yo la gente que recibe la condesa de Santa María?... El que menos es duque de *Ora pro nobis*...

La importuna risa de Blanquita brotó de nuevo, como el chorro de una fuente intermitente, y volvió a cesar ante una furibunda mirada de su tía. El clérigo se terció el manteo sobre las rodillas, colocó encima el sombrero de teja, cruzó las manos sobre éste, y fijando por encima de las gafas su mirada, aguda como la punta de una lanceta, en las tres primas, dijo muy sosegado en su tono lastimero :

—Pues sí, señora... Leí yo en un libro viejo que el diablo no perdía un baile. Vamos, que le gustaba la danza... Y allá uno de los Padres antiguos del yermo vió una vez que cada señora llevaba un diablo sentado en la cola del vestido, y lo iba paseando... ¿Estamos?... Y cuando entré por esas puertas, me dije : ¡Sabe Dios cuántos se habrán quedado descarriados por debajo de los muebles!... Pues con un par de bendiciones desencanto yo la casa; y cate usted ahí por qué las venía echando...

La risa de Blanquita se escapó de nuevo de sus carrillos, hinchados a fuerza de aguantarla, haciendo exclamar a la condesa coléricamente :

—¡Pero qué pesada estás, Blanca!... ¿Se podrá saber a qué viene esa risa?...

—Como decía usted que se iba a vestir de mameluco...

—¡Calla! —gritó la condesa con tal brío, que hizo a Blanquita pegar un salto en el asiento.

El clérigo volvió a mirarla de nuevo por encima de las gafas, y dijo :

—Deje usted que se ría la niña; esos son los pocos años...

Y mirando a Ritita del mismo modo, añadió :

—Mire usted cómo su mamá está muy seria...

Ritita dió otro brinco al oírse colocar en la categoría de las mamás, y de tal manera se crisparon sus nervios, que estiró los brazos del muñeco hasta colocarlo en la familia de los orangutanes. Hubiérase podido poner los zapatos sin doblar las rodillas.

—¿Pero qué está usted diciendo de madres y de hijas? —dijo impaciente la condesa—. ¿Pues no conoce usted a Ritita, mi sobrina... la hija de mi primo Claudio?...

—¿De veras? —exclamó el clérigo asombrado—. ¿Pero quién lo había de pensar?... ¡Jesús y cómo ha crecido!... ¡Qué disparate!... Sea para bien, doña Ritita... por muchos años... ¿Y está bueno papá?... Pero, señor, si me parece que fué ayer cuando la vi nacer,

como quien dice... ¡Friolera!, y hace ya treinta y cinco años... Como que fué el año treinta y siete, por mayo, justamente el día...

Ritita se puso en pie de un salto, como si le hubiesen aplicado una pila de Volta, al oír que el imprudente clérigo ponía en claro la discutida fecha de su nacimiento. Descuartizó convulsamente el muñeco, como Medea a sus hijos, y dijo con la voz ronca de la ira comprimida :

—Adiós, titita; voy al jardín a ver los pavos reales.

—Y que vayan contigo Adela y Blanca— contestó la condesa presurosa—. Tengo yo que hablar con don Rufino.

Las tres primas salieron juntas, y nada dicen las crónicas de lo que entonces sucedió entre ellas. Consta, sin embargo, que Ritita estuvo aquel día a dos pasos de atropellar, en la persona de don Rufino, el famoso canon : *Si quis, suadente diabolo...*

En cuanto al clérigo, si es cierto aquello de que, por regla general, son tontos todos los que lo parecen, más la mitad de los que no tienen cara de tales, debía de ser una taimadísima excepción de la primera parte del apotegma.

III

—¿Pero me querrá usted decir, don Rufino de mis pecados, qué gusto saca de hacer rabiar a todo el que encuentra en mi casa?— exclamó colérica la condesa—. El otro día le tocó a don Recaredo, hoy a Ritita.

—¿Yo, señora?... ¿Yo?...

—¡Usted, sí, señor, usted!... Que parece que no rompe un plato, y se ha propuesto darme un sofocón cada vez que viene a mi casa.

El clérigo dijo para su sotana:—No es la banderilla que puse a Ritita la que a ti te ha punzado— y contestó con el más compungido de sus tonos.

—Pues lo que es hoy, señora condesa, venía porque la Madre Priora...

—Ya le envié ayer veinticinco duros por la obra del coro... Con que déjese usted de Prioras, y conteste a lo que le pregunto.

—Pues justamente porque le decía a usted en la carta que iban veinticinco duros, y venían cincuenta, es por lo que vengo a devolverle de su parte los veinticinco que sobran.

Y al decir esto el capellán, presentaba a la condesa un cucuruchito de monedas de oro.

—Que los guarde para vino de misas... y

no se me escape usted por la tangente... ¿Qué significa la mojiganga de las bendiciones que venía usted echando?

El clérigo dijo para sí:—Ahí es donde a ti te escuece—. Y enarcando las cejas, y estirando los labios con el aire más cándido del mundo, contestó :

—Pues si ya lo dije, señora... Por si había quedado algún diablillo...

—No se me haga usted el tonto, que nos conocemos de muy antiguo, y sé que tiene usted más conchas que un galápago... Siempre me está usted tirando pullitas sobre los bailes y las tertulias... ¿En qué libro viejo ha leído usted que el diablo no falta a ningún baile?

Don Rufino se dió una sonora palmada en lo alto de su pelada cabeza, y dijo muy serio :

—En éste, que lleva ya setenta y dos años de impreso.

—¿Pero qué idea tiene usted de lo que es un baile, don Rufino bendito?... ¿Ha visto usted alguno en su vida?...

—Por el derecho, ninguno... Por el revés, muchos...

—¿Y quiere usted decirme cuál es ese revés y cuál es ese derecho?...

—El derecho es lo que usted ve en su casa; el revés lo que veo yo en el confesonario...

La condesa se quedó un momento pensativa, y dijo luego, moviendo la cabeza con cierto aire de duda y de desdén disimulado:

—Veo que no conoce usted la clase de gente que recibo yo en mi casa.

—Supongo que serán hombres y mujeres.

—¡Pues claro está que no han de ser gatos y gatas!

—Pues si son hombres y mujeres, hágase usted cuenta que por algo se dijo que

Entre santa y santo,
Pared de cal y canto,

—De modo que, según ese libro en que usted lee, debe haber en los salones, en vez de intercolumnios, muros de mampostería que separen a los dos sexos.

—Precisamente.

—¿Pero por qué?... ¿por qué?...

—¡Señora!... ¡Porque los enemigos del alma no son mundo, demonio y... mazapán!

La condesa volvió otra vez a quedarse parada, como esforzándose por comprender, y el clérigo, variando de repente de tono y de gesto, dijo con vigor y hasta con elocuencia:

—¿Ha visto usted esas manzanas que se crían a orillas del mar Muerto?... Tienen una cáscara brillante y dorada, y dentro una ceniza asquerosa y amarga... Pues la cáscara es

lo que usted ve en su casa, y la ceniza lo que veo yo en el confesonario... La cáscara es la exquisita finura, las conveniencias sociales que se guardan por fuera; la ceniza las asquerosas miserias, las innumerables ofensas a Dios que se cometen por dentro, señora, por dentro!...

—¡Ave María Purísima, don Rufino!... ¿Qué está usted diciendo?...

—Lo que usted oye, señora condesa... Si a todos sus tertulianos de usted les salieran de repente a la cara los pensamientos que llevan en el corazón, apuesto ciento contra uno a que no era la bondadosa, la cristiana condesa de Santa María la que daba más bailes... Si todas esas pobrecitas jóvenes que acuden a ellos pudieran ver por un instante lo que piensa el galán que le sirve de pareja, cierto estoy de que la mayor parte de ellas huirían aterradas.

—Pero, señor, eso podrá suceder entre una gentuza cualquiera; pero no entre personas tan distinguidas como recibo yo en mi casa.

—Tan de barro está hecha la porcelana del Japón como los cacharros de Triana...

—¡Pero por María Santísima, no exageremos, don Rufino!... ¿Qué idea tiene usted de lo que es un caballero, de lo que es una seño-

ra, de lo que es una inocente reunión en que se divierten los jóvenes?...

—¿Quiere usted que se lo diga clarito, pero clarito?...

—Sí, señor... Ese es mi fuerte: las cosas claras y el chocolate espeso.

—Mire usted, que le va a saber a cuerno quemado...

—Don Rufino —dijo la condesa con cierta dignidad lastimera—. Hartas pruebas tengo dadas en mi desgraciada vida de que sé sobreponerme a las penas más dolorosas... Cuando la muerte de mi hijo Mateo...

El clérigo se apresuró a atajar a la condesa, que no obstante la grevedad de la discusión se disponía a improvisar una biografía del malogrado Mateo, y dijo vivamente:

—Pues oiga usted, y no se asuste... Todas esas reuniones de jóvenes que se divierten, no son pecaminosas de suyo... ¿Pero sabe usted lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitución moral, en que no se prostituyen los cuerpos porque no se puede, pero se prostituyen las almas con el deseo. A eso acuden a ellas la inmensa mayoría de esos caballeritos que a usted le parecen Luises Gonzaga... Juzgue usted del papel que le corresponde a la buena alma que franquea su

casa para estos inocentes desahogos... sobre todo si es una pobre vieja que nada gana en ello personalmente.

La condesa se mordió los labios y se agitó en su butaca, como un oso blanco a quien aplicara el domador un hierro candente; pero el clérigo, sin darse por entendido, prosiguió con igual viveza:

—En cuanto a las mujeres, son otra cosa, y pueden, por decirlo así, dividirse en tres grupos... Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes a los hombres, aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor a un escándalo que más tarde o más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algún cándido marido que le sirva más tarde de editor responsable. Las hay, y éstas son las más numerosas, que no acuden a estas reuniones atraídas por la sensualidad, sino por la vanidad, por la vanidad de los trapos y del lujo; no vienen a ver, sino a ser vistas, a lucir un pingajo nuevo que les atraiga la admiración y las lisonjas de ellos, y la envidia y la malevolencia de ellas. Éstas no son malas, pero son necias. Y las hay, finalmente, como esa pobre niña que se reía aquí hace poco, que vienen porque las traen... Éstas son inocentes instrumentos de que se vale el demonio para lograr todos

esos otros fines: materia inconsciente que sirve de pasto a la liviandad de los galanes; pobres ángeles que juegan con el infame que en su interior mancilla su pureza con la misma candidez con que jugaría un niño con la serpiente venenosa que mansamente le halaga... ¿Y quiere usted que le diga más? Pues de este número, señora condesa, no ha salido usted al cabo de sus cincuenta años y pico... Y esto, que tanto la honra, es justamente lo que causa su desdichada ceguera; porque no hay virtud, por hermosa que sea, que fuera de tiempo y sazón no pueda convertirse en vicio; y la candidez y la inocencia, con ser tan bellas, son primas hermanas de la tontería... ¡Sí, señora condesa, de la tontería!...

La voz de la señora parecía haberse ocultado en las extensas cavidades de su anchuroso pecho, negándose a acudir a la garganta; quiso hablar, pero el clérigo le atajó la palabra, diciendo:

—A todo este conjunto le llama el mundo galantería, inocente coqueteo, expansiones de la juventud, etc... Pero la moral, señora, la ley de Dios, que condena lo mismo el pecado de pensamiento que el de obra, lo mismo el pecado del que induce que el del que coopera, lo llama libertinaje del espíritu, prostitución de las almas... Vea usted ahora, señora mía,

con cuál de estas dos luces quiere iluminar sus salones... Si con la del mundo, déjelos abiertos; porque, con ser tan malévolo el mundo, poco o nada encontrará en ellos que censurar según su criterio. Si con la de Dios, ciérrelos al punto, porque aparecerán entonces en ellos muchas, pero muchas inmundicias!...

La condesa resolló, como si el aire faltase a sus pulmones, y dando el clérigo un poco de aliento a los suyos, prosiguió :

—Me dirá usted que mil razones sociales exigen, por lo menos, la tolerancia del trato de esta especie, entre hombres y mujeres... No lo negaré en absoluto, por más que rotundamente lo niego en muchos casos concretos; pero mientras la malicia de los hombres haga de este trato una verdadera prostitución moral, la conciencia tiene que someterlo a la ley de todas las prostituciones... Y sepa usted, señora condesa, que los moralistas que no niegan al Estado la tolerancia de casas infames, prohiben al individuo arrendar las suyas para tan asquerosa industria, sin razones poderosísimas, muy difíciles de encontrar... Crudo es decir que aplique usted el cuento a los bailes de su casa, pero haciendo la conveniente rebaja, no hay más remedio que aplicarlo, señora mía... Que esto es duro de

decir... ¡Durísimo!... que es asqueroso de oír... ¡Asquerosísimo!... Pero si no se oye la verdad a gritos, fuerza será decirla a cañonazos; y lo que está usted oyendo es la verdad, señora; la verdad pura, desnuda, dicha a cañonazos... Y si duda usted de que lo sea, pregúntelo, no a ellas, que son en su mayor parte tan ciegas como lo es usted misma... Pregúntelo a ellos, a ellos, que son los que ven la función entre bastidores...

Y aquí se calló el clérigo, cepillando con la manga de la sotana los encrespados pelos de su sombrero de teja. La condesa quiso hablar, y dió un bramido; quiso resollar, y la cólera la ahogaba. Llevóse, al fin, las manos a la cabeza, y con los matices violados de la apoplejía en el rostro, exclamó a retazos:

—¡En mi vida he oído mayores desvergüenzas!... ¡Siempre creí que era usted un saco de rarezas!... pero nunca pensé que un hombre de su saber... de su virtud... que viste ese hábito... que entra en mi casa hace cuarenta años... me insultase de ese modo!...

Señora, usted me ha preguntado y yo he respondido... ¿Qué culpa tengo yo de que la verdad tenga en ciertos paladares el sabor del insulto?

—¡Me quejaré al Arzobispo! ¡Sí, señor, me quejaré al Arzobispo!—exclamó la condesa.

Y la tempestad que bramaba en su pecho se deshizo en lágrimas, como en lluvia se deshacen todas las tempestades. El clérigo se puso de pie, y recobrando de repente su aspecto bobo y su tono compungido, dijo :

—Conque ¿quiere usted algo para la Madre Priora?...

—¡Nada, nada quiero!—gimió la condesa.

—Pues que usted se conserve buena... y cuando tenga un ratito de tiempo, lea la historia de *Gil Blas* y el *Arzobispo de Granada*.

Y volviendo el clérigo la espalda, se dirigió a la puerta, cojeando... Oyóse entonces en el salón vecino una voz destemplada, que gritaba afectuosamente :

—¡Señor don Rufino, mi amigo y dueño!... ¿Usted por aquí?... ¿Y se va usted cuando yo vengo, ingrato amigo?... Pero cúbrase usted, por Dios, mi señor don Rufino, que soplan aquí muchas corrientes... ¡Las corrientes son temibles!... ¿Sabe usted lo que dijo el diablo a Lutero?... ¡Lutero!... ¡guárdate de las corrientes, que me haces mucha falta!...

La voz se desvaneció por un momento, como si se alejase, para despedir a don Rufino, y a poco apareció en el gabinete, seguido de un alférez de húsares, un caballero muy calvo, que entró diciendo, con el gesto de Cicerón en el Senado romano :

—¡Condesa!... Catilina está a las puertas de Roma!...

Y dejando el ronco son de la trompa bélica por el suave tono del pastoril caramillo, añadió, indicando a las tres primas, que en aquel momento aparecían en la puerta de enfrente:

—¿Pero quien teme a Catilina... estando ahí las tres gracias, Aglaë, Pasitea y Eufrosonia?...

Aquel señor era don Recaredo.

IV

Don Recaredo no se llamaba Guzmán, ni Ponce de León, ni Fernández de Córdoba: llamábase simplemente... Conejo. De este notable desnivel, de esta especie de salto lírico que entre su nombre y su apellido mediaba, no le hace responsable la historia; culpa fué de sus padrinos, que sobrellevaba el buen señor con resignación heroica, sin haber intentado nunca ni aun pluralizar su apellido, firmándose con más galanura heráldica: *Recaredo de los Conejos*. Conejo singular había sido su padre, Conejo singular su abuelo, y por una serie de Conejos singulares podía remontarse su ascendencia, a cualquiera de los infinitos conejos que, según

algunos eruditos, pululaban en España, en los tiempos en que Tubal tomó posesión de ella, haciéndola coto redondo.

Con menos pujos, sin embargo, de rey godo, que de humilde lepórido, vivía don Recaredo, pegado como un pobre molusco a la roca monumental de la casa de Santa María. Había sufrido en vida del difunto conde todas sus impertinencias políticas en la lucha de los partidos, y seguía sufriendo las domésticas de la condesa, que le encargaba la superintendencia general de sus salones, y la especialísima vigilancia de sus veintisiete sobrinos. Produjole lo primero un modesto empleo en Rentas Estancadas, y valíale lo segundo el poderoso apoyo de la condesa en todas las mudanzas de ministerio. Agradecido don Recaredo, escribía a cada una de estas una elegía a la prematura muerte de don Mateo, que complacida la condesa iba coleccionando en un álbum.

Porque don Recaredo era poeta, y poeta erudito : sabía de memoria el *Arte de hablar en prosa y verso*, de Hermosilla, y leía diariamente diez páginas del *Diccionario de la Conversación*, que luego recitaba en la tertulia, buscando ocasión oportuna. Hablábase, por ejemplo, de que los jamones extremeños superan en mucho a los gallegos, y don Re-

caredo, haciéndose el distraído, decía de repente:

—¿Hablaban ustedes de los babilonios?...

—No... no, señor... Decíamos que los chorizos de Extremadura...

—Pues jurara que había oído algo de babilonios... Y a propósito de ellos, han de saber ustedes que cuando la ruina de aquel imperio famoso...

Y aquí endilgaba don Recaredo lo que había leído aquel día sobre el reino de Semíramis, afirmando cada vez más su fama de erudito. Satisfecho con estos modestos triunfos, don Recaredo partía su tiempo entre el culto de las Musas y el de las Rentas Estancadas, sal y tabaco, dedicando el resto de su vida a conciliar los extremos opuestos de un problema higiénico-social, más importante para él que el Congreso de Verona; su horror a los constipados y su amor a la cortesía. El primero le llevaba a considerar las corrientes de aire y los vientos colados como los enemigos más temibles de la prole de Adán, y el segundo le inducía a quitar el sombrero hasta los pies, lo mismo al mendigo que le pedía limosna que a la dama que le saludaba desde el coche. Don Recaredo era cortés hasta consigo mismo, y aun al entrar solo por una puerta solía apartarse maquinalmente, como

si quisiese hacer a su sombra el honor de pasar primero.

Mas un día, los pelos de don Recaredo comenzaron a declararse en huelga, y de allí a poco tomó su cabeza el aspecto de un mapamundi, en que hubiera podido estudiar a su sabor las facultades del alma cualquiera de esos discípulos de Gall, que miden a los hombres por las protuberancias del cráneo, como podrían calar por sus vetas a un melón o a una calabaza. El problema tomó entonces a sus ojos tintes más pavorosos que si viera decretar al Gobierno el desestanco de la sal y del tabaco... ¿Cómo exponerse a una pulmonía descubriéndose en la calle a todos los vientos? ¿Cómo renunciar a aquel saludo cortesano, digno del Versalles de Luis XIV, que mataba el sombrero por el ala, y era una manifestación casi gimnástica, de la exquisita finura del que lo hacía?... Don Recaredo se expuso a perder los pocos pelos que le quedaban a fuerza de cavilar, y murmurando al fin el *¡Eureka!* anunciador de los grandes descubrimientos, resolvió ponerse para recorrer las calles una peluca, que se apresuraría a dejar con el sombrero no bien entrase bajo techado, evitando así que el excesivo calor hiciese inútil el remedio.

Rióse grandemente de la ocurrencia la do-

rada juventud confiada a su vigilancia, viendo de continuo la peluca de don Recaredo pendiente de una percha, como una cabellera ensangrentada adornando el wigwan de un piel-roja. Mas don Recaredo, firme en su propósito, llegó a creerlo sobre higiénico prudentísimo, cuando hojeando un día el *Diccionario de la Conversación*, leyó allí la muerte de Esquilo. Paseaba el gran trágico griego por la orilla del mar, las manos a la espalda y al aire la pelada cabeza, que supo concebir el *Agamemnon* y las *Euménides*... Un águila, que había arrebatado a una tortuga entre las garras, se cernía en el espacio, buscando una roca contra que estrellar su presa para devorarla luego; parecióle la blanca calva del poeta un picacho de mármol, y dejóle caer encima la tortuga, acabando con esta tragedia la vida del que con tantas otras había maravillado a la culta Atenas. Don Recaredo, al leer esto, dió una gran palmada en el libro, y dijo, con la expresión de susto del que acaba de correr un grave riesgo:

—¡Anda!... ¡para que te vayas por esas calles de Dios con la calavera al aire!... El día menos pensado viene un pajarito y ¡paff! te aplasta con una tortuga... ¡Y que no he visto yo en la Giralda cernícalos capaces de cargar con un vapor del muelle!... ¡La

Virgen de los Reyes me ha protegido... ella me inspiró la idea de la peluca!

¡Pobre don Recaredo! Aun nos parece ver su redonda carita, flanqueada por dos estrechas patillas grises, que encerraban, como dos paréntesis a una frase, sus ojitos tiernos, su encarnada nariz difamadora injusta de sus sobrios gustos, y su boca hendida y siempre en movimiento, como una válvula de seguridad que le permitiese desprenderse del exceso de plenitud del *Diccionario de la Conversación*, que se albergaba en su cráneo... Y sin embargo, don Recaredo ya no existe... La tierra se tragó al cantor de Mateo, sin que su nombre se escribiese en el Parnaso: la tumba sepultó para siempre al probo empleado en Rentas Estancadas, sin que el Estado recompensase su honradez depositando sobre su tumba un montoncito de sal y un cigarro del estanco.

Sirva de disculpa esta doble ingratitud a la pesada complacencia con que nos hemos detenido al hablar de don Recaredo. Pero ¿qué lector será tan intolerante que no nos permita esta prueba de cariño al insigne vate que tantas veces provocó nuestra risa?... Cuando los años comienzan a hacer largo el desierto del pasado, experiméntase un triste placer al recordar a las personas que nos marcan,

como las señales que deja atrás el caminante, el sendero recorrido en este valle de lágrimas... Cuando la vista no descubre en torno sino horrores y miserias, deléitase el ánimo deteniéndose, triste a la vez que risueño, ante esos tipos que reúnen a la sencillez más honrada las más inofensivas ridiculeces...

V

La de Peralta y Ritita clavaron ansiosas los ojos en el rostro de la condesa al entrar en el gabinete, y se miraron consternadas al notar la tempestad que se reflejaba en la cara, redonda como la luna llena, de la ilustre señora. Indudablemente se había llevado don Rufino entre sus garras las promesas del baile de Piñata, que con tanta habilidad habían arrancado ellas a la condesa. El húsar se acercó a ésta, y estrechándola con familiaridad la mano, le dijo :

—¿Qué tal, tía Rosa?

Recordóle a la condesa el apuesto militarito aquellos Luises Gonzagas a quienes el cruel don Rufino acababa de arrancar la vestidura mística, y contestó secamente :

—Bien, Candidito.

Acercóse entonces el húsar a las tres jóve-

nes, saludándolas con llaneza de primos, y a poco hablaba en secreto con Ritita, a espaldas de todos: ella hacía mohínes de enfado, él gestos de protesta; ella se apoyó en su abanico, como en su clava el Hércules Farnesio, él le quiso quitar una plumita de pavo real que traía en la boca a guisa de cigarro; ella le pegó con el abanico, él se echó a reír; ella sacó una carta, él la fué a coger... En el mismo momento volvió la cara Blanquita; pero ya Ritita y Candidito miraban extasiados un cuadro bordado en sedas de colores que pendía de la pared. Era un cuadro muy curioso: habíalo bordado la condesa el año treinta, y representaba a una negra fumando en su pipa. Ritita decía a Candidito:

—¡Mira... mira cómo humea!...

—¿Vas a aprender a bordar, Cándido?— preguntó Blanquita con malicia.

Si tú me enseñas, primita, me comprometo a bordarte unas babuchas —replicó el alférez.

Mientras tanto, don Recaredo había dado dos pasos al frente, y bajando algo los bríos de su acento, al notar el encapotado rostro de la condesa, repitió de nuevo su culto grito de guerra:

—¡Catilina está a las puertas de Roma!...

La condesa, que era poco erudita y no ha-

bia salido aún del estado de exaltación en que la dejó don Rufino, replicó bruscamente:

—¿Pero que no ha de abrir usted la boca para decir dos palabras sin que suelte tres nombres raros?... ¿Quién es esa Catalina y qué tengo yo que ver con que haya ido a Roma?...

—Pero si no es Catalina, señora —contestó don Recaredo con la mayor mansedumbre—. Es Catilina... Ca-ti... ¡tití!... li-na... hombre feroz, revolucionario, amadeísta como quien dice, del tiempo de Cicerón, que levantó una milicia nacional...

—¡Pues mire usted! —exclamó la condesa con furia, acordándose de las amenazas del gobernador, que juntamente con don Rufino tenía montado en la punta de las narices—. Bastantes amadeístas tenemos por acá para que venga usted a colgarnos los del tiempo del rey que rabió.

—Pues justamente por eso plagiaba yo la frase del orador romano —replicó vivamente don Recaredo—. Porque lo mismo que el amadeísta Catilina amenazó a Roma, el amadeísta gobernador *(Gardingo*, como se diría en el siglo VIII), amenaza al palacio de Santa María.

La de Peralta no pudo contener una extraña sonrisa, que cubrió con el abanico; Ritita dió

con el codo a Candidito, y todos exclamaron al mismo tiempo con gran interés:

—¿Pues qué sucede?...

—¿Qué sucede? —replicó don Recaredo con voz pavorosa, sacando lentamente del bolsillo una carta abierta—. Cuando recibí su recado de usted mandándome llamar a toda prisa, me preparaba yo a venir con la misma para dar a usted cuenta de este documento...

Don Recaredo desplegó la carta con gran solemnidad, calóse los quevedos majestuosamente, y dijo:

—Oigan ustedes el anónimo que he recibido por la mañana.

«Señor don Recaredo, etc.

»Me consta positivamente que el gobernador de esta ciudad está dispuesto a prender a la señora condesa de Santa María si vuelven a repetirse en su casa los escándalos antidinásticos del martes de Carnaval. Como usted es la persona de confianza de dicha señora...»

Aquí don Recaredo hizo un profundísimo saludo, que desmontó de su nariz los espejuelos, y dijo casi conmovido:

—En lo cual tengo mi mayor honra...

Y volviéndose a poner los lentes, prosiguió:

«...Como usted es la persona de confianza de dicha señora, podrá comunicarle este avi-

so, para quitarle las ganas de organizar conspiraciones. Creo que la señora condesa no volverá a tener semejante atrevimiento; pero, por si acaso reincide, sepa ya que está avisada, y aténgase luego a las resultas.»

«Un amigo de la paz y de la dinastía.»

Conticuere omnes!... Callaron todos..Don Recaredo, pálido y sobrecogido, como el artillero novel que por primera vez dispara un cañonazo, miró a todos los circunstantes, que parecían abrumados cada cual por el peso de un pensamiento distinto... Una intempestiva gana de reír acometió entonces a Blanquita: la imagen de tití Rosa vestida de mameluco tornaba a revolotear en su imaginación como un geniecillo maléfico; volvió a todos la espalda para conjurar mejor su importuna influencia, y se puso a sacar un ojo con la uña a un mofletudo niño que aparecía pintado en la pantalla de la chimenea.

—¿Lo ve usted, titita?... ¿Lo ve usted? —estalló al fin la de Peralta, accionando con el abanico—. ¡Lo que nosotras decíamos! Ritita se levanto erguida, como una Némesis ofreciendo venganzas, y exclamó:

—¡Titita!... Es menester dar otro baile, y tirarle a la cara al gobernador una esquela de convite...

—¡Eso es! ¡eso es!... Convidarlo a él mismo.

—Y bailar el minué delante de sus narices.

—¡Así verá con qué personas trata!

—Y el miedo que nos dan sus amenazas.

—¡No hay remedio, titita, otro baile!

—¡Otro baile!... ¡otro baile!

Y tal algazara armaron las dos primitas, el primito y don Recaredo, que puesto de pie extendía las manos repitiendo el verso de Dante: —*Io vo gridando pace, pace, pace*— que sofocada la condesa, exclamó, tapándose los oídos:

—¿Quieren ustedes callarse y no aturdirme?...

—¿Quién ha escrito esa carta?— añadió con voz formidable, dirigiéndose a don Recaredo.

—Pues un amigo de la paz y de la dinastía —respondió el cantor de Mateo, mostrando la firma.

—¿Pero quién es ese amigo de la paz, que tal gresca levanta en mi casa?

Don Recaredo se puso un dedo en la punta de la nariz, y dijo, abriendo mucho los ojos:

—Sospecho... ¿qué digo sospecho?... Juraría que este tiro viene de...

—¿De quién?

—¡Del mismo Gardingo!— concluyó don Recaredo, creyéndose en el siglo VIII.

—Pero, hombre de Dios, ¿hablará usted claro alguna vez en su vida?... ¿Quién es Gardingo?

—¡El gobernador, señora, el gobernador! —replicó prontamente don Recaredo, tornando al siglo XIX.

—Para mí es eso evidente— opinó Candidito.

—Apostaría las narices, sin miedo de quedarme chata —dijo Ritita.

—¡Es un cursi, tití, un cursi!— repitió por centésima vez la implacable Peralta.

—Lo único que me hace dudar— dijo don Recaredo— es que tiene la carta una ortografía detestable... Vea usted, añadió, mostrándola: no escribe *confianza*, sino *confianca*...

Candidito y Ritita se miraron azorados, como si fuesen responsables ellos de la detestable ortografía del señor gobernador, y el alférez dijo al fin, cruzando una pierna sobre otra:

—¡Bah!... ¿Se asusta usted de que un gobernador escriba *confianca*?... Yo he conocido un oficial del Ministerio de Estado que escribía zapatilla con h...

—¡Pero si es un cursi! —dijo con mucha lógica la de Peralta—. El otro día le ví de

cerca en la exposición del Alcázar... Llevaba un trajecillo claro de medio tiempo, y observé que tenía el chaleco más usado que la levita. Señal clara y evidente de que suele estar en mangas de camisa.

—Pero, Adelita —dijo respetuosamente don Recaredo, a quien sin duda le remordía la conciencia de semejante crimen—. No veo que tenga nada que ver la ortografía con estar en mangas de camisa... La ortografía entre los pueblos antiguos...

—¿Pues no ha de tener que ver?... Eso indica que es un *parvenu*, un cursi... ¿Usted concibe un gobernador en mangas de camisa?... ¡Qué horror!...

Y aterrada la de Peralta, se tapó la cara con el abanico. La condesa se había quedado pensativa, con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla; y poseídos todos de esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectaciones, respetaban aquel silencio, precursor de una resolución de que pendía quizá la caída de un trono al pausado compás de la música de un minué. ¿Y por qué no? Un águila arranca con la punta del ala un copo de nieve en la cima de una montaña, y aquel copo rueda, crece y, convertido en alud, llega a la falda... La condesa podía ser el águila que arrojase contra el gobernador y la dinas-

tía un alud de casacones y peluquines blancos, y su cólera excitada, su orgullo herido, su españolismo acendrado la impulsaban a ello. Mas la sombra de don Rufino detenía las alas del águila condal, mal de su grado, y sin saber por qué, figurábasele en aquel momento que tomaban forma corporea, en las tres sobrinas que tenía delante, aquellos tres tipos de mujer que con tanta viveza le había descrito el compungido capellán de monjas... Ritita le parecía más descocada, Adela más presumida, Blanca más inocente, Candidito más taimado.

El silencio se prolongaba: Ritita y Candidito cuchicheaban por bajo; la de Peralta se componía la mantilla, mirándose al espejo con el rabillo del ojo; don Recaredo limpiaba con el pañuelo los cristales de sus lentes.

De repente sonó una risita, queda y ahogada primero, franca y ruidosa después, como una fuentecilla que se deslizara mansa entre césped y saltase al fin de roca en roca, libre, alegre y bulliciosa... Blanquita había acabado de sacar el ojo al niño de la pantalla, y el geniecillo maléfico de la hilaridad la había vencido al fin, poniéndole de nuevo delante la imagen de tití Rosa vestida de mameluco. Cuatro miradas iracundas y una asombrada, la de don Recaredo, cayeron sobre la risueña niña.

—¡Qué inoportuna eres, Blanca! —dijo Ritita—. ¡Pareces un reloj descompuesto!

—¿Pero de qué te ríes, tonta? —exclamó agriamente la de Peralta.

—Como decía titi que se iba a vestir de mameluco —balbuceó Blanquita.

La condesa, que necesitaba algo para estallar, estalló al fin, exclamando:

—¡Eres una chiquilla necia, sin juicio!... ¡Bien te vendrían un par de años más de colegio!...

Blanquita se puso colorada como una amapola; bajó la cabeza confundida, miró luego a su tía, después otra vez a la alfombra, y cubriéndose el rostro con el pañuelo se echó a llorar.

—¡Chubasco tenemos! —dijo Ritita.

—¡Nuestra Señora de las lágrimas nos asista! —exclamó la de Peralta.

Candidito se echó a reír, y el compasivo don Recaredo, con ganas de llorar también, dijo:

—Pero, hija mía, Blanquita preciosa, ¿va usted a desperdiciar esas perlitas de sus ojos por causa de los mamelucos?... Los mamelucos eran allá en tiempos antiguos...

Y aquí se atarugó el buen erudito, por no tener a mano el *Diccionario de la Conversación*, que le sacase de dudas acerca de los

mamelucos. La condesa, al ver llorar a Blanquita, su niña querida, se agitó inquieta en el sillón, volvióse de un lado, después del otro, cogió los bonos de la Conferencia, los volvió a soltar, y acabó por atraer a sí a la niña, que escondía siempre el rostro en el pañuelo, abrazarla, besarla en la frente y decirle al oído :

—Pero ven acá, tontilla... No me seas simple, hija mía... Si tengo yo muy mal genio... No me llores, pichona... Mira... pondremos la Piñata el domingo, y tú la romperás, hijita... ¿Quieres?... Verás, verás qué piñata tan bonita...

El lindo rostro de la niña apareció entonces iluminado por una sonrisa, que brillaba entre sus lágrimas como entre las lluvias de primavera un alegre arco iris. Acercó la boquita al oído de su tía, y en voz muy baja le dijo :

—¿Y tendrá dentro pajaritos?

VI

Una vez decidida a dar el baile, la Condesa entregó sus poderes, como siempre, a don Recaredo y a Ritita, para que dispusiesen la

fiesta. Tres condiciones puso, sin embargo: primera, que para tranquilidad de su conciencia había de terminar el baile a las doce de la noche, hora en que expira ese absurdo interregno, sin razón alguna de ser, que el domingo de Piñata establece la cuaresma. Segunda, que como prueba del absoluto desprecio que las amenazas del gobernador le inspiraban, había de enviársele a éste, como un cartel de desafío, una esquela de convite. Tercera y última, que para satisfacer a Blanquita habían de encerrarse en la suntuosa Piñata, en compañía de los dulces, hasta dos docenas de pajaritos, entre jilgueros y canarios; habíanse otrosí de poner en juego cuantas trampas e ilegalidades fuesen necesarias, para proporcionar a la preciosa niña el placer de romperla.

Ritita oyó la primera condición con pérfida sonrisa, y don Recaredo, bajando la cabeza confundido, como si le abrumase el peso de un remordimiento. A la segunda frunció Ritita ligeramente las cejas, y don Recaredo hubiera repetido su conciliador:—*Io vo gridando pace, pace, pace*— si el acento irritado de la condesa al dictarla no le hubiese recordado el *con el escudo o sobre el escudo* de las feroces espartanas al enviar a sus hijos a la guerra. En cuanto a la tercera, aceptóla Riti-

ta, diciendo que no sería ella la que disputase tal honor a su prima, y don Recaredo proponiéndose buscar en el *Diccionario de la Conversación* el origen de las Piñatas y su uso entre asirios, medos y persas, para explicarlo todo detenidamente a Blanquita.

Una vez sentadas estas bases, la condesa pidió el coche, y se fué a las Cuarenta Horas; entró luego en San Vicente a oír un pedacito de sermón, fué luego a visitar a una amiga, y al oscurecer mandó al cochero dirigirse a la capitanía general. Era el Capitán general algo pariente suyo, hombre para ella de toda confianza, y nada afecto a la dinastía italiana. La condesa le refirió en secreto las amenazas del gobernador, su proyecto de desafiarlas atrevidamente, y concluyó preguntándole, si podía contar con él en caso de peligro. Rióse grandemente el general al oírla, y díjole que tenía al gobernador por un progresista de lo más neto que había brotado en España al son del himno de Riego; pero que, así y todo, no le creía capaz de llevar tan al cabo sus majaderías. Insistió la condesa, porque, una vez aplacada su coléra, halagaba a su amor propio que se diese a sus asuntos domésticos tal importancia en las esferas oficiales, y mostró al general el anónimo. Leyóle éste, rióse de nuevo, pareció

fijarse en la letra, y cotejóla disimuladamente con la de uno de los partes oficiales que sobre la mesa tenía: era del escuadrón de húsares, y estaba escrito y firmado el día anterior por el alférez de guardia. Tornóse a reír el general, encogióse de hombros, y devolvió a la condesa el anónimo diciendo:

—Descuida, Rosa, que no llegará la sangre al río, y más que majaderías del gobernador, parecen éstas trapisondas de muchachos... Puedes dar tranquila tu fiesta, y yo te respondo de que, aunque bailen el minué en mitad de la plaza del duque, nadie ha de incomodarte.

Exigióle entonces la señora promesa de que asistiría a su baile: diósela el general, y retiróse ella satisfecha y tranquila, guardándose muy bien de dar cuenta a nadie del paso que había dado. Hubieran podido atribuirlo a miedo, y era esto deshonroso para la varonil condesa de Santa María. Recibía esta su tertulia ordinaria en el salón cuadrado que precedía al *costurero:* en un extremo se instalaba la *Cámara Alta*, compuesta de los personajes más notables de la aristocrática X.**, y en el opuesto, la *Cámara baja*, que formaban la parentela joven de la condesa, y algunos otros allegados, que, después de previas averiguaciones, habían tenido el honor de ser

presentados a la dama: porque, para entrar en el palacio de Santa María, casi era necesario hacer informaciones de ocho apellidos nobles, ni más ni menos que si se tratase de profesar en cualquiera de las cuatro órdenes militares, Santiago, Alcántara, Calatrava o Montesa. En esto cifraba la condesa su confianza, al par que su orgullo.

La Cámara alta llamaba a la baja el *Club de la Tijera*, por las burlas y murmuraciones que en ella se fraguaban, y ésta hacía honor a su nombre titulando a la alta *El Antiguo Testamento*, por las añejas fechas de los señores y señoras que en ella se reunían. El Antiguo Testamento jugaba al tresillo, y el Club de la Tijera desollaba al prójimo, en ociosa conversación, cuando no se veían aparecer alguna de esas caprichosas labores con que la moda ejercita las manos de las damas, y se ven rodar años enteros por gabinetes y tocadores, empezadas siempre y sin concluir nunca. Don Recaredo Conejo descendía todas las noches del Antiguo Testamento al Club de la Tijera, como un profeta de otras edades que enviase la condesa para amparo y vigilancia de la juventud inexperta. Era don Recaredo su policía secreta.

Los jueves y domingos, días en que la condesa recibía oficialmente, se iluminaban

otros dos salones, y el Club de la Tijera, numerosamente reforzado, se desparramaba por ellos, bailando hasta hora no muy avanzada de la noche. El Antiguo Testamento permanecía siempre en su puesto, apegado a su rincón, con la inmutabilidad característica de las venerandas instituciones. En los días de gran recepción, que no eran escasos, franqueábase todo el palacio, disponíase el comedor con la abundancia y magnificencia propias de la rumbosa condesa, y se iluminaba y se disponía, sobre todo, la gran galería llamada de los retratos, por estar colocados en ella todos los de los condes y condesas de Santa María.

El *alpha* de esta larga serie de ilustres señores era un barbudo guerrero, compañero del rey San Fernando, en la toma de Sevilla, y el *omega* era Mateo en persona; es decir, en persona que debía a la munificencia del pintor. Habíale éste dotado de un cuerpecito angelical y de unas alitas blancas que le impulsaban hacia el cielo, mientras sus manitas dejaban caer la corona condal de los Santa María, como anunciando con esto que dejaba cumplido en la tierra la misión de poner punto final a su ilustre raza. En el fondo de esta magnífica galería, verdadera obra de arte, abríase una soberbia puerta que daba entrada

a la cámara de Carlos V; estancia llamada así por haberse hospedado en ella el invicto César en 1524. Conservábase intacta desde aquella fecha memorable, y era uno de los monumentos históricos con que más se honraba la ilustre casa de Santa María. El artesonado era de riquísimas maderas incrustadas y talladas; el zócalo de esos estimados azulejos moriscos que tanto embellecen los palacios de Córdoba y Sevilla, y colgaba desde el uno hasta el otro una tapicería de terciopelo rojo con grandes escusones dorados, que hacía juego con el dosel, cortinajes y colcha del magnífico cuanto enorme lecho, que ocupaba por completo uno de los frentes. Por detrás del tapiz que a éste correspondía, quedaba entre la tela y el muro una especie de pasillo de uso desconocido, que terminaba por ambos lados en dos puertecitas de escape: una daba a la galería, otra a dependencias de la casa que a la sazón ocupaban los criados. Detalles todos que consignamos desde ahora, porque serán necesarios al lector para la perfecta inteligencia de los sucesos que quedan por narrar en esta verídica historia.

Cuando don Recaredo apareció aquella noche en el Club de la Tijera, fué saludado con las sonrisas más encantadoras y las fra-

ses más halagüeñas. El revoltoso Club fraguaba de nuevo, para el domingo de Piñata, la conspiración de los relojes del martes de Carnaval, y aquellos Eneas y Teseos de ambos sexos se apresuraban a amasar, con dulces palabras de adulación, la torta de miel que había de ablandar al Cancerbero. Ritita, con sus más graciosos mohínes, le hizo sentar a su lado, en el sitio que antes ocupaba su perra; la de Peralta le pidió unos versos para su álbum; Blanquita le ofreció un caramelo con las puntas de sus deditos de rosa, y una morenilla, cuya nariz respingona le daba cierto aire picaresco, le dijo que estaba haciéndole un gorrito de dormir, porque el invierno próximo se presentaba muy crudo: trabajaba, en efecto, con dos largas agujas de madera una extraña labor de lana, con grandes florones verdes y encarnados.

—¡Admirable asunto para la lira de Anacreonte! —exclamó don Recaredo en sus glorias—. Un gorro de dormir tejido por Paquita, la más bella y la más burlona de las ninfas del Betis.

—Pues quedamos en ello —replicó Paquita—. Yo hago el gorro, y usted lo canta en la lira de Anacreonte... ¿Es ese señor compañero de usted en la oficina?...

—¡Por las once mil vírgenes, Paquita!...

¿Anacreonte empleado en el Alfolí de la sal?... ¿Así se burla usted del gran poeta griego?

—¿Yo? ¡Dios me libre!... Pues justamente son mi flaco los poetas y los versos... Crea usted que hasta lloro cuando leo aquello de

Aventuras; vida y fin
Del enano don Crispín.

Y aquello otro de más abajo:

En un zapato metido
Todo el río ha recorrido...

—¿No son esos versos de Anacreonte?...

—¡Paquita, por Dios! —exclamó don Recaredo—. *¡Marciala* satírica, sacerdotisa del dios Momo, respete usted la memoria del gran poeta!...

—¡Ah, goloso!...

—¿Y por qué no le dieron unas palmaditas en el cogote?

—Pues sí, señor... Así murió en Samos a los ochenta y cinco años.

—Entonces no fué ningún malogramiento.

—El genio debía de ser inmortal, Paquita; y para que no incurra usted otra vez en equivocaciones tan lastimosas, le daré para que lea una traducción de las odas de Anacreonte.

—Ahora no puedo... Estoy leyendo el Bertoldo, y me gusta guardar método en mis lecturas.

—Démelas usted a mí, don Recaredo, que yo me las aprenderé de memoria —dijo mimosamente Ritita—. Y a propósito de versos, me tiene usted que dar el soneto que hizo el otro día *Al alumbrado de gas*... ¡Es precioso!...

—¡Muy bonito! —replicó Paquita—. Yo me lo sé de memoria...

—¿Es posible, Paquita?—exclamó don Recaredo—. ¿Es posible que hayan alcanzado tal honor mis pobres versos?

—¡Vaya!... Una vez los leí en el *El Porvenir*, y se me quedaron impresos... Oigalos usted.

Y sin dejar de mover las agujas, Paquita recitó muy seria :

Doce meses esperando
Y siempre calles corriendo,
Siempre luces encendiendo,
Siempre luces apagando;
Siempre alumbrando, Señor,
Los sitios de esta ciudad,
Y siempre por Navidad
Se vió que el alumbrador
Tuviese un *Plus* por favor
De toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al terminar Paquita el último verso, y don Recaredo exclamó :

—¡Ah femenino Marcial!... ¡pérfida *Moma!* ¿Así equivoca usted mis versos con las décimas del alumbrador pidiendo aguinaldos?...

—Pues está visto que yo no sirvo sino para confundir los clásicos.

—Consuélese usted con otro caramelo, don Recaredo —dijo Blanquita dándole uno.

—Cuidado, no se le atore... que a Anacreonte lo ahogó una pasa...

—No haga usted caso de estos locos, que son capaces de burlarse de un entierro— dijo Ritita levantándose—. Venga usted conmigo, que me tiene que copiar el soneto... y que arreglar un asunto.

Don Recaredo y Ritita entraron en el *costurero*, y aquél se puso a copiar complacidísimo su soneto al alumbrado de gas, en el pupitre mismo de la condesa. Ritita lo iba leyendo entusiasmada por encima de su hombro, y repetía a cada línea:—¡Precioso! ¡monísimo!— Volvió a leerlo todo declamando, y cuando ya le pareció que el insigne vate estaba maduro, le propuso, entre halagos y mimos, dengues y monadas, repetir el domingo de Piñata la conspiración de los relojes del martes de Carnaval. Don Recaredo, llevado por sus hábitos oficinescos, se puso la pluma detrás de la oreja, y con la dignidad de un Catón incorruptible, se negó rotundamente. Había delinquido

una vez por debilidad, y no quería reincidir otra por malicia.

Ritita instó, suplicó, chilló, amenazó, y don Recaredo, firme en su honrado propósito, repetía siempre:

—¡Imposible, Ritita, imposible!

—¡Vaya!—exclamó al fin Ritita enfadada—. ¡No creí que fuera usted tan poco galante!

—El deber está por encima de la galantería, Ritita bella.

—¡Ni tan soso!...

—Pues no será por hallarme lejos del depósito de sal —repuso el vate ofendido.

—Entonces le sucede a usted lo que a los confiteros... que de puro manejar almíbar aborrecen el dulce.

Y volviendo Ritita majestuosamente la espalda, dejó a don Recaredo con la pluma detrás de la oreja, y el soneto al alumbrado de gas en la mano. A la puerta del *costurero* la esperaba Candidito.

—¿Qué ha dicho?—le preguntó impaciente.

—¡Que nones!... ¡que ni hecho trizas!

El alférez dió una fuerte patada en el suelo, y exclamó con imperio:

—¡Pues es preciso Rita!...

Esta bajó los ojos poniéndose encarnada, y con extraño acento repitió muy bajo:

—¡Preciso!

VII

En el centro de la gran galería de los retratos habíase colocado la suntuosa Piñata, semejante en su figura a una araña de salón. Formábanla doce enormes cuernos de la abundancia vistosamente dorados, unidos por las puntas en la parte inferior, separados, en forma de copa, por la superior, y bellamente entrelazados con primorosos arabescos, lazos y frescas guirnaldas. Pendía del centro hasta el suelo un gran manojo de cintas de todos colores, de las cuales sólo una abría la Piñata: las restantes estaban tan ligeramente apuntadas al armazón, que al tirar de ellas quedábanse en la mano. Las damas debían de pasar por turno, tirando cada cual de una cinta, hasta tropezar con la afortunada; al impulso de ésta la Piñata se abría, variando de forma, giraban los cuernos volviéndose boca abajo, y derramaban sobre los circunstantes una lluvia de dulces y pajaritos. La cinta misteriosa era celeste, y don Recaredo, obedeciendo a las prescripciones de la condesa, la había señalado con un nudo, para que Blanquita pudiera reconocerla.

Doce señoras y doce caballeros, vestidos con trajes de tiempo de Carlos IV, habían de

bailar en el gran salón amarillo, el discutido y anatematizado minué, que era objeto del baile. Adelita Peralta, deseosa siempre de exhibirse, había propuesto acentuar más el tinte político de la fiesta, ofreciéndose a cantar ella misma a la guitarra, vestida de maja, dos canciones manolescas de aquellos patrióticos tiempos: *La Çachucha* y *La Jaca de terciopelo*. Esta parte del programa debíase de haber puesto en práctica el pasado martes de Carnaval; pero la elegante joven y ferviente española tuvo la ocurrencia de encargar a París, desde las orillas del Betis, su traje de maja, y habiendo éste llegado tarde, quedóse *La Çachucha* sin cantar, y Adelita sin lucir el garbo, que había de conquistarle aquella noche, con aprobación tácita de los manes de don Ramón de la Cruz, el nombre de la *Maja majada*.

Un incidente extraño sobrevino a última hora, que se prestó a largas discusiones y a comentarios no escasos. Ritita y Candidito se negaron resueltamente a tomar parte en el minué, cediendo su lugar a la de Peralta y a Federiquito Bombones. Parecía esta resolución tomada muy de antemano, y daban para disculparla fútiles razones y evasivas sospechosas, pidiendo en cambio que se tocasen en aquella noche los dos grandes resortes de

diversión y entretenimiento que se habían puesto ya en juego separadamente: los capuchones Watteau y los dominós negros. Disfrazados por igual caballeros y señoras, la confusión debía de ser inmensa, las bromas divertidísimas, y graciosos los chascos. Opúsose la condesa por estas mismas razones, recordando, sin darse cuenta de ello, los crudos avisos de don Rufino; mas Ritita y Candidito insistieron de tal modo, y a tales argumentos apelaron, que la condesa cedió al fin, sin sospechar en su buena fe que aquel tenaz empeño de los disfraces generales ocultase algún gato encerrado por parte de los primitos. Trasladóse, pues, al tocador de señoras el cargamento de capuchones Watteau, y en la cámara de Carlos V, franqueada al efecto para los caballeros, por estar del todo aislada, se depositaron los dominós negros.

Aquella tarde, la condesa, independiente como siempre, se fué al sermón, y don Recaredo, después de dar la última ojeada a los salones, al *buffet*, a la Piñata, y de repetir sus órdenes a Juan Bautista, el mayordomo, se retiró, ya entrada la noche, a su casa para cambiar de traje: el pobre señor estaba rendido. A primera hora, los salones casi vacíos admiraban por su magnificencia deslumbradora, y torrentes de luz se escapaban por la

anchurosa escalera y el espacioso vestíbulo, y llegaban hasta la calle misma, despertando ideales socialistas en la turba populachera que se agolpaba a la puerta para ver entrar los lujosos coches y apearse a las elegantes damas, envueltas en ricas pieles y costosos abrigos. Parecíales aquello un paraíso vedado, cuya serpiente no divisaban porque agitaba su cola entre ellos.

En el salón próximo a la galería de entrada, el elemento más revoltoso del Club de la Tijera formaba un grupito, cuchicheando con gran viveza: indudable era que allí se tramaba algo, y este algo tenía que ser precisamente la conspiración de los relojes, ahogada al nacer por la férrea mano del incorruptible don Recaredo. Allí estaban Ritita, Candidito, la picaresca Paquita, Ramiro Pérez y otros varios y varias, entre las que descollaba Adelita Peralta con su traje de *Maja majada*, cuyo rasgo más sobresaliente era una pistola con culata de marfil que llevaba al costado: detalle que omitió siempre Goya en los retratos de sus inmortales majas, por no haber consultado, sin duda, a las modistas parisienses. Sin cesar llegaban nuevos convidados, que iban a buscar a la condesa para saludarla en su rincón del Antiguo Testamento; allí estaba la señora con su hábito del Carmen,

su sencillo peinado, y alguna que otra rica pero anticuada joya con que los días de gran ceremonia solía realzar su persona: el que la necesitara podía estar seguro de encontrarla allí, y el que no la necesitase podía prescindir del trabajo de buscarla. La condesa, parapetada tras sus años, sus desgracias, su gordura y su egoísmo, se había formado este cómodo ceremonial para sus recepciones, y de él no la sacaba nadie. Para todo lo que ocurriese, allí estaba don Recaredo.

Apareció al fin éste a la entrada del salón de rigurosa etiqueta vestido, brillante la pelada calva, como si la hubiese barnizado con clara de huevo, acabando de enfundar sus manos llenas de sabañones en los flamantes guantes blancos. A su vista desbandóse el Club de la Tijera como por encanto: Ritita y la de Peralta, agarradas del brazo, dieron una vuelta para evitar su encuentro, y se dirigieron disimuladamente al sitio en que don Recaredo solía dejar su peluca. Ritita llevaba en la mano una arma doblemente temible, por ser arma y arma femenina: era una aguja enhebrada en seda negra. La peluca fué hallada y arrebatada en silencio, y en menos tiempo del que se necesita para refererirlo, redujo Ritita su cavidad a las tres cuartas partes, dándole de trecho en trecho algunas

hábiles puntaditas. Hecho esto, la peluca fué depositada de nuevo, con igual sigilo, en el sitio que antes ocupaba.

Los salones estaban ya atestados de gente, y la orquesta preludiaba el rigodón que había de abrir el baile. Atento a todo don Recaredo, repartía por dondequiera las flores de su galantería y los frutos de su erudición. Un joven le estrechó familiarmente la mano al pasar a su lado, y deteniéndose de repente, como sorprendido, le dijo:

—¿Pero qué tiene usted en la cabeza, don Recaredo?...

—¿Yo?... Nada...

—Me pareció que la tenía usted un poco hinchada...

—¿Dónde? —exclamó azorado el aprensivo señor.

—Por detrás... ahí... hacia la coronilla.

Y sin detenerse más tiempo, el joven desapareció entre el gentío. Quedóse don Recaredo parado en mitad del salón, palpándose la cabeza con muestras de gran azoramiento: quitóse un guante, tornóse a palpar con la mano desnuda, y aunque ninguna prominencia descubría al tacto, su aprensiva imaginación comenzó a representarle aires colados, corrientes traidoras, pérfidos Céfiros, dañinos Eolos, y hasta furiosísimos Notos, que

parecían zumbarle dentro de la cabeza. Vióse entonces envuelto en un grupo traidor, afiliado al Club de la Tijera, que comenzó a felicitarle calurosamente por el exquisito gusto con que había dispuesto la Piñata. Preocupado don Recaredo, contestaba distraídamente, y aun, olvidando su respeto profundísimo a las conveniencias sociales, se palpaba la cabeza con disimulo. La sangre toda le refluyó al corazón, al oír a Ramiro Pérez que exclamaba:

—¿Pero don Recaredo, se ha dado usted algún golpe?...

—No... no... —contestó éste angustiado; pero siento aquí en la cabeza una molestia...

—¡Pues claro!... Si tiene usted ahí un chichón terrible...

—¿Dónde?

—Detrás... ahí... hacia la coronilla.

—¡Es verdad! —exclamaron todos en coro—. ¿Le ha picado a usted algún bicho?...

—No... no, que yo sepa... ¡Será algún aire!... Esta mañana me sentía mal... y ahora, de repente, me parece que me duele la cabeza... algún aire he pillado...

La sacerdotisa de Momo, Paquita, se abrió paso entre el grupo, con su traje de medio paso, su moño en lo alto de la cabeza, su fleco a lo nene, y desplegando ante don Recaredo su colosal abanico, le dijo:

—¡Magnífico, don Recaredo!... ¡Preciosa Piñata!... No le faltaba más que el busto de...

La taimada *Marciala* interrumpió aquí la frase con un cómico gesto de espanto, y señalando con la punta del abanico la cabeza del vate, dijo:

—¿Pero qué es eso, don Recaredo? ¿Le va a usted retoñando la cabeza?... ¡Jesús y qué chichón! ¿Si le irá a brotar a usted por ahí un poema épico?...

—Don Recaredo —dijo compasivamente la pérfida Peralta—. Mejor sería que se abrigase usted la cabeza: eso será algún aire... ¿Por qué no se pone usted la peluca?...

—Tiene razón —dijo Ramiro—: véngase usted conmigo.

Y cogiéndole de un brazo le llevó en busca de la peluca. La congoja de don Recaredo llegó entonces a su último grado: ¡la peluca no le entraba, y la peluca no había podido menguar, luego la cabeza le había crecido!... Dejóse caer en un sillón, y dijo angustiado:

—¡Me siento muy mal, Ramiro!

—No se abata usted, por Dios, que eso no será nada... Algún aire... ¿Le duele a usted?...

—¡¡Muchísimo!!

—¿Pero por qué no se va a su casa?... ¿Quiere usted que le acompañe?...

—¿Y cómo dejo esto, Ramiro?... ¿Qué dirá la condesa?...

—¿Qué ha de decir, si está usted enfermo?... Yo le despediré a usted de ella... Mire usted, abajo estará todavía el coche de mi tía Pepa que acaba de llegar, y en él puede usted marcharse... No hay que perder tiempo.

Don Recaredo aprobó tácitamente esta proposición: sentía sudores, calambres y parecíale que la misma Minerva, que salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, iba a brotar de su cráneo en cuanto algún caritativo Vulcano le pegase un hachazo. Levantóse trabajosamente, y arrastrando los pies bajó la escalera apoyado en el brazo de Ramiro. Este le acomodó en el coche de su tía Pepa, y volvió en dos brincos a dar parte a los conspiradores de lo satisfactorio del triunfo. El Club de la Tijera respiró libremente: los relojes del palacio de Santa María anduvieron para atrás dos horas, y aquellos dos extraños —*¡preciso!*— de Ritita y Candidito se vieron cumplidos. Miráronse los dos primitos al oír que el estorbo de don Recaredo ya no existia, y desaparecieron ellos también cada cual por su lado.

El baile llegaba al apogeo de la animación: caballeros y señoras iban ocultándose poco a poco bajo los capuchones Watteau y los

dominós negros. Nadie conocía ya a nadie, y la concurrencia tomaba aquel aspecto uniforme, que según Ritita y Candidito daban lugar a chascos tan graciosos, tan divertidos, tan inocentes... Adelita Peralta iba a cantar *La Çachucha*, y todo el mundo se replegaba hacia el salón, deseosos de reírse a costa de la *Maja majada*. La sacerdotisa de Momo, Paquita, decía agitando pausadamente el abanico:

—Tiene poquita voz...; pero muy desagradable.

La galería de los retratos quedó desierta: entonces apareció en ella un capuchón Watteau, que, mirando a todas partes, dió varios pasos azorado. Un dominó negro salió al mismo tiempo de la cámara de Carlos V, y acercándose a la dama le ofreció el brazo.

—¿Por qué tiemblas? —le dijo muy bajo.

La pareja salió rápidamente de la galería, mezclóse un momento entre las demás máscaras, abandonó luego con disimulo los salones, bajó la escalera, cruzó el vestíbulo, salió a la calle... El portero, embutido en su gran librea de gala, se inclinó respetuosamente a su paso: giró luego sobre los talones, mirándolos con extrañeza, y, encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y adónde irán ésos?...

La noche estaba oscura y la niebla era espesa: brillaban entre ésta, como las iracundas miradas de un monstruo, los faroles de algunos carruajes, que, no contando con el atraso de los relojes, comenzaban a enfilarse ya a la puerta del palacio. De repente saltó por la ventanilla de uno de ellos una galguita inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo: corrió hacia los enmascarados, meneando el rabito, y comenzó a hacer fiestas en torno suyo, como si reconociese en ellos a antiguos amigos.

La dama dejó escapar un ligero grito de espanto al ver a la perra; el galán la rechazó de un terrible puntapié, arrojándola a tres varas de distancia.

El pobre animal se refugió de nuevo en el coche, renegando de su instinto...

VIII

Cuando llegó a oídos de Blanquita la partida de don Recaredo, su aflicción no tuvo límites: habíase llevado consigo el aprensivo señor el secreto de la Piñata, y quedando éste confiado a la suerte, no podía tener ella sino esperanza remota de partirla. Buscó a Juan

Bautista, el mayordomo, que debía de ser también depositario del secreto, y, no encontrándolo, fuése desolada en busca de la condesa: al verla venir ésta en aquel estado, le preguntó sorprendida:

—¿Pero qué tienes, hija?...

—¡Que ya no puedo partir la Piñata!—contestó Blanquita, haciendo pucheros.

—¿Pero por qué?...

—Porque don Recaredo se ha ido sin decirme con qué cinta se abre.

—¿Que se ha ido don Recaredo? —exclamó atónita la condesa—. ¿Pero adónde?...

—Pues a su casa... Se puso malo y se lo llevaron en un coche...

—¿Pero qué estás diciendo, mujer?... ¿Marcharse sin decirme nada?... ¡Imposible!... ¿Tú lo has visto?...

—Yo, no; pero me lo ha dicho Adela... Dice que le salió de repente en la cabeza un bulto grande, grande... así...

Y la niña ahuecaba al decir esto sus dos manitas indicando un volumen esferoidal del tamaño de un melón de grande.

—¡Qué atrocidad! —exclamaron en coro todos los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento.

—Dice Adela que le salió de pronto...

—¡Extraño caso! —observó un Abraham

de tiempos de Calomarde, que traía el pecho lleno de cruces.

—Y Ramiro Pérez dice —prosiguió Blanquita, que refería todo aquello de buena fe, porque así se lo habían contado— que él lo cogió por un brazo y se le desmayó tres veces... Decía que estaba muy malito y quería confesar...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué desgracia! —exclamó la condesa verdaderamente afectada—. ¿Pero cómo no me han avisado?... ¿Dónde está Ramiro?... ¿Dónde anda Adela?... ¿Y Ritita?...

—¡Pues écheles usted un galgo!... Por ahí andan todos disfrazados y nadie sabe quién es nadie.

—¿Pero, señor, cómo no me ha dicho nada ese Ramiro?... ¡Jesús qué desgracia!... ¡Qué cabeza de chorlito, Virgen Santísima!... ¡Y estará muriéndose el pobre señor, y el otro bailando tan fresco sin decir palabra!... Es menester que vaya alguien a su casa: el pobrecito vive solo...

—¿Quiere usted que vaya yo, condesa? —dijo el Abraham de las cruces, con la esperanza de que algún ángel le detendría las piernas antes de consumar el sacrificio que ofrecía.

—¡Se lo agradecería a usted en el alma, don Agustín! —replicó la señora vivamente—.

Ahora mismo le pondrán un coche... ¿No hay por ahí ningún criado, Blanca?

—¿Qué ha de haber?... si todos están en el comedor, porque el *buffet* se abrirá dentro de nada...

—¡Dios nos asista!... ¡En todo me persigue la desgracia!... Busca a Martina, Blanca, que estará quizá en mis habitaciones... ¡Válgame el cielo!... Mejor será que vaya yo al comedor y mande poner el coche... ¡Qué criados! ¡Qué niños! ¡Bendito sea Dios! ¡Sólo a mí me pasan estas cosas!...

Y la buena señora se levantó con toda la agilidad que le permitía su monumental corpulencia. En aquel momento la orquesta preludiaba el minué, y numerosos grupos de capuchones Watteau y dominós negros se aglomeraban por todas partes para ver bailar a los caballeros de casacón y a las damas con traje de medio paso. Interrumpían a cada instante los grupos de máscaras la marcha de la atribulada condesa, y para evitar su encuentro entró por la galería de los retratos, que había quedado desierta; dirigióse al pasadizo de la cámara de Carlos V para salir más pronto por el lado opuesto al departamento de los criados, y abrió la puertecita que daba a la galería, cerrada siempre por expresa recomendación suya, por lo mucho que afea-

ba el artístico frente. Dejóla abierta ella misma al entrar, para que las luces de la galería alumbrasen las tinieblas de aquel oscuro túnel, y se adelantó en busca de la otra puerta: por desgracia, la encontró cerrada por el lado opuesto. Furiosa la condesa, volvió atrás sus pasos; mas en el mismo momento un criado que cruzaba la galería cerró la puertecilla de salida, creyéndola abierta por descuido, dejando por lo tanto a la condesa encerrada en el pasillo. Al mismo tiempo oyó resonar simultáneamente en la Cámara de Carlos V una carcajada estrepitosa de hombre y un terno soez, asqueroso, obsceno...

El pudor de la mujer y la dignidad de la señora hicieron a la condesa quedarse inmóvil de estupor y de bochorno. Creyó que algún descomedido lacayo andaría allí dentro, y asomóse por una rendija del viejísimo tapiz para reconocerlo y mandarlo arrojar en el acto fuera de su casa... Vió entonces en el histórico y venerado lecho, que jamás había mancillado cuerpo alguno desde que el gran Carlos V lo ocupó una noche, a Ramiro Pérez, tendido panza arriba, con una pierna encaramada sobre otra, fumándose tranquilamente un gran cigarro. A su lado, otro joven cuyo rostro no podía distinguir, se ponía sobre el bien cortado frac un dominó negro. La con-

desa sintió tal movimiento de ira, que pensó ejecutar en Ramiro lo que había pensado hacer con el lacayo : la conversación que sostenían los dos amigos la distrajo, sin embargo. Ramiro contaba entre carcajadas y palabras soeces, que hasta entonces había creído la condesa patrimonio exclusivo de carreteros y gente abyecta, la pesada broma que acababan de jugar a don Recaredo; avanzando luego en el terreno de las confidencias, refirió también la conspiración urdida entre Ritita y la de Peralta, él y Candidito, para obligar a la condesa a dar aquel baile no obstante sus escrúpulos de beata, que le hacían cerrar sus salones durante el tiempo de Cuaresma. Habían engañado a la bondadosa señora con amenazas absurdas del gobernador, comprendiendo que era esto lo bastante para que, en su carácter quijotesco y altivo, se apresurase a dar la fiesta. Ramiro había sido el testigo falso que aseguró haber escuchado las amenazas proferidas por el gobernador públicamente; Ritita y la de Peralta tomaron a su cuenta transmitir estos fingidos rumores a la condesa, y Candidito remachó el clavo de la intriga escribiendo un anónimo a don Recaredo sobre el mismo tema. Un incidente estuvo a punto de dar al traste a última hora con toda la trama : empeñóse la arrogante con-

desa en mandar al gobernador, como un reto, una esquela de convite, y Ritita tuvo que poner en juego todas sus artimañas para apoderarse a tiempo de aquella peligrosa esquela y hacerla pedazos.

Reíase a carcajadas el compañero de Ramiro al oírle, e interrumpía a veces su relación con observaciones chistosas y palabras o interjecciones groseras, dignas de una taberna. Una cosa llamó la atención de la condesa, despertando su curiosidad al mismo tiempo que su ira: había observado que en todo el transcurso de la conversación la designaban a ella invariablemente con el extraño nombre de *La Gorriona*.

—Pero ¿qué demonio de empeño tenían ustedes en que la Gorriona diese el baile?— preguntó a Ramiro su amigo.

—Pues ahí verás, chico —replicó éste—. Flaquezas humanas... La de Peralta, que es capaz de vender a su padre por lucir un trapo, necesitaba ocasión en que estrenar ese mamarracho de traje de maja que había encargado a París, y que llegó tarde... Ritita y Candidito trabajaban de común acuerdo, y, o yo me engaño mucho, o sus planes eran más vastos... La tal Ritita es una vaca brava, y Candidito un pillo que sabe torearlas... Ellos fueron los del empeño de los disfraces, y ya

sabes, chico, que a río revuelto, ganancia de pescadores... En cuanto a mí —prosiguió Ramiro, revolcándose en el lecho de Carlos V con cierta exaltación nerviosa—, necesitaba coger a tiro en alguna parte a mi palomita...

Y aquí comenzó a exponer Ramiro la pasión que Blanquita le inspiraba, con tan cínica claridad, con tan obscena franqueza, que la infeliz señora adivinaba el sentido de sus inmundas frases, sin entenderlas del todo, como se adivinan a través de la tierra removida de una sepultura la carne podrida y los gusanos hediondos. La ira, la sorpresa, el dolor, la vergüenza, el espanto la ahogaban de tal modo, que, en la imposibilidad de huir por ninguna parte sin dar un escándalo, tuvo que apoyarse en la sucia pared cubierta de telarañas... La música del minué resonaba mientras tanto a lo lejos, señoril, seria y acompasada como un cántico de iglesia.

—¡Este es el revés... ¡allí está el derecho! —pensó la condesa acordándose, al oírla, de la frase de don Rufino.

Cesó al fin la música de tocar, y oyóse entonces un alegre rumor de voces y de risas, que lentamente se aproximaba: el minué había terminado, y llegaba la hora de romperse la Piñata. Un gran tropel de jóvenes entró entonces en la cámara de Carlos V a dejar unos los

dominós y otros a tomarlos. La condesa pudo apreciar entonces lo que era la comedia *vista entre bastidores*, como si el mismo Asmodeo, el asqueroso demonio de la impureza, se hubiese encargado de descorrer ante ella aquel telón repugnante... Oyóse llamar mil veces la Gorriona; oyó barajar los nombres, la hermosura, la fama y la honra de aquellas pobres mujeres que a dos pasos de allí se encontraban, entre relaciones escandalosas, suposiciones atrevidas, chistes obscenos, asquerosas jactancias, deseos mostruosos, calumnias terribles, verdades ocultas... La condesa se tapó los oídos, porque le parecía hallarse en el fondo de la cloaca inmunda, por donde desaguaba aquella corrompida juventud las torpes pasiones que en ella excitaba el baile.

—¡Entre bastidores... entre bastidores!— gemía, despedazando el pañuelo de rabia.

La alegre algazara aumentaba en la galería, y poco a poco fué quedando desierta la cámara de Carlos V. La condesa se decidió al fin a mirar por la rendija del tapiz, y no vió a nadie; salió entonces como pudo al interior de la pieza, arrastrándose casi a gatas por debajo de la tapicería. Arregióse el desorden de su traje, limpióse el polvo, y quitóse las telarañas pegadas al vestido, y salió a la galería. Un alegre clamoreo resonó en aquel momen-

to. La Piñata acababa de romperse: una lluvia de dulces caía sobre los circunstantes, y una porción de espantados pajaritos se elevaban en el aire, chocaban contra los primorosos arabescos del techo, buscando salida, volvían a caer, tornaban a remontarse en busca de refugio, y caían al fin palpitantes y aterrados entre las mil manos que los perseguían. Blanquita, al pie de la Piñata, elevaba las suyas para cogerlos sin haber soltado todavía la misteriosa cinta celeste. Ramiro Pérez se acercó a ella, trayéndole un jilguero y un canario: la condesa lo miraba estupefacta, como si no pudiese comprender que aquel apuesto joven, que con tan respetuosa galantería hablaba a la inocente niña, fuese el mismo que acababa de oír ella expresarse como un carretero y discurrir como un canalla. Blanquita, llena de contento, besaba a los asustados pajaritos; le ofreció el brazo, y ella lo fué a aceptar... Mas la condesa se abalanzó como una leona que defiende a sus cachorros, y agarrando a la niña por la mano la separó bruscamente del elegante joven...

Ya no le parecían tan absurdos aquellos demonios que, según don Rufino, veían pasearse en las colas de las señoras los antiguos Padres del yermo.

IX

Una sola persona supo lo que había acontecido a la condesa en el baile de Piñata: ella misma se lo reveló pidiéndole consejo, y nos consta que éste fué prudente y moderado. Mas la condesa, que no se paraba en barras y se iba siempre de un extremo al opuesto, disolvió por un acto de soberanía autocrática, digno del czar de Rusia, el Club de la Tijera, y declarando a su casa en permanente estado de sitio, jamás consintió en ella grupos de más de cuatro personas.

La primera vez que vió a don Recaredo, le hizo a boca de jarro esta pregunta:

—Don Recaredo... ¿Quién es *La Gorriona?*...

—*¿La Gorriona?* —contestó el erudito, desconcertado—. ¿La Gorriona?... Pues la gorriona debe ser la hembra del gorrión...

—¡Claro está! —replicó impaciente la condesa—. Como la *Coneja* debe ser la hembra del *Conejo*...

Don Recaredo se mordió los labios mortificado... Acordóse entonces de que el gorrión, lo mismo que el conejo, no tienen hembra alguna nominal, por pertenecer ambos al género epiceno.

Pasaron varios meses; una tarde leía la condesa un periódico de la localidad, y le llamó la atención en la gacetilla aquel extraño nombre de *La Gorriona*... Leyó ávidamente el suelto; referíase en él que, por grandes escándalos ocurridos en una casa de mala nota, había sido llevada a la cárcel una infame vieja que la dirigía, conocida en todo X.** con el nombre de *La Gorriona*.

El periódico se escapó de manos de la condesa; encogióse en el asiento, y se amoratá su rostro, cual si hubiesen descargado en él una bofetada, y dos lágrimas de ira y de vergüenza acudieron a sus ojos.

—¡Bien lo merezco —murmuró—. Tenía razón don Rufino... ¡Para eso servía mi casa!

LA CUESTA DEL COCHINO

LA CUESTA DEL COCHINO

(RELACIÓN DE UN SUCEDIDO)

I

En 1864 heredó Joaquín Sampayo de su padre los títulos todos de su noble casa, y la mitad del pingüe mayorazgo; habíalo tomado entero el viejo Sampayo a los veintiséis años, tres antes de la ley de desvinculación decretada. Cumplido el año de luto vino Joaquín a tomar posesión de sus propiedades en Andalucía, que eran muchas y muy ricas; correspondíale, entre otras cosas, un magnífico palacio antiguo en X.**, y era también patrono del grandioso hospital fundado allí en el siglo XVI por uno de sus ilustres abuelos.

Conocí yo a Joaquín Sampayo en las escuelas Pías de Getafe, donde ambos nos educamos, y conservamos siempre una amistad constante y cariñosa que duró hasta su muerte, acaecida en edad harto temprana.

Era Joaquín modesto, como verdadero gran señor de raza, y quiso visitar privadamente a

la Superiora del hospital antes de tomar posesión de su patronato con las aparatosas ceremonias que la misma fundación indicaba y exigía. Acompañéle yo en esta excursión, como en tantas otras le había acompañado, y recibiónos la Superiora, Sor Ventura, en su modesto despacho de la planta baja.

Azoraban mucho a Joaquín las monjas, y sucedíame entonces a mí otro tanto, porque llenos de respeto y admiración hacia tan venerables señoras, temíamos siempre ofenderlas con nuestros modales mundanos, y nunca atinábamos tampoco con el justo título de Madres, Hermanas, etc., etc., con que suelen clasificar ellas sus parentescos espirituales con el resto de los fieles cristianos. La razón no era grande, que digamos, pero ni Joaquín ni yo frecuentábamos entonces el trato de comunidades, y él tenía veintiséis años y yo contaba veinticuatro.

Sacónos presto del apuro el tacto y discreción de la Superiora, que a leguas se conocía ser, al mismo tiempo que un ángel de virtud, una mujer de mundo y experiencia. Y tan en gracia le cayó a Joaquín y tan bien supo ella presentar los intereses de sus pobres, que a la media hora de conocer al nuevo patrono habíale ya propuesto, sin pesadez y sin violencia, tres mejoras en el hospital, importan-

tes y costosas, que el honrado Joaquín se apresuró a prometer y aprobar, con elocuentes, sinceros y enérgicos monosílabos. Y todo lo cumplió, en efecto, con esplendidez y con premura; porque siempre fué aquél modelo de señores, de los que cuidan más de cumplir los deberes que imponen el nacimiento y la riqueza, que de exigir y cacarear los derechos heredados.

Decaía ya la conversación, cuando llamaron a la puerta tímidamente, y entró un viejecito muy pulcro, tembloroso de todo el cuerpo, vistiendo, con extraordinario aseo, pantalón y chaqueta burda de paño pardo. Acercóse a la Superiora y entrególe una llave muy grande, murmurando algunas palabras, en que, fuese defecto de pronunciación o tartamudez acaso, sobresalían y se entremezclaban las dos sílabas *za* y *ma*, formando una jerga ininteligible para quien no fuese la misma Superiora. Tomó ésta la llave, y volviéndose hacia nosotros, dijo como si nos presentase al recién venido :

—Es un asilado... Zamama... El pobre está imbécil.

Volvímonos nosotros para examinar al viejo, y retiróse él paso a pasito, hasta sentarse en cuclillas sobre el umbral de piedra del despacho, como perrillo prudente que

espera para acercarse el beneplácito de su dueño. Parecía de edad avanzadísima, no obstante su agilidad extrema, y más bien que pequeño o encorvado hallábase encogido por la acción de los años. Su rostro, de facciones muy regulares, presentaba, en efecto, las líneas relajadas de la imbecilidad, y hubiera parecido grotesco si su cabellera espesísima, blanca como la nieve y naturalmente rizosa, no rodeara su cabeza con los resplandores de un nimbo de plata. Inspiraba compasión profunda el temblor horrible y constante que agitaba todo su cuerpo, semejante, al andar, al de una varilla que, fija en el suelo por un extremo, oscila por el otro y recorre con movimiento constante y acompasado un arco más o menos extenso: síntoma terrible éste que se observa de ordinario en las personas alcoholizadas.

Encontró Joaquín en la entrada del viejecito nuevo tópico de conversación que le sacase de su elocuencia monosilábica, y, como a menudo sucede, dijo una tontería, por querer decir algo. Preguntó a la Superiora si aquel temblor provenía en el viejo del abuso de bebidas alcohólicas.

—¡Ay, no!... ¡Pobrecito! —replicó vivamente Sor Ventura—. Jamás le vi beber sino agua clara.

Desconcertóse un poco Joaquín, temiendo haber ofendido al viejo, y tornó a preguntar si hacía mucho tiempo que estaba en el hospital asilado.

—Mucho debe hacer —replicó Sor Ventura—; pero no lo sé a punto fijo... Cuando yo vine aquí de Superiora, hace veintitrés años, era ya antiguo en la casa.

—¿Y no lo sabe él mismo?...

—¡Oh, no!... Es un caso muy raro... Tiene perdida por completo la memoria del pasado, y recuerda en cambio por cierto tiempo todo lo que oye, con fidelidad pasmosa y sin entender palabra... Va usted a verlo... Nosotras le empleamos para transmitir recados, y nos ahorra en este caserón inmenso mucho tiempo y muchos pasos.

Y volviéndose al viejecito le llamó con la voz y con la mano :

—¡Zamama!

Acudió él muy presuroso, cimbrándose de atrás para adelante, y Sor Ventura le dijo articulando mucho las palabras :

—Vas a preguntar a Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más antigua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas a decir?...

El viejecito hizo primero una señal afirmativa abriendo mucho los ojos, y repitió luego

muy despacio, mezclando siempre entre las palabras las sílabas *za* y *ma*, como una especie de tartamudez o balbuceo :

—¡Zamama!... Vas a preguntar a Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más antigua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas a decir?...

—¿Lo ve usted?—dijo sonriendo la Superiora—. Así hay que darle todos los encargos, porque no los entiende : repite sólo como una máquina.

La Superiora pudo decir muy bien como un fonógrafo, pero no se conocía aún tan curioso invento. Púsole entonces un caramelo en la desdentada boca, y le señaló la puerta.

El viejecito dió media vuelta, cimbróse dos o tres veces como para tomar impulso, y vímosle desaparecer por el largo y anchuroso claustro, con rapidez inconcebible en sus años, cimbrándose siempre, tembloroso todo, semejante por completo a esos muñecos de máquina que, una vez disparada la cuerda, corren fatalmente de manera automática hasta estrellarse contra la pared o consumir del todo la fuerza que les impulsa.

Mirámonos los tres con conmiseración profunda, y la Superiora nos dijo entonces :

—Es la criatura más humilde y servicial que puede darse... Todo lo limpia, todo lo

barre, sin que nadie le diga nada; y cuando no encuentra quehacer, se sienta ahí, donde ustedes le han visto, acechando mi salida para seguirme como un falderillo.

Joaquín, que no veía ya en el viejecito un socorrido tópico de conversación que le sacase de apuros, sino un desgraciado por quien su compasivo corazón comenzaba a interesarse, preguntó:

—¿Y es imbécil de nacimiento?...

—No lo creo; siempre he oído decir que quedó así de un accidente... Pero como en los hospitales pasan las gentes como los viajeros en las fondas y las olas en la playa, nadie guarda recuerdo de ello.

—¿Pero se sabe quién fué, cómo se llama? Porque supongo que ese nombre de Zamama será un mote, y no un verdadero nombre.

—Seguramente; pero nadie sabe quién fué, o nadie lo recuerda... Es indudable que la frecuencia con que pronuncia en su tartamudez nerviosa las dos sílabas *za* y *ma*... *zazá*... *mamá*, dieron lugar al nombre de *Zamama*, con que se le conoce en esta casa hace tantos años.

—¿Pero no tiene él idea de su pasado?...

—Ni de su presente... y me temo que de su porvenir tampoco... En los veintitrés años que lleva conmigo, sólo le he observado una *idea*

del corazón, grande y santa sin duda; pero que se encuentra también en los perros, quizá con más frecuencia que en los hombres... el agradecimiento... Dicen que algunas palabras determinadas despiertan en él terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy sensibles; pero yo no le he visto en tanto tiempo nada de esto... Sólo una vez le he observado una verdadera idea, con raíces del pasado, y tan tierna y tan sencilla al mismo tiempo, que me llegó a lo profundo del alma... Es muy devoto a su modo y reza todos los días el rosario, unas veces en cruz y otras postrado, ante el altar de la Virgen de Consolación que está en la capilla alta... Estorbaba un día para la limpieza, y quise llevarle a otra capilla de la Virgen de los Dolores que hay en la planta baja... Pero él, ceñudo y rebelde como no le he visto nunca, repetía:—¡No!, ¡no!... ¡En la de Consolación!—Pero, hombre, ¿qué más te da rezar por hoy en una que en otra?—¡En la de Consolación... en la de Consolación! —repetía él—, ¡porque Consolación se llamaba mi madre!!...

Subió un vapor de lágrimas a los ojos de Joaquín, y la mirada que se cruzó entre él y la Superiora hízome comprender que aquellas dos caritativas almas se entenderían, para

mucho bien y provecho de los pobres de Cristo.

—¿Y no se puede hacer nada por el pobre viejecito? —preguntó Joaquín con la voz no del todo segura—. ¿En nada se puede aliviar su triste suerte?

Encogióse de hombros la Superiora.

—¿Qué alivio quiere usted darle? —replicó muy lentamente—. Su vida es la de un niño sin uso de razón, y su muerte será la de uno de esos angelitos que se encuentran en el cielo sin saberlo, llenos de alegre sorpresa... ¡En cambio, hay tantos... ¡tantos!... tantos otros que sufren en el cuerpo y se pierden en el alma!...

Vimos entonces a Zamama venir a lo lejos por el extremo del claustro, corriendo y tambaleándose, con el rostro radiante de estúpida alegría... Paróse ante la Superiora, conteniendo con particular esfuerzo su temblor continuo, y repitió su lección, esta vez sin extremos balbuceos:

—¿Qué traes, Zamama?... Dile a la Madre que cuando Sor Teresa vino a esta casa, el año 47, ya estaba yo aquí hacía mucho tiempo... Dile que recuerdo haberle oído a Sor María Francisca, que murió del cólera grande el año 34, siendo Superiora desde el 25, que en aquella fecha ya era yo antiguo en la casa,

y que todo eso debe constar en el archivo de los Registros...

Dicho esto, agitó Zamama ambas manos con el expresivo ademán de quien pondera una dicha muy grande, y sacó la lengua a la Superiora, mostrándole en la punta una pastilla de goma a medio desleír, que sin duda le había regalado la Hermana boticaria.

Hízonos reír aquel epílogo de su discurso, y sacamos en consecuencia que en aquella fecha, junio de 1864, llevaba ya el viejecito Zamama en el hospital de X.** mucho más de treinta y nueve años.

II

Invitónos entonces Sor Ventura a ver el hospital, que Joaquín desconocía, y quiso éste comenzar la visita por el departamento de las locas, donde muy bien cuidada y asistida a costa suya, hallábase a la sazón una antigua doncella de su madre. Formaba el departamento de las locas un gran pabellón aislado, todo de planta baja, unido al inmenso edificio por una ancha galería de arcos, sostenidos por columnas de mármol. En el centro de la galería, próximamente, veíanse cuatro de aquellos arcos, que daban a un jardinillo,

cerrados de arriba abajo con fuertes verjas de hierro.

Marchábamos Joaquín y yo a derecha e izquierda de la Superiora, y delante iba Zamama recogiendo cuanto papelillo o basura encontraba por el suelo, según su manía, y volviendo a cada paso el rostro para mirar a Sor Ventura, como hacen los perrillos cariñosos cuando caminan delante de sus dueños. Un poco antes de llegar a la reja detúvose la Superiora, y con cierta turbación díjonos, señalando la parte del edificio que aquélla encerraba:

—Ahí están las mujeres de mala vida... Hay que tenerlas bajo llave, como a las locas, y aun a veces ponerles también la camisa de fuerza... Es fácil que haya en el jardín alguna de las convalecientes, porque ésta es por la tarde su hora de tomar el fresco... No dejarán de decirnos, al pasar, alguna insolencia... Dispensen ustedes, pero no hay más remedio que pasar por aquí para ir al departamento de las locas.

Decía todo esto la Superiora muy de prisa y como turbada, con una ráfaga de santo rubor que le teñía la frente. Sus temores no eran infundados, y presto tuvimos ocasión de verlo. Al pasar nosotros por delante de la reja agolpáronse a ella varias ruines mujer-

cillas, desgreñadas, medio desnudas, sucias y repugnantes...

No era aquello el vicio acicalado y sonriente que se presenta por las calles ocultando sus deformidades para seducir a los incautos, sino el vicio al natural, hediondo, acerbo, con las llagas del cuerpo al aire y la podredumbre del alma en los ojos y en los labios. Por detrás de ellas columbramos las blancas tocas de tres Hermanas, que procuraban apartarlas.

Joaquín y yo nos miramos... Era aquello el contraste más grandioso que pueden ofrecer en el mundo las virtudes y los vicios humanos... ¡Lo más sublime y acabado de la perfección cristiana, humillándose y sirviendo por amor de Dios a lo más abyecto y degradado del vicio!

Nuestra despreciativa indiferencia hirió sin duda el amor propio de aquellas furias, mal dispuestas siempre contra el hombre, su verdugo, que las atormenta y las explota; y la levita inglesa de Joaquín, larga y entallada, fué la primera víctima... Una voz aguda y vinosa gritó con todos los dejos y cadencias de las burlas de barraganía:

—¡Cursi!... ¡Levántate la *leva* (levita), que vas ensuciando los suelos!...

Otra añadió:

—¡Que le lleve la cola Zamama!...

Y una tercera envolvió en tal obscenidad a la Superiora y a nosotros mismos, que la angelical mujer no pudo menos de levantar los ojos al cielo, y nosotros, avergonzados pecadores, de clavarlos en la tierra.

Habíamos pasado ya; pero quedaba todavía la vuelta, y esta idea nos atormentó verdaderamente durante nuestra visita a las locas. Al entrar de nuevo por el extremo del claustro, pudimos apreciar ya la carrera de baquetas que nos esperaba en aquellas asquerosas Termópilas. Asomaban por la reja racimos de sucias manos, y con canallesca tonada, oímos cantar desde lejos:

Los paquetitos
Van por la calle
Con la tirilla tiesa
Y muertos de hambre...

Una voz dominó al coro.

—¡A la *bimba!*... ¡Pum!...

Y medio albaricoque podrido fué a estrellarse contra la reluciente chistera del elegante Joaquín. Airado y amenazador volvióse éste instintivamente hacia aquel retablo de harpías, y la tempestad se desencadenó entonces con mayor furia... Cruzó los aires una alcarraza, que se estrelló contra la reja rociándonos de

agua y sembrando el suelo de cascos, que se apresuraba a recoger el inocente Zamama. Voces, silbidos, denuestos, obscenidades, y hasta blasfemias, todo junto resonó al mismo tiempo y salía de aquella reja como de cloaca inmunda que se desagua... Hubo, no sé por qué, un momento de pausa, y una mujer altísima, encaramada sobre otra y con los flacos y desnudos brazos fuera de la reja, gritó amenazando a Joaquín :

—¡Cochino!... ¡Cochino!... ¡Cochino!...

Este grito, solo e inesperado, causó en Zamama efecto sorprendente... Arrojó los cascos de alcarraza que recogía, cual si le quemasen las manos, y enderezóse sin temblar, creciendo más de una cuarta... Un rayo de inteligencia, por decirlo así, angustioso y aterrado, borró en su rostro los rasgos de imbecilidad, y extendió las manos y agitó los labios como para decir algo... Luego, dió media vuelta de repente, girando sobre sí mismo, y cayó al suelo cuan largo era, con un ataque de espantosa epilepsia.

Restableció el silencio como por ensalmo la caída del viejo, y a los gritos y denuestos sucedieron sin transición ayes compasivos y acentos de lástima. Una voz airada gritó a la Superiora :

—¡Pero, pazguata, cógelo! ¿No ves que se desnuca el pobre viejo?

Atribuyóse al pronto el accidente de Zamama a terror que le infundiese aquella escandalosa escena, que no obstante de ser harto frecuente entre aquella canalla, pudo él muy bien no haber presenciado nunca... Mas nuestro pasmo fué inmenso y nuestra curiosidad suma cuando, acostado ya y tranquilo en el primer lecho que se encontró a mano, y abiertos los ojos y desencajados los dientes, comenzó a decir, cual si delirase, con muestras del mayor espanto:

¡Cochino!... ¡Cochino!... allí!... en la cuesta... vino la muerte!... allí!... allí!... ¡Misericordia!... ¡misericordia!...

Y un nuevo ataque le retorció en el lecho como a un gusanillo, haciéndole echar espumarajos sanguinolentos. La Superiora se llevó una mano a la frente, como si repentina idea la asaltase... ¡Aquella palabra debía ser sin duda una de las que producían en el pobre viejecito terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy delicadas!

La hipótesis nos pareció probable... ¡Pero la palabra era tan vulgar, tan grosera, tan poco apta para despertar sentimientos delicados en nadie!... «¡Cochino!»

III

Y tan grande fué el interés, mezcla de compasión y curiosidad, que despertó en Joaquín aquel pobrecito viejo Zamama, que no bien tuvo ocasión de ello, hizo registrar y registró él mismo los archivos del hospital, hasta dar con la filiación y los antecedentes del inofensivo anciano. El hallazgo fué tan completo, tan sorprendente y aun maravilloso, que Joaquín Sampayo mismo sacó por su propia mano las exactas y comprobadas notas que nos han servido para escribir, hasta en sus menores detalles, esta tan extraña como ejemplar historia.

Y reza en ella lo primero, que el 23 de agosto de 1797 se promulgó, en nombre del Rey nuestro Señor, desde los balcones del Ayuntamiento y a son de clarines, como era costumbre entonces, el cartel de la gran corrida de toros que había de efectuarse el 25 de agosto, días de S. M. la Reina doña María Luisa, si el tiempo no lo impedía, en la Muy Noble y Muy Leal ciudad de X.**

Eran los toros de la ganadería de los Padres de Santo Domingo, de Jerez de la Frontera, con divisa blanca y negra, y era el diestro que había de lidiarlos el famoso Joaquín

Rodríguez Costillares, figura colosal del toreo en aquella época, con lucida cuadrilla de picadores, banderilleros y peones. Enumerábalos el cartel uno a uno, con todos sus nombres, apodos y circunstancias, y concluía con la cristiana fórmula de entonces: *El todo Poderoso les libere de todo mal. Amén.*

Figuraba en primera línea entre los banderilleros, el simpático Manolito Espejo, gaditano de la Caleta, a quien el propio Costillares había de dar la alternativa el próximo día de la Virgen de Septiembre, en la plaza de Ronda, a petición de aquellos caballeros maestrantes.

No era todavía costumbre de los matadores reclutar ellos mismos cuadrillas estables que les acompañasen y siguiesen por todas las plazas. Lejos de eso, contratábanse picadores, banderilleros y peones directamente, unas veces con los empresarios, otras con las corporaciones o cofradías que daban la corrida, y muy pocas con los espadas mismos. Manolito Espejo, sin embargo, hallábase contratado con su padrino Costillares, y con él llegó a X.** seis días antes de la corrida señalada para el 25 de Agosto.

Entretúvose Manolito estos días de descanso en lucir por calles y plazas su linda persona, que lo era mucho en efecto. Contaba

a la sazón veintiséis años y presentaba el genuíno tipo andaluz fino, rebosando gracia y fuerza, elegancia natural y simpática gallardía. Tenía el color moreno mate, el pelo negro como la endrina y los ojos azules, grandes, rasgados, llenos de pasión y lúbricos pensamientos.

Su popularidad llegó a ser tan grande en aquellos días, que resultaba estrecha para sus visitantes la gran Posada del Mico, donde el banderillero se hospedaba, y no podía poner el pie en la calle sin verse rodeado de numeroso cortejo de chiquillos y aficionados, cuyos homenajes recibía él con la serena afabilidad de un príncipe del trascuerno.

Veíasele por todas partes y a todas horas del día, agasajador y rumboso en la botillería de Naranjo, por la mañana; serio y devoto en el rosario de los PP. Gilitos, por la tarde; decidor y galante en la Cruz de la Tinaja, al caer las oraciones, y loco desenfrenado, aunque siempre generoso y valiente, en la buñolería de la Tarasca, la taberna del Zarpa o la zahurda de Celestina la Patata, allá en la lóbrega Cuesta del Cochino, a las altas horas de la noche.

El 24 de Agosto, víspera de la corrida, salió Manolito Espejo de la iglesia de los Gilitos al caer de la tarde, y embozado en su capa

de grana y ladeado el airoso castoreño sobre la flamante redecilla, fuése a dar una vuelta por la Cruz de la Tinaja, especie de mentidero entonces, donde acudían los desocupados de todas clases y las beldades más o menos fáciles de la época. Estaba la tarde pesada, sombrío el cielo, y algunos relámpagos lejanos anunciaban la proximidad de una tormenta.

Llegaba entonces el paseo de la Tinaja desde la Cruz de este nombre hasta el convento de las Mínimas, y formaba todo ello un verdadero arenal, sin más aceras ni empedrado, que algunas anchas losas arrojadas acá y allá sin orden ni concierto, para facilitar el tránsito cuando las lluvias trocaban de repente el arenisco polvo en profundos barrizales.

La tormenta que amenazaba había ahuyentado los habituales concurrentes de la Cruz de la Tinaja, y Manolito, sin más cortejo que el de cuatro o cinco chiquillos que le admiraban extasiados con la boca abierta y los dedos en las narices, paseaba de arriba abajo aburrido y malhumorado.

De repente vió venir a lo lejos por el lado de la Cruz una mujer que por su aire y meneos parecióle desde luego chula de rompe y rasga. Saltaba, con la graciosa agilidad de una pa-

jarita de las nieves, de una losa a otra a fin de no empolvar sus zapatitos bajos de cordobán fino, trenzados con galgas de terciopelo sobre la media de seda calada.

Manolito Espejo enderezó el busto, estiróse el chupetín y arregló con artística coquetería los pliegues de su capa de grana.

Era, en efecto, la mujer que se acercaba, una mala hembra de hermosura extraordinaria. Vestía saya de medio paso, color de naranja, con fleco de madroños y alamares negros, y mantilla de blondas, negras también, prendida muy alta con peineta de teja y ramo de claveles. Llevaba en una mano enorme abanico, de país corto y ancho varillaje, y sosteníase con la otra sobre el pecho la mantilla, con esa gracia natural y espontánea que las secas y extranjerizadas señoritas de hoy imitan en vano, cuando les place parodiar en los palcos de los toros, el garbo y la bizarría de las clásicas majas de antaño.

Al emparejar la hermosa mujer con el banderillero, a quien no parecía haber visto, detúvose un momento como titubeando: había allí harta distancia entre las dos losas para salvarla de un salto, y relucía en medio un charquito fangoso.

Manolito Espejo vió el cielo abierto. Arrojó con mucho garbo su capa de grana a los pies

de la hembra, a guisa de alfombra, y apartóse un poco, con el castoreño en la mano y la izquierda en la cadera, más gallardo y más gentil que lo estuvo Wálter Raleigh cuando hizo la misma galantería a la reina Isabel de Inglaterra.

Miróle ella sorprendida, sonrióle en acción de gracias, y con tres menudos pasitos atravesó la improvisada alfombra... Tiró el banderillero de la capa, terciándosela al brazo sin cuidarse del fango, y siguió a la buena moza inclinado el cuerpo hacia delante, mirando al parecer, con mucha atención aquellos zapatitos negros que trotaban otra vez por encima de las losas. De pronto dijo muy bajo:

—Parece que va descosía esa suela...

Y ella, con el rostro medio envuelto y oculto en parte con el abanico, contestóle con picaresca sorna:

—En ca de zapatero voy derechita pa que me la remiende.

—¿Y no la podría remendá yo?... En el bolsillo traigo la lezna:

—No lo permita Su Divina Majestá; que se iba usté a llevá un susto mu gordo...

—¿Por qué?...

—Porque mi marío tiene mu mal genio.

—¿Y se come los niños crúos?...

—No: pero le sacude las moscas a los *sangregorda*...

—¿Con un plumero?...

—No: con la mano del almiré...

Sostenían este discreteo la maja y el banderillero en voz muy baja, sin dejar de andar, anhelante él y ciego ya por sus malas pasiones; provocativa ella y mostrando bien a las claras que pensaba en su mente todo lo contrario de lo que sus palabras decían.

IV

Caminaron así largo rato sin que lograse el torero alcanzar a la mala hembra, pues deslizábase ella por los derrumbaderos que las calles de entonces formaban, cual si tuviese alas en los pies o la levantasen en vilo los demonios... Al doblar de cada esquina provocábale de nuevo con miradas y sonrisas: apretaba él su paso cada vez más anhelante, y al divisarla de nuevo, veíala siempre a igual distancia, sin que su andar revelase mayor premura, ni su cuerpo escultural fatiga ni cansancio.

Dejaron atrás la Catedral, pasaron el puente Nuevo, internáronse en las estrechas y tortuosas calles de la Judería, y al anochecer ya,

cuando el cielo encapotado aparecía del todo negro, negro, y comenzaban a gruñir los truenos lejos, lejos, como tremendas amenazas de una cólera cercana, paróse la hermosa mujer al pie de la lóbrega y siniestra Cuesta del Cochino.

Encaramábase ésta, estrecha y tortuosa como una serpiente negra que lamiese y estrechase el antiguo murallón romano de la ciudad, y veíase de vez en cuando, a la luz de los relámpagos, la grotesca imagen del cerdo, esculpida en un sillar de tiempo de Claudio, que daba origen a su extraño nombre.

Abríase a la mitad de la empinada cuesta una estrecha barreduela, y en el fondo de ésta destacábase una casa blanquísima y risueña, con su balcón rebosando macetas de albahaca y de claveles, su cortina de lienzo crudo ribeteada de encarnado y sus alcarrazas a derecha e izquierda, prestas a tomar el fresco del sereno. Aquella era la zahurda de Celestina la Patata.

Detúvose la mala mujer al pie de la cuesta, y haciendo significativas señas al banderillero, comenzó a subir poco a poco, muy despacio y sin volver ya el provocativo rostro. Siguióla Manolito Espejo ébrio ya de pasión y de esperanza, y frente por frente de la casa de la Patata, cuando tocaba ya casi las ropas

de la mala hembra y sentía en su olfato el aroma de sus claveles, volvióse ella de repente y asióle brutalmente por el brazo...

Manolito Espejo dió un alarido atroz que los ecos de la negra cuesta prolongaron... En vez de la hermosa mujer que siguieron sus pasos, tenía delante un horrendo esqueleto, con la pelada calavera envuelta en la mantilla de blondas, y los secos miembros crujiendo y revolviéndose entre los flecos de madroños y los alamares de seda... Imagen espantosa del deleite del pecado, que se desvanece en un segundo y se escapa de entre los dedos, dejando, quizá para siempre herido, el cuerpo, perdida el alma y abrumada la conciencia con el peso del remordimiento!...

Al alarido de Manolito abalanzáronse al balcón varias mujerzuelas y una vieja con hábito de San Antonio y dos parches negros en las sienes... Ni por arriba ni por abajo aparecía ya en toda la cuesta rastro de gallardas mujeres ni hediondos esqueletos... Veíase tan sólo en el centro un hombre tendido en el suelo, al parecer muerto, sobre una capa de grana, que en la media oscuridad de la noche que ya se aproximaba, antojósele a aquellas infelices enorme mancha de sangre.

—¡Favor!... ¡Socorro!... ¡A la justicia!... ¡Un hombre muerto!—gritaron todas a un tiempo.

Y se oprimían y agitaban en el balcón, aterradas, manoteando; y las alcarrazas venían a tierra con estrépito, y las macetas estrujadas dejaban caer al suelo sus claveles rojos, como si fuesen lágrimas de sangre.

Sosegáronse al cabo, y apareció a poco en la calle la vieja con un velón de cuatro piqueras, seguida de seis o siete de las mujercillas... Salían todas medrosicas y curiosas, sin osar acercarse unas, adelantándose hasta tocar al hombre otras más atrevidas. La vieja, serena ya del todo, proyectó la luz del velón sobre el rostro del caído. Dos voces espantadas clamaron al mismo tiempo:

—¡Si es Manolito Espejo!...

Levantóse entonces un concierto de alaridos, y una de éllas, que por saber leer llamaban la Mona Sabia, arrojóse al suelo mesándose el cabello y gritando con monótona cadencia:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Colocó la vieja sobre sus rodillas la cabeza del banderillero, y comenzó a desabrocharle la camisa y la ropilla y a friccionarle las sienes con vinagre que trajeron en un cuerno. Todas

le rodeaban ansiosas, contemplando a la luz del velón aquel rostro lívido que parecía de un muerto. La Mona Sabia, tendida en el suelo, continuaba gimiendo:

—¡Ay mi Manolito Espejo!...

Rebullóse éste al cabo un poco, abrió los descoloridos labios, y de entre sus dientes apretados salió claro y angustioso el santo grito de la fe que despierta; el humilde clamor de la esperanza que implora misericordia:

—¡Confesión!... ¡Confesión!...

Miráronse todas las mujerzuelas en silencio, perplejas, llenas de pavor, de angustia, de respeto. La vieja, alzando la escuálida cabeza, gritó con vehemente ímpetu:

—¡Tú, Petrilla... Francisca... cualquiera!... Llégate en un salto a la Misericordia y tráete corriendo un fraile!...

Lanzóse la Mona Sabia la primera, y con la cabeza destocada, y remangada la estrecha falda para correr más fácilmente, viósela desaparecer en un segundo por la cuesta abajo, gimiendo siempre entre dientes:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Cerraban ya el convento, y la Mona Sabia vió cruzar por el atrio un fraile viejo que iba de retirada... Abalanzóse a él con angustioso ahinco y asióle por el hábito.

—¡Que han matado a Manolito Espejo... y pide confesión... y está agonizando!...

—¿Pero quién... ¿Cómo?... ¿Dónde está?...

—Allá en la Cuesta del Cochino... en casa...

Detúvose la infeliz como avergonzada, y quizá por primera vez en la vida tuvo conciencia de su condición infame.

—En casa de Celestina la Patata, concluyó tímidamente.

Hizo el fraile un movimiento, y espantada la Mona Sabia, comenzó a decir a borbotones, con ademanes de súplica y cadencias en la voz de humildad desolada:

—¿No quiere su mercé venir?... Si su mercé entrará solo... y todas, toítas nos saldremos... Mire su mercé que el pobrecito está dando las boqueás y pide confesión, que es un doló el oírlo... ¿Qué culpa tiene el infeliz de caé donde ha caído?... ¡Ay padre, si su mercé lo viera!...

Y se puso a gemir como una desesperada y a tirarse de los pelos.

—Pero calla, tonta, replicó dulcemente el fraile... Si ahora mismo voy a verle... Anda tú por delante... Déjame decir a éste dos palabras.

Y dirigiéndose al portero que con el manojo de llaves aguardaba, le dijo en voz baja:

Que lleven dos legos una camilla adonde esa mujer ha dicho... Y que avisen al médico y den parte a la justicia.

V

Mientras tanto, suspendía la Patata los preparativos para trasladar a Manolito al interior de la casa, y hacíase traer, en cambio, a la mitad de la calle, un colchón, mantas y almohadas para improvisar al desdichado allí mismo un lecho.

Murmuraban algunas de las mujerzuelas, no comprendiendo las razones de la vieja; mas ella, sin hacerles el menor caso, habíase sentado en una silla baja a la cabecera del moribundo, que seguía hecho un tronco, palpábale los pulsos, enjugábale el sudor del rostro y decíale a veces al oído, con el mimo de una madre y la unción de un agonizante:

—No te apures, chiquillo, que ya viene el Padre... En un salto está aquí... Encomiéndate mientras tanto a la Virgen Santísima del Carmen.

Apareció al fin por la cuesta la Mona Sabia, jadeante, haciendo señas con la cabeza y con las manos de que tras ella venía el fraile... Desfilaron todas las mujeres una a una y en-

tráronse en la casa silenciosas, avergonzadas, llenas de pavor y angustia, como si temiesen profanar con su presencia el acto santo que iba a seguirse; como poseídas del respeto profundísimo a las cosas santas, que existía en aquella época hasta entre semejante canalla.

La Patata, muy turbada, salió al encuentro del fraile, y sin darle tiempo de abrir la boca, díjole muy presurosa:

—Sentaíto en esa silla le pué confesá su mercé sin necesidá de entrá en la casa... Por aquí no pasa un gato... Después se hará lo que su mercé mande... Si hay que llevarlo al hospital, se lleva... Si hay que meterlo en casa, se mete; que voluntá y gallina diaria no han de faltarle...

Comprendió el religioso el respeto al Sacramento y a su persona misma, que envolvían los hechos y razones de la vieja, y díjola afablemente:

—Bien, mujer, bien, descuida... Si es necesario entrar ya entraremos... Pero ayúdame antes a ver la cara que tiene este prójimo.

Examinó entonces el religioso a Manolito a la luz del velón que la Patata sostenía y cercioróse pronto de que no había en él herida, golpe ni lesión alguna, y que por muy grave

que fuese su estado, no aparecían aún signos de próxima muerte.

Sacó entonces de la manga de su hábito un fraquito con un poderoso reactivo que a prevención traía, y aplicólo a las narices del banderillero. Reaccionóse éste al punto, y comenzó a rebullir, y abrió los ojos y la boca para repetir de nuevo el grito que expresaba sin duda su ardiente deseo y su constante pensamiento:

—¡Confesión!... ¡Confesión!...

—Sí, hijo mío, ahora mismo... Pero mira, Celestina, vamos a meterlo dentro... La humedad del suelo pasa el colchón y podrá hacerle daño...

Sintió la Patata en lo más hondo de su ser un salto de alegría loca... Parecíale que Dios se aproximaba a ella y llamaba a las puertas de su casa, y que si ella se decidía a caer a sus pies, encontraría también misericordia... Pronto estuvo instalado el banderillero, sin moverlo del colchón, en un zaquizamí al lado de la puerta. Había allí sobre una cómoda un San Antonio de barro en una urna con papeles dorados. La Patata encendió dos velas descabaladas y se las puso delante. El religioso cerró la puerta tras ella.

Habíanse refugiado las mujeres en el piso alto, y echadas acá y allá por los rincones,

no osaban moverse ni hablar, como si cargase sobre ellas más fuerte que nunca el peso de su infamia... La Patata, sentada al cuidado ante la puerta del moribundo, sacó de su profunda faltriquera una camándula, de esas simientes que llaman lágrimas de San Pedro, y comenzó a repasarla entre sus descarnados dedos... Llegaron dos legos de la Misericordia con una camilla; y la vieja, andando de puntillas y hablando muy bajito, hízoles sentar en el zaguán y esperar en silencio.

Media hora después, abrióse la puerta del zaquizamí y apareció el fraile... Manolito Espejo se había confesado con grandes muestras de contrición fervorosa y perdido de nuevo el conocimiento... Sin espera ninguna, íbasele a trasladar en la camilla al convento de la Misericordia para administrarle allí los demás sacramentos y esperar lo que Su Divina Majestad dispusiese.

Hízose la traslación en el mayor silencio, sin que ninguna mujer apareciese. El horror a la muerte y el respeto a la religión enfrenaron las curiosidades y ahogaron los lamentos... Al salir el fraile detrás de la camilla, detúvole la Patata por una manga, y roja la arrugada frente, como jamás lo estuvo cuando era tersa y pulida, alargóle unas monedas

de plata, diciendo con muestras de humildad profunda:

—Pa que diga su mercé una misa a San Antonio bendito, por ese desdichao...

—La desdichada eres tú, Celestina, dijo gravemente el fraile, rechazando con suavidad las monedas... No es necesario tu dinero para que se digan las misas... Una se dirá por él... y otra por ti, pobrecita!...

VI

Fuese lo sucedido a Manolito Espejo un prodigio sobrenatural o una alucinación de los sentidos, es lo cierto que el choque horrendo que produjo en su organismo aquella escena, perturbó por completo y para siempre todas sus facultades. Tres meses permaneció en el convento de la Misericordia, luchando entre la muerte y la vida, la razón y la locura, hasta que declarada la imbecilidad absoluta y atacados todos sus miembros de un continuo temblor semejante al que llaman baile de San Vito, ingresó en el hospital de X.** en clase de asilado. Olvidáronse allí pronto todas aquellas memorias, y el grotesco apodo de Zamama cayó a poco y para siempre, como la losa de un sepulcro, sobre las glorias, el nombre y

los recuerdos del simpático Manolito Espejo, banderillero de Costillares.

Ingresó en el hospital de X.** el 3 de Diciembre de 1797, a la edad de veintiséis años. Tenía por lo tanto noventa y tres cuando yo le conocí en 1864. Murió dos años después, a los noventa y cinco años de edad y sesenta y nueve de hospital, el 8 de Septiembre, fiesta de la Virgen de Consolación, de quien siempre fué tan devoto.

ÍNDICE

Páginas

Cartas claras.—*Carta primera:* Dos Juanes. 5

Carta segunda: A un gran Señor titulado. . 27

El primer baile 41

Por un piojo 71

La gorriona 211

La cuesta del cochino 297